

OFFICIUM VENERIS

Edición de Paul G. Masby



LLIBROS DEL PEXE

OFFICIUM
VENERIS

OFFICIUM VENERIS

EDICIÓN DE
PAUL G. MASBY

LLIBROS DEL PEXE
2003

Primera edición: octubre de 1998
Segunda edición: noviembre de 2003
© de la edición, Paul G. Masby
© Llibros del Peixe s.l.
San Bernardo, 22, 3º d. 33201 Gijón
985.09.83.42
peixe@telecable.es
ISBN 84-96117-22-7
Depósito Legal AS-XXXX-03
Producción: Apel / Tecniprint

NOTA DEL EDITOR

Ignoramos quién fue autor de los textos que aquí se recogen. El original de *Officium Veneris* es un conjunto de treinta y ocho hojas impresas por las dos caras y grapadas, que un amigo nuestro encontró casualmente en la trastienda de un librero de viejo. Estas hojas presentan algunas correcciones hechas a mano con una letra menuda y nerviosa, y aparecieron dentro de un sobre color sepia entre las páginas de un ejemplar de la edición de 1888 del *Sanskrit-English Dictionary* de Sir Monier Monier-Williams. El librero nos dijo que el mamotreto formaba parte de un lote de libros que una joven morena había traído a la librería en una bolsa de deportes hacía unos meses; la joven quería vender los libros, por lo que él les echó un vistazo —sin advertir la presencia del sobre—, y ofreció una cantidad que ella no discutió. Tras una breve conversación, nuestra misteriosa muchacha cogió el dinero y se fue, llevándose consigo también cualquier posible aclaración sobre la autoría de *Officium Veneris*. Imploramos a nuestro amigo librero que si la joven volvía a aparecer, por favor le dijera que teníamos gran interés en hablarle, pero no hemos vuelto a saber nada más de ella.

Allí estaba lo que quedaba del contenido de la bolsa de deportes: ediciones de Oxford de Marcial, Lucrecio, Virgilio, Persio y Juvenal, densamente subrayadas y anotadas a lápiz con la misma letra piojosa de las correcciones; ediciones bilingües sánscrito-inglés de algunas Upanishads y los cinco tomos de los *Platonis opera* de Burnet (todos estos libros también profusamente anotados). El librero, al comprobar nuestro interés, nos aclaró condescendiente que en el lote había también algunas novelas y libros más normales, que fueron a parar en su momento a los estantes correspondientes.

Respecto al problema planteado por la autoría de *Officium Veneris*, sólo dos puntos parecen claros:

—El autor de *Officium Veneris* está muerto. Sólo la muerte obliga a un hombre a separarse de libros que forman parte tan íntima de su vida como los ejemplares anotados que obran en nuestro poder. La hipótesis alternativa de que se tratara de libros robados parecía menos plausible, y nos fue objetada por el librero, que cree recordar cómo la muchacha en algún momento hizo referencia al fallecimiento reciente del propietario de los libros.

—El autor de *Officium Veneris* no quiso publicar en vida estos textos, según se desprende de la contundencia con que él mismo califica estas páginas de “impublishables” en el texto del libro. No alcanzamos a entender bien las razones de esta decisión.

El texto que aparece titulado *Officium Veneris* presenta dos partes formalmente bien diversas. La primera cronológicamente, aunque aparece en segundo lugar en el texto original y en nuestra edición, la constituye un poemario en el que encontramos cuidados alejandrinos que rehuyen la rima a lo largo de once poemas de extensión desigual. Hemos introducido algunas notas al final, en las que se da la traducción de los términos no castellanos usados en el poemario, así como algunas breves explicaciones sobre aspectos oscuros de los poemas.

La otra parte de la obra es un diario que recoge las peripecias vitales y reflexiones del autor de los poemas en los meses posteriores a la escritura de estos. Las reflexiones amplían y explican los pensamientos desarrollados en el poemario, con lo que constituyen, de alguna forma, una exégesis de este. Respecto a la historia narrada, se trata de una crónica de la transformación de su protagonista, Carlos, un profesor de instituto ricachón y mujeriego con inquietudes intelectuales.

Las peripecias vitales de nuestro personaje resultan ser el hilo conductor de las dos partes del libro. Parece ser que en una época oscura anterior a la escritura de *Officium Veneris*, y que conoce-

mos sólo por algunas referencias del diario, el autor había vivido el fracaso de una sexualidad centrada en la pareja tradicional. Del marasmo generado por este fracaso, y a través de una serie de experiencias que se describen en la primera parte tanto del poemario como del diario, vemos emerger una mentalidad nueva que persigue y encuentra satisfacción en un sexo abierto, lúdico y no posesivo. No encontramos en las páginas calenturientas que narran estas aventuras sombra alguna de perversidad, y la única originalidad del sexo orgiástico que se nos describe, la constituye una extraña pasión por la descripción rigurosa y sistemática de los intrínquilis del cuerpo femenino, que delata a un anatomista frustrado. Las intensas vivencias de esta época originan una ruptura con los valores tradicionales, emergiendo un misticismo que da lugar a las páginas más vibrantes del diario y a los hermosos poemas finales. Con posterioridad a esto, el diario es la crónica puntual del descubrimiento por parte de nuestro protagonista del ser humano–mujer en la persona de una encantadora muchacha, Sofía, con la que desarrollará por primera vez en su vida una relación sexual feliz y completa, ajena a los turbadores mitos posesivos habitualmente ligados a la pareja.

Estamos, pues, ante textos anónimos y clandestinos, encontrados casualmente, pornográficos y místicos. ¿Alguien da más? Te los entregamos, lector amigo, como se comparte un regalo inesperado, como se comparte una alegría. ¡Que te aprovechen!

Paul G. Masby

Cambridge (Mass.), primavera de 1998



*Hominum divumque voluptas,
alma Venus.*

T. LUCRETIUS CARUS

*Wollust: das grosse Gleichnis–Glück
für höheres Glück und höchste
Hoffnung*

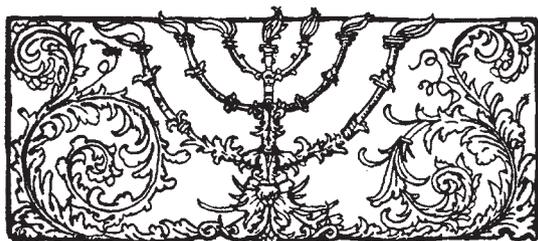
F. NIETZSCHE



EL DIARIO



Hace ya varios meses que escribí *Officium Veneris*, un libro impublicable, pero que fue necesario para cristalizar todas las ideas, todas las obsesiones que gobiernan mi vida; una especie de texto sagrado que me explica mi forma de ver el mundo. Al principio pensé que con aquello todo estaba hecho. Ahora veo que cada día trae experiencias y visiones nuevas. Para analizarlas y seguir construyendo mi propio universo, tratando de poner orden en el caos, es por lo que he comenzado la redacción de este diario.



14 de Noviembre

Sé que es algo que no debo hacer y no lo volveré a hacer. Discusión acalorada con mis amigos poetas. Todos contra mí. El tema: mujeres; no podía ser otro. En el fragor de la discusión, y sabiendo que es algo muy difícil de digerir, lanzo insinuaciones sobre lo que para mí es uno de los mecanismos fundamentales de esta sociedad, el ciclo: mujeres que seducen—hombres amaestrados—pareja—aburrimento—neurosis. Protestas acaloradas y generalizadas. Las mujeres se sienten ofendidas. Los hombres no quieren entender nada. A la salida, se lo trato de hacer ver a Luis con una imagen que me parece diáfana: — “¡pero mira alrededor! Todo lo que ves, toda esta sociedad tecnológicamente compleja que manda cohetes a la Luna y hace transplantes de corazón, ¿no es a grandes rasgos el resultado de la competición entre cerebros de hombres para los que la máxima recompensa es un coño de mujer? ¿No te dice nada que los chicos disfruten leyendo el *As*, y las chicas leyendo el *Semana...*?”. —“Eso son ideas trasnochadas. Ahora todo está cambiando muy rápidamente”.

No, nada me haría más feliz, pero me temo que todo no va a cambiar muy rápidamente. Demasiadas mujeres tienen el gran negocio montado con la venta del derecho al uso en exclusiva de su coño, y nadie les va a obligar a cerrar así porque sí. Los hombres desde luego no vamos a hacerlo, encantados como estamos con nuestro papel tras cientos de años de domesticación. Parece mentira que todo el tinglado esté montado sobre una tontería así, que la nena decida que le apetece jugar con tu cosita; pero no hay duda posible, nuestra felicidad más íntima —¡manda narices!—, está montada sobre eso; es el eterno femenino, el amor, la familia, la remanguéva. No, amigo Luis, me temo que nadie les va a obligar a cerrar el chiringuito así porque sí. Eso sería un sueño.

Recuerdo una conversación igual con dos compañeros del instituto, Gonzalo y Manolo, los dos físicos. Les expuse la misma argumentación y lo cogieron todo a la primera; sonreían complacidos como machos amaestrados que son. Pero parece ser que con la gente de letras es imposible. Me asombra la poca inclinación al análisis de estos hombres inteligentes que no necesitan explicaciones, que todo lo arreglan con un floreo ingenioso, alguna metáfora que haga terminar el poema con un do de pecho, aunque sea en falsete.

No obstante, después de todo, tal vez Gonzalo y Manolo tienen una gran ventaja para percibir esta realidad frente a mis amigos poetas; los dos son devotos y ejemplares padres de familia.



15 de Noviembre

• MUJER DESNUDA

A lfa y omega. Los de mi generación crecimos entre tinieblas. Las chicas no se dejaban; no había ni siquiera pornografía. Un día, normalmente a los diecimuchos años, conocías a una chica que te gustaba y a la que gustabas. Surgía un noviazgo. Buscabas entonces la ocasión de estar con ella a solas en un sitio tranquilo. No era fácil, pero por fin lo conseguías. Una vez allí, después de los besos y el magreo sobre la ropa, se planteaba la posibilidad, el deseo por las dos partes, la urgencia, de la desnudez; y la desnudez, imaginada, presentida, anhelada, se convertía por fin en algo visible y tangible. Era el fin de una larga odisea, y algo prodigioso se revelaba a nuestros sentidos. *Recuerdo cuando a mí me ocurrió esto. Fue en una cala solitaria a las afueras de G., en verano. Para que ella no quedara completamente desnuda, le sugerí que se quitara el bañador y se pusiera sólo el vestido, que se abrochaba por delante. ELLA ESTUVO DE ACUERDO. Fue a un sitio apartado entre las rocas e hizo la operación. LUEGO VINO A DONDE YO ESTABA. Volvimos a los besos, y empecé a desabrochar con manos temblorosas el vestido. Surgieron sus pechos, cervatillos gemelos asustados, su felpudo trigueño, su grupa generosa y blanquísima con un lunar en medio de la nalga derecha. Yo lo acariciaba todo extasiado. ELLA TAMBIÉN ESTABA VISIBLEMENTE EXCITADA. Entonces entendí que había llegado el momento, y mi pene erecto surgió del bañador con las ganas de lucha del morlaco que sale del toril. ELLA LO MIRÓ CON UN GESTO QUE NO LE HABÍA VISTO NUNCA. ESTABA REALMENTE ASUSTADA. MIENTRAS MIRABA MI MIEMBRO SE REFLEJABA EN SU ROSTRO –HABITUALMENTE IMPASIBLE– UN DESEO FEBRIL. Entonces enseñé a su mano a vestir y desvestir mi criatura, el baile ritual de su placer. Mientras me*

descapullaba, JUNTO SUS LABIOS A LOS MÍOS, Y BUSCÓ MI LENGUA CON AVIDEZ.

Esto ocurrió realmente, y desde el momento en que ocurrió se convirtió en el referente decisivo de mi vida sexual, que es de alguna forma la repetición, o el intento de completar aquella experiencia. Hasta aquel momento, mi vida —sexual— estaba vacía, y era sólo la persecución de algo desconocido, sólo intuido. Desde aquel momento existe una serie de actos que he descrito en el párrafo anterior, con todos los atributos del mito, poderosamente grabados en el recuerdo, y cuya exégesis se convierte en el objetivo de la existencia —sexual—, que ya tiene un anclaje en el pasado y un sentido concreto, la recuperación —¿imposible?— del Acto primordial en el que radica el sentido, la búsqueda del placer inicial, que definió la desnudez, a través de los infinitos cuerpos de la diosa.

Analicemos el acto mítico. Una primera lección de anatomía femenina no es tal vez lo más importante; hay más cosas. Las frases en mayúsculas revelan algo fundamental: el deseo y el placer del otro, que nos consolidan como objetos sexuales. Es algo así como el nacimiento a la existencia. Somos —sexualmente— porque damos placer a aquella que deseamos.

El placer, perseguido inútilmente en el onanismo, que sólo sirve para diferir su urgencia, se revela poderoso en la experiencia de la desnudez. Nuestra vida después se convierte en una serie de intentos de repetir esa experiencia y libar el placer correspondiente, que es una repetición del primordial.

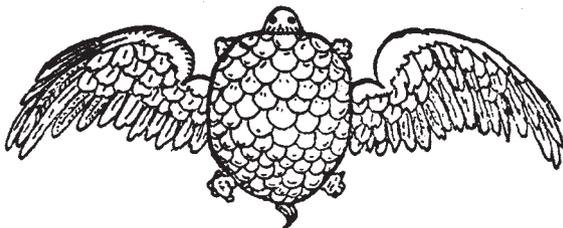
Posteriormente, de todas formas, el acto mítico puede manifestarse en el recuerdo a través de alguna de sus repeticiones, que llega a eclipsar así, en el consciente, el acto arquetípico.

Es tal el peso sobre nosotros de esta experiencia inicial e iniciática, que alguno de sus pormenores puede antojársenos que reflejan la magia del conjunto, como un elemento de un holograma. Un detalle, un gesto, nos hechiza porque está impregnado de la beatitud de un tiempo más allá del tiempo. *Así a mí me aturde*

ahora la consciencia de su tras prodigioso desnudo ya del traje de baño, cubierto sólo por el vestido, caminando hacia mí en la playa, flexionando y estirando rítmicamente al andar, las comisuras inferiores de las nalgas. Experiencia poderosa de algo no visto, no sentido, solamente intuido.

Esta es la transcendencia de la experiencia de la desnudez.

Un amigo mío lo decía de una forma mucho más llana: “no hay nada como el primer coño”.



Largo fin de semana en casa. Lo de siempre: actividades triviales, reflexión, lectura, escritura..., alternando con sexo. Compró varias revistas y vídeos, y me extasíó contemplando divinos cuerpos de mujer que hacen todas las guarrerías imaginables. Por la noche, en un bar de alterne conozco a Carmela, una gitanilla delgadita de diecinueve años, preciosa; *charlamos y al poco rato me di cuenta de que estaba empapando los calzoncillos; —evidente síntoma de amor—. Vinimos a casa, y me regaló una experiencia maravillosa; nos desnudamos en el baño, y yo mismo, mientras ella regulaba la temperatura del agua, le desabroché el body por debajo y desnudé su culito moreno y delicioso que cubrí de besos; tenía un ano tostado e imberbe, con unos lunarcitos deliciosos alrededor. Deslizando el body hacia arriba, descubrí unas tetas increíbles..., redondas, con grandes areolas y pezones morenos; “¡vaya con la nena flacucha!”*, dije para mí. *¡Qué soberbia hembra! La abracé y le dije al oído: “sabes una cosa, cielo, me parece que ahí abajo he encontrado un culito muy guapo”. Debió de gustarle que le dijera esta estupidez, porque sin decirle nada buscó mi boca y me beso con fuerza. Fue un beso cariñoso y agresivo a la vez que no sé interpretar muy bien. Ya en el agua no me cansaba de acariciar su culito. Echados, nos abrazábamos, casi enteramente cubiertos por el agua. Me contó su vida; tristezas, que traté de hacerle olvidar con mis besos.*

Mientras la secaba, descubrió un frasco de crema hidratante al lado de la bañera. — “¿Por qué no me echas crema?” — “Claro, cielo”. Se sentó en el sillón de mimbre del baño, y empecé a extender la crema por sus piernas acariciándolas; mordisqueé los dedos morenos de sus piecitos de cría y fui subiendo subiendo. “Ahora el culito”. Se puso de lado sin decir nada, y embadurné de crema las nalgas morenas.

Al principio contraía los glúteos nerviosa cada poco, tratando de defender su territorio más íntimo, pero poco a poco se fue relajando. En pocos minutos, se abandonó a lo inevitable con las

piernas encogidas, y mis manos podían recorrer libremente toda su provincia posterior. Yo, sin ninguna prisa, comencé a amasar, estrujar, separar y contraer sus nalgas, tratando de arrancarles todas las formas, todos los tactos posibles. Hacía asomar la negra areola y el esfínter apretado y los acariciaba y besaba con pasión. En la ranura del culo, su piel era de un oscuro irregular, más morena aún que en el resto de las nalgas. Cuando un dedo invadió su recto sólo dijo un “¡Ay, ten cuidado!”, que me pareció una protesta simbólica. Penetré a la vez el ano y la vagina haciendo las tijeras, y moví los dedos tanteando su placer. Cuando extendí el masaje al clítoris, comenzó a jadear, y aumentando el ritmo, conseguí que orgasmara estrepitosamente. Mis dedos estaban todavía dentro de ella cuando volvió el rostro congestionado por el placer y dijo con una voz que trataba de teñir la turbación de ironía. “¡Bueno, no crees que el culo está ya bastante bien hidratado?”

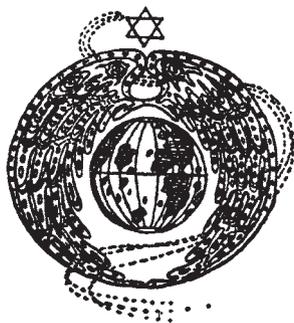
Luego fuimos a la habitación. Penetrándola desde detrás, intenté llevarla a un segundo orgasmo, pero parecía imposible. Sólo quería que yo me corriera, y recuerdo cómo su coñito devoraba mi pene con fuerza intentando devolverme la sensación que le había regalado hacía un momento. No quise quitarle la ilusión, y fingí un orgasmo apoteósico, que hizo que ella también gritara como una loca. Me imagino que el suyo fue otro hermoso orgasmo fingido, aunque siempre queda la duda.

A las dos se marchó, y me quedé extasiado viendo vídeos y revistas hasta las cinco de la mañana. Sweet fucker. I.— Muchacha rubia preciosa, ojos azules, naricilla respingona, el pelo corto recogido en una cola de caballo. Sus formas se adivinan opulentas bajo la falda de colores chillones. Mira sonriente a un muchacho que le regala una torta de chocolate en forma de corazón. II.— Mirando a la cámara sigue sonriendo mientras del amplio escote asoman dos rotundos prodigios decorados por medallas y pezones rosados; la falda levantada deja ver sus ceñidas bragui-

tas fucsia con lunares negros. III.— Mientras los pechos cuelgan ondos sobre la camiseta, mira el berbiquí desnudo y desafiante del muchacho. No es su primera polla, pero es una polla, la polla. IV.— El muchacho se aprieta el cimbel contra el vientre, y ella, con los ojos cerrados, concentrada succiona un testículo. V.— Con los ojos aún cerrados, acaricia los huevos mientras medio balano se aloja en su boca. VI, VII y VIII.— Se ha quitado las bragas y echada en el sofá con las piernas abiertas juguetea con su vulva; la abre, aprieta el clítoris, estira el prepucio. El glande desaparece en la gruta rosada. IX.— Nos da la espalda sentada sobre él, que sigue incrustando el balano en su grieta. Entre las nalgas abiertas asoma el delicioso foramen anal areolado de rosa. X.— Aprieta el glande en la boca y acaricia los huevos con los ojos cerrados. Las mejillas, los labios, las tetas, están cubiertos por perlas de semen. En la dominga derecha, una gota ha surcado la areola, y descansa justo sobre el pezón. Belleza capturada; detenida en el tiempo; repitiéndose infatigable a la medida de tu deseo; sin ningún eslabón posesivo, doloroso; llama de placer perfecta, azul, sin turbulencias. Los órganos del placer se suman arrobados a la fiesta y las erecciones generan una extraña y gozosa vibración que se extiende a todo el cuerpo; es la karezza, el orgasmo sin final; la conciencia fatigada comienza a diluirse, capturada en el laberinto de la belleza. La respiración es cada vez más pausada; se detiene rítmicamente. Pero se ensaña otra vez el agujón de la carne. De niña a mujer ante tus ojos. Las fotos más viejas muestran a una cría rubita sonriente; desnudando su cuerpo encontramos las areolas hinchadas, el vello del pubis; los pétalos tostados surgen poderosos de la vulva, decorados por una encantadora cenefa rugosa; sonrío a la cámara mientras recibe la descarga de un gordo cipote de negro en sus tetas de chiquilla. Pasa el tiempo; se redondean sus caderas; la grupa se ensancha, aunque el ano de un moreno dorado exhibe las mismas estrías en el culote gordo que en el culito de la niña. Los pechos crecen y se

redondean; en el camino, vemos todo tipo de vergas vaciarse sobre el cuerpo gracioso. Evidencia de la transformación, del devenir. Nada permanece, y captamos tan sólo una imagen vacía. Nada queda detrás. Película de 1933. Dos mujeres desnudas de cuerpos gloriosos compiten por ferrar a un hombre; apenas fantasmas, sin embargo, los detalles de sus pezones, de su vulva, están tan ciertos ante mí, que me hacen sumarme a la fiesta de su placer. Orgía ritual; prostitución sagrada; proyección anónima del cuerpo en el espacio-tiempo para el placer indiferenciado; conciencia arrasada por el vértigo de la belleza hacia un mar oscuro; conciencia diluyéndose en la certeza de la universal destrucción; conciencia escindida de todas sus raíces, abocada a la dichosa contemplación de lo que ya no es, de lo que nunca es, de lo imposible. La zarpa del placer desgarrar nuestro vientre y nos arrastra a la orilla aterida de la nada, donde todo es sencillo, donde todo regresa infinitamente y nada importa ya.

A lo largo de la noche, varias veces subí a la terraza a mirar por el telescopio. Hacía una noche fría y despejada. Me hipnotizaba contemplar el sistema anular de Saturno, que se distinguía con una nitidez casi perfecta, y por primera vez vi Titán, el mayor de los satélites que acompañan al padre de Zeus, apenas un puntito de luz alineado con los anillos.



16 de Noviembre

♣ LA DIOSA ES UNA CERDA

La mujer es un misterio, ¿qué hay detrás de su mano cuando lleva nuestro pene al lugar exacto de la penetración, con el que nosotros no atinamos y que ella conoce tan bien? Mis respuestas iniciales a esta pregunta esencial no pasaban de una visión romántica edulcorada: ella se enamora cuando encuentra a su hombre perfecto, ella es una diosa que se digna amar a un hombre muy especial. Nadie nunca me permitió adivinar la realidad. Esta fue una represión tan feroz y fundamental como la represión de la desnudez.

Deshecha mi última pareja lamentable hace cosa de un año, vi que estaba en un callejón sin salida. No sabía qué hacer con mi vida, y empecé a darme cuenta de que no tenía sentido seguir buscando a la mujer maravillosa y perfecta. Empecé a dar vueltas entonces en la cabeza a algunas experiencias viejas; postales clavadas en el recuerdo que tal vez encerraban un mensaje que no había tenido tiempo ni interés en descifrar. *Fue hace varios años. Habíamos ido a una fiesta popular, y bailamos y bebimos hasta muy entrada la noche; allí conocimos a un grupo de chicas. Rápidamente se formaron parejas y yo no sé bien cómo, pero acabé en una playa paseando a la orilla del mar con una morenita preciosa. Se llamaba Marián, y me gustaba de verdad; deseaba, borracho de sus ojos negros y del alcohol, que aquello fuera el principio de algo. Nos desnudamos y nos bañamos con las primeras luces del alba, y al salir del agua, comenzamos una danza sexual desesperada por las dos partes. Estábamos como locos. Yo quería poseerla con el pene y los ojos a la vez, y le pedí que se tumbara en una placa de roca que sobresalía de la arena; lo hizo,*

levantó sus piernas y las abrió. Aquella desnudez gloriosa me acabó de emborrachar; ¡Qué pedazo de hembra! Puesto de rodillas, jugué un rato con su peluche negro, y empecé a penetrarla muy despacio. A pesar del alcohol, tuve reflejos para intentar darle un buen orgasmo, y me dediqué obsesivamente con mi pulgar derecho a descapullar su clítoris, gordo y rosado, que culminaba unos pétalos tostados y menudos. Mientras tanto, mi mano izquierda recorría todo su cuerpo, tanteaba la sólida popa colgada en el borde de la repisa con su esfínter apretado, recogía y amasaba las grandes catalinas que descolgaban hacia los lados sus pezones morenos. En aquel momento amaneció; los primeros destellos del nuevo día surgieron de improviso sobre una cumbre a lo lejos. No he olvidado el cielo limpio, el aire fresco de la mañana ni el murmullo del mar, pero allí abajo ocurrían más cosas memorables; los primeros rayos de sol iluminaban la increíble unión de nuestros meaderos, la danza ritual de mi vástago empapado y brillante, enhebrándose en un coño divino, prisionero de las alas oscuras que se abrazaban a él a cada envite. Ella gemía, y estaba completamente absorta en su placer, pero de repente empezó a gritar con fuerza: “Manolo, Manolo”. Aquello me cortó completamente; dejé de bombear, me incliné aturdido sobre ella y le pregunté: —“¿Quién es Manolo, cielo?”. Respondió mirándome excitada y desafiante, como si despertara de un sueño: —“Mi novio que está en la mili”. Quedé unos segundos sin saber qué hacer. Me apetecía pegarle, pero me contuve y sencillamente me aparté de ella. Estaba horrorizado; pensaba en aquel pobre chaval que podía estar en aquel momento haciendo guardia en una garita maloliente mientras aquella cerda rabeaba conmigo. Me vestí y me fui. No quise mirar para atrás. Cuanto más pensaba en esta extraña experiencia, más claro veía aparecer dimensiones oscuras en el placer de la mujer, un deseo animal que en nada se diferenciaba, en cuanto a intensidad, del que yo podía sentir. Esta simetría era natural, pero sus consecuencias eran terribles. Mi de-

seo furioso describía lo que pasaba al otro lado como una imagen en un espejo, con lo que amanecía un mundo posible donde la orgía, un sexo a la medida de mis deseos más oscuros, era concebible, tenía sentido. En la época en que estas cosas me preocupaban, recuerdo que leí las memorias de Casanova, y el relato de Frobenius en el *Decamerón Negro* sobre la chica que asesina a otra mujer para no tener que compartir su harén de hombres. También me impresionó un reportaje demoledor sobre la vida sexual de los mandriles. *Las hembras se acercan a los machos que sestean displicentes, y ponen su coño a unos centímetros de su cara. Ellos, sin inmutarse, revuelven un poco allí, y si ven la cosa bien, corresponden al agasajo con un rápido meteysaca, que a su vez es agradecido con chillidos histéricos.* Esa es la simple realidad. ¡Qué película nos intentan vender aquí!

Por fin se dibujaba un camino que podía sacarme del marasmo. En esta sociedad el sexo es un valor más en venta y la experiencia de la orgía es posible —lo sabía desde siempre—, pero fue al reflexionar y darme cuenta de que esta posibilidad se ajustaba a la realidad del deseo de la mujer cuando sentí la urgencia de internarme en ese mundo; sólo entonces pensé que merecía la pena. Hay que decir que fue caro, pero el gasto no fue en vano. Sabía muy bien lo que quería, y no era difícil encontrarlo; chicas jóvenes solas o en parejas, y sumergirnos en un sexo lúdico, abierto, imaginativo, sin ninguna inhibición. La primera época de búsqueda loca no duró más allá de unos meses, porque llegó un momento en que tuve la intuición de algo que resolvía y explicaba todo, como un extraño mensaje: “la diosa es una cerda”. Cuando una verdad terrible me fue revelada a través de esta frase, recuerdo que llené febrilmente varias páginas de mi cuaderno repitiéndola mil veces en rojo, en grandes caracteres; cuando comprendí que, quisiera o no, toda mi vida giraba en torno a ese eje, me pareció haber descubierto el hilo conductor del laberinto. Sigo pensando que así fue. Esta fue la experiencia iniciática que

intenté describir después en “Lesbia illa”. Creo que en ese momento se había producido la resolución del conflicto ancestral que nucleaba todos mis anhelos, el inexplicable malestar que a veces se apoderaba de mis días. Era la represión del sexo, que teje una funesta red de complejos a través de la mente, y nos puede llevar fácilmente a la angustia y la desolación, el infame laberinto de la represión; el conflicto creado al niño al que las niñas escondían sus cositas, al joven al que las chicas seguían escondiendo sus cositas, al hombre al que sobrecoge cada poco en la calle un rabel soberbio, enfundado en algún hábil artificio resaltador–ocultador. En mi caso, este conflicto se resolvió en una experiencia intensa que desnudó el absurdo que yacía en su misma raíz. En ese momento, todos los bloqueos de mi mente salieron a la luz y se desintegraron, dando paso a una nueva imagen de mí mismo a la medida de la realidad. A partir de ahí, el sexo comenzó a ser algo intenso, pero perfectamente relajado y placentero, lúdico y maravilloso; una experiencia en los límites del ser, de unión inefable con todo; una experiencia mística tal vez. El proceso de resolución que se produjo en aquellos meses locos puede sintetizarse en una imagen, en un gesto, en una caricia, sensaciones que van mucho más allá de sí mismas y son capaces de pasarnos al otro lado cuando desnudan la auténtica naturaleza de la diosa, su sucio fondo fisiológico, carnal, perfectamente animal, y al mismo tiempo perfectamente divino. *Recuerdo una experiencia en Barcelona. Conocí en una discoteca de alterne a dos hermanas preciosas, Charo y Elena. Se parecían muchísimo, aunque Charo era un poco más alta y delgada; tenían los mismos ojos azules, el mismo gesto desafiante de “chica guapa que lo sabe, y ¿tú de qué vas?”. Estaban con un ¿hermano? suyo, pero cuando empecé a insinuarle, ellas rápidamente consiguieron que se despistara. Terminamos en mi habitación del hotel follando como locos toda la noche. Dos cosas me impresionaron en aquella experiencia. Primero, el disfrute de dos cuerpos que eran prácticamente el*

mismo y que además se atraían entre ellos; —mientras penetraba a una la otra solía poner su cara muy cerca, excitada por la visión próxima y casi exacta de su propio coño penetrado; de vez en cuando, ella misma sacaba mi pene y lo acariciaba y besaba para devolvérselo poco después a su hermana—. A mí me volvía loco tener las tres bocas contiguas a mi disposición —el ano moreno y cerrado en el fondo del diedro de las nalgas, la vaina húmeda siempre abierta pidiendo su alimento, y los labios carnosos en el rostro encendido, también ávidos de mi pene que era recibido con júbilo entre los dientes blancos, junto a la lengua roja y juguetona—, y poder acariciar al mismo tiempo al otro lado las otras tres bocas también desnudas, perfectamente simétricas, perfectamente disponibles. Lo segundo que me impresionó aquella noche fue sentir por primera vez en mi vida estallar los orgasmos dentro de una mujer. Mi pene captaba como una sonda repentinas descargas de calor en el fondo de sus vientres, acompañadas de la emisión de un fluido que sentía surgir viscoso; era entonces cuando más gemían, desesperadas, como sacudidas por espasmos eléctricos. Un día sentí poderosamente que toda la enseñanza de aquellos meses locos cabía en esa frase: “la diosa es una cerda”, y que todo estaba resuelto. A partir de entonces, el esquema de mi sexualidad es sencillo: la mujer seductora es la sublime diosa; descubrir su sucio fondo animal en su desnudez y en los espasmos de su placer es la felicidad, tal vez porque la siento entonces infinitamente próxima a mí. Quedó claro que no volvería a sufrir por culpa de una mujer. La diosa es una cerda. Luisa tenía una belleza trágica en los ojos. La conocí en un puticlub de O. Mientras estaba con ella me contó su vida.

—Dejé de estudiar en seguida. Yo no valía p’aquello. Sólo pensaba en tontear con los rapaces del Instituto. Entonces dijeronme que me pusiera a trabajar, y yo escapéme de casa y metíme a esto.

—¿Y eres feliz así? ¿Te gusta hacerlo con cualquier tío?

— ¡Ay, qué preguntas tienes! *Hailos que de mano danme asco, pero cuando me meten toda esa carne pa dentro, júrote que dame igual; ye una locura lo que siento.*

Se hizo invencible la tentación de gritar a todo el mundo el mensaje que mi experiencia me había regalado; de ese intento nacieron mis poemas. Sentía profundamente que la revelación era capaz de trastocar todos los valores absurdos que prevalecen en esta sociedad y llevar las conciencias hasta un vértice de perplejidad y de duda que hace todo posible.

He leído otra vez el párrafo anterior, y temo estarme pasando, pero hay algo que creo que es claro. Para alguien como yo que vive intensamente el sexo, es posible una experiencia cargada de intensidad y que supone un serio cuestionamiento de los esquemas previos de funcionamiento de la mente. Así fue en mi caso. El ensimismado soñador que perpetuamente buscaba criaturas angelicales que dieran sentido a su vida a través de enamoramientos salvajes; el perpetuo amargado, constructor de mundos quiméricos siempre en otra parte, siempre para otra gente, en un futuro que lo redimiría todo; todos esos seres murieron en las líneas del mándala que dibuja con precisión los contornos de la diosa que es una cerda. Es sólo mi experiencia, y no debería generalizar, pero tengo la impresión de que muchos espíritus agónicos que estropean sus vidas y las de los que les rodean atormentándose con paraísos soñados, mejorarían si pudieran ver esta realidad.

Por la tarde me he entretenido en vagas ensoñaciones. Un proyecto de vida para un hombre y un esquema de valores, prefiguran siempre un proyecto de sociedad, y he dejado mi mente divagar tratando de perfilar cuál sería mi proyecto para la humanidad. Tengo la sensación de ser una fluctuación dentro del sistema, y mi deseo me empuja a transformar esa fluctuación en una perturbación que sea la semilla de un nuevo sistema. Acabo de cambiar de casa, y esa ha sido una hermosa experiencia de cómo las ideas que

creamos en nuestra mente pueden acabar cristalizando en realidades. Cambiar una sociedad es mucho más difícil, pero, en todo caso, esa nueva sociedad existe ya en mi mente. En mi Utopía no habría represión del sexo, y este sería lúdico, alegre y gratuito, sin relaciones posesivas, que estarían muy mal vistas y se asociarían a la locura —lo que son—. Sería una sociedad sin matrimonio, con muy poca familia; es decir, una sociedad con sociedad, solidaria, sin herencias. Individuos educados para disfrutar de la vida y hacer disfrutar de ella a los demás. ¿Socialismo? Tal vez. De todas formas, algo parecido ya lo decía Platón, y algo parecido debe de haberlo en más de una isla del Pacífico. Tengo la intuición de que si en vez de encenagarnos en relaciones posesivas basadas en un delirio paranoico como el enamoramiento, aprendiéramos a disfrutar compartiendo al otro que nos regala el placer, estarían puestas las bases para algo sencillamente maravilloso; otra sociedad, diferente, posible. En ella, sin embargo, una historia como la mía no tendría mucho sentido. Al no ser reprimido, el sexo daría desde la infancia alegrías y frustraciones fácilmente asimilables; como las que a mí me da la gastronomía, por ejemplo.



• MUJERES MADURAS

Ruinas. Paisajes desolados, pero habitados a veces de un hechizo especial, la estela que la belleza deja a su paso. Ruinas de Pérgamo, Éfeso y Corinto.

Además sus hijitas les hacen caso en todo.

17 de Noviembre

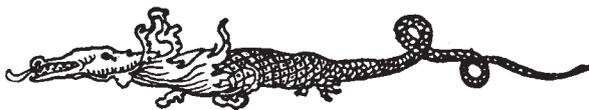
♣ SEXO

La puerta del Paraíso, o del Infierno. Adoro la feminidad. Estéticamente, una mujer hermosa es todo para mí. No, no es cierto, no es todo; eso sería poco. Es lo que trasciende todo, lo que ilumina todo, lo que le da sentido a todo. Una mujer hermosa, la mujer hermosa, cualquier mujer hermosa. He entendido y asimilado que soy así, y lo declaro sinceramente; esa es mi religión en este país con libertad de cultos; ahí descubro yo lo otro en el ser, lo completamente otro, lo que ilumina el sentido como un rayo en un cielo despejado, como una zarza ardiendo. El problema es que la intensidad de la revelación es tal que allí sucumbe todo, hasta los mismos signos que hicieron posible el milagro. Todo está vacío, y entonces abrimos los ojos por primera vez, y comprendemos.

En esta sociedad el sexo se reprime, se usa como mercancía; la gente roba, miente por él. No es posible reprimir la sensación de asco. Un ricachón no mal parecido, como yo, sale de caza y cae en paracaídas en situaciones terribles. He aprendido a oír las mentiras y asentir, y tratar de formar una opinión por el lenguaje, la ropa, los gestos, las cicatrices; un sano ejercicio para la mente, pero a veces insoportable. *Fue hace dos meses cuando recogí a Teresa en la calle. La historia que me contó hablaba de una mujer hundida en la marginalidad, pero eso no encajaba con los vaqueros planchados, la inmaculada ropa interior. Tras la fachada vi a una ama de casa en busca de dinero fácil que transformar en cocaína. Deduje después atando todos los cabos que su marido la vigilaba, que le era casi imposible escapar, y que en mí pensaba haber encontrado un mirlo blanco, el objetivo perfecto. Lo deduje*

después, aquella noche sólo viví la locura de una mujer entregada en cuerpo y alma a mi placer. Morena de ojos preciosos en un rostro perfecto; alta, delgada, pero con delantera y retaguardia abundantes; en dos horas se empeñó en emborracharme con todo lo que había en ella de codiciable, que era mucho. Todo lo exhibía con gestos descocados; sus manos eran el sujetador que presentaba sus pechos para mí; un dedo recorría parsimoniosamente los escondrijos de su vulva y su trasero ofrecidos, mientras con la otra mano engatusaba a mi pene; me hacía gozar así con la inminencia del encuentro de nuestros sexos, exhibiendo a la vez su cuerpo y su deseo; yo miraba embriagado el vuelo desafiante de los halcones negros de sus ojos, heridos de placer, codiciosos de mi carne. Después abrió para mí la fuente más secreta de sus orgasmos, de su feminidad más íntima. Estoy acostumbrado a que finjan conmigo, pero yo mismo sentía los espasmos de su vientre, veía sus locas corridas que manchaban las sábanas. Se había propuesto gozar y gozaba. Creí volverme loco cuando chillando se sacó mi polla de la vagina, y estrujándola buscó para ella cobijo en el túnel angosto de su mierda; “la quiero ahí, ahí, joderrrr, ahíí!”.

Cuando nos despedimos, decidimos con las manos unidas volvernos a ver; cualquier día; yo podría verla por las mañanas cuando llevaba a su niña al colegio. Dije que lo haría. Luego pensé. Vi el terrible drama en toda su extensión, y hui de aquel sublime manantial de sexo horrorizado. El cielo y el infierno.



• FINIS CORONAT OPUS

No siempre. En los dos casos más importantes no es así; el fin destruye, aniquila, desbarata: la muerte y el orgasmo, el orgasmo y la muerte. Hoy experimenté uno de estos finales.

Mi vida es dulce cuando siento que el deseo en mí crece, mansa, pausadamente; como un río alimentado de hermosas cumbres nevadas, lejanas. Esos días son gratos. Mi trabajo rutinario, las conversaciones con los amigos, cualquier anécdota trivial se iluminan dulcemente, son deliciosos por esa presencia remota. Luego llega el momento definitivo del encuentro. Suele ser los fines de semana. Momento terrible del paso al otro lado. El deseo acumulado rompe las barreras, y se impone la presencia de una divina sacerdotisa de Venus, custodia del fuego sagrado. Un cigarrillo, una conversación trivial son sólo el transparente preámbulo de la conquista de la ciudadela; exorcismo ritual para que caigan los vestidos como murallas derruidas. La desnudez se apodera de todo. Es otro universo, abierto al goce, abierto a la vida, al fin libre. La diosa me lleva de la mano a descubrir sus infinitos cuerpos. Es un viaje en el que se intercalan y al que se superponen versos, sinfonías, paisajes, conversaciones... Todo roto continuamente para regresar al abismo del goce, la contemplación. Es este un continuo de placer en el que el orgasmo no tiene cabida. Una cima prolongada sin caída posible. No obstante, a veces, como ayer, la tensión acumulada es tanta que es necesario aliviarla. Hacía tres semanas que no me ocurría. *Estaba con Carmela, que me felaba ceñida y profundamente, haciendo que mi pene se derriera de placer; al mismo tiempo me amasaba el escroto, apretándolo hacia arriba. Se sacó entonces el miembro empapado, y empezó a frotarlo con la mano mientras me miraba cariñosa. “¡Anda, córrrete, vida!”. Su desnudez me estaba masacrando el alma, y no pude ni quise negarme a aquella insinuación; decidí que iba a correrme y la penetré en la boca de nuevo, mientras empezaba a jugar con su puerta posterior, que es mi fetiche en estos*

casos. Cuando sentí que el orgasmo era inminente, la saqué de su boca, y la apreté contra su mejilla, dejando que la catarata se esparciera por el rostro excitado. Sus deliciosas orejitas tenían el color rojo intenso del rubí. El éxtasis es perfecto. La vida en espera del éxtasis es perfecta. Incluso el orgasmo es perfecto. Sólo odio esas horas después del orgasmo en que no estamos seguros de que el ciclo se renueve, de que el sol vaya a volver a salir, como les ocurría a los mayas al final de sus ciclos. Momentos en que me siento abandonado, sin sentido, sin esperanza. Noche oscura del alma.

Reflexionando ahora, me doy cuenta de que esta tristeza es sólo un medio de disfrutar más intensamente el retorno de la libido. Trampas que nos hacemos a nosotros mismos para arañar al destino unos trocitos de felicidad.



18 de Noviembre

De camino a mi clase de las once, tengo el privilegio de caminar unos instantes detrás de las que sin ningún género de dudas son las posaderas más impresionantes que se sientan en nuestro instituto. Se llama Lucía, y tenemos un hermoso rollo platónico. Al principio yo la miraba, aturrido ante tanta hermosura; ella se dio cuenta, y aceptó el castigo con la clase de un Mihura; ahora siempre nos sonreímos. Su rostro es el que muchas veces hemos visto en estatuas griegas y hemos dicho: “¡Cómo se pasaban estos cabrones! No puede ser posible tanta armonía, tanta perfección”. Cuando hablamos, ella me mira, pero yo la admiro como si fuera un mármol de Fidias. Y sin embargo, dentro de ese mármol no me cabe duda de que hay pasiones. Es una chica formal; no se le conocen novios, y entre los compañeros tiene fama de estrecha; siempre va con los libros contra las tetas como si se pudiera ocultar lo evidente, o tal vez para que resalte más lo evidente al parecer que trata de ocultarlo; y sus vaqueros son siempre una talla más pequeños que sus medidas. Da la impresión de que lo tiene todo puesto en el escaparate y espera un buen comprador, y la verdad es que apetece entrar en la pastelería y comérselo todo. En alguna conversación que hemos tenido a solas, he estado varias veces a punto de lanzarme, pero algún extraño bloqueo inconsciente me ha detenido; yo no valgo para dejar atrás corazones destrozados, y tampoco quiero renunciar a todas las mujeres accesibles del mundo por una sola por buena que esté y maravillosa que sea; por eso me reprimo. Ella lo sabe todo, o creo que lo sabe todo cuando me mira sonriente en el momento en que la adelanto poniendo una cara horriblemente falsa de tener mucha prisa. —“Adios, Lucía”. —“Adiós, Carlos”.

• MUJER PERFECTA

Círculo cuadrado. Reflexiono sobre algo que me ocurrió el domingo. Hojeando revistas me sobrecoge la mirada de Greta. Correríamos desde cualquier sitio para conquistar el corazón que hay detrás de esa mirada. En una foto busca algo en la mariposa morena que asoma de su vulva depilada. Correríamos desde cualquier sitio para que ella con un gesto como ese acoplara allí el asombroso caño de nuestros orines. Las ninfas son rosadas, amplias, generosos mandiles, y tienen un reborde moreno delicioso. La mujer perfecta. Desasosiego y dudas. El azar nos redime otra vez. Otra revista más reciente exhibe las proezas de una felatriz que se entrega con total devoción a los seis machos que la rodean. En una foto vemos que su almeja rosada tiene un festón que nos resulta conocido. Asombrados, comprobamos que es Greta. Ha pasado un año y el ángel se ha transformado en un putón. El dragón ha asomado muy pronto, en este caso, de la florida caverna; normalmente hace falta esperar un poco más.

Hoy comenzaron las prácticas del tercer curso. Maravillosos nuevos ojos, sonrisas, culitos. Hay algo subyugante en estas promesas de mujer que llegan atropellándose. “¿Son aquí las prácticas?”. Soy el más viejo y me toca dar explicaciones magistrales. Disfruto siendo un serio profesor, exponiendo un complicado razonamiento mientras me deleito en los labios deliciosos de una chiquilla, en el pelo morenísimo recogido con una cinta roja, en el bozo incipiente que preludia simétricos haces de deliciosos pelillos alrededor del ano.

• AMOR Y SEXO

Aceite y agua; en esta puta sociedad; al menos mientras tu mente esté en rodaje; la mezcla es explosiva en manos inexpertas. Si una mujer te atrae, mejor que te caiga antipática. Si una chica es dulce y maravillosa, mejor que tenga algo demasiado pequeño o demasiado grande. Cuidado con las miradas de tierna indefensión, tan femeninas. El objeto es la fusión con el objeto que nos seduce, y el desnudamiento de su esencia. Que esa fusión sea estética, visual, metafísica; que sea real, pero en función de tu esquema, no del que teje el laberinto. Que no sea una trampa en la que mueras como un perro.

La vanidad es otro despeñadero. Conozco a muchas personas a las que obsesiona conseguir éxitos tan estúpidos o ficticios como el favor de un editor, el halago de cualquier cretino; con esas piedras intentan construir su dicha. Tanta estupidez me resulta simpática; sólo un poco grotesca. Yo veo en todo ello un gran complejo de inferioridad, una enorme inseguridad, y una confianza nula en el valor real de lo que hacen. Lo más triste es cuando todos estos sentimientos están justificados, y esa es ciertamente la única y deprimente felicidad que pueden permitirse. Yo no creo ser vanidoso. Mi única pretensión, mi único placer es sondear los misterios, desafiar las tormentas de este mar que es todo mi horizonte, *Officium Veneris*.

En una charla ocasional con Manolo insinuó alguna de mis ideas demoledoras sobre la familia. Cree haber encontrado un argumento concluyente cuando me dice: “¿Y los niños? ¿Qué haces con los niños? Eres un egoísta demagogo”. Por un momento siento que para defenderme tendré que disparar sobre un ejército de indefensas criaturitas. Esa es la gran trampa y el gran chantaje. Es terrible que esta sociedad, como casi todas, marque a los niños desde la cuna por su origen social, y ponga su desarrollo en manos de esa terrible putrefacción que es la familia. Ahí se reproduce el desastre. Yo quisiera sentir hasta sus últimas consecuencias a to-

dos los niños como hijos míos, y desearía una sociedad que desarrollara ese sentimiento, una sociedad de hombres solidarios y libres que no miraran a sus semejantes a través de las paredes de un antro cerrado y maloliente.



19 de Noviembre

• MADRUGADA.— Aparece el caos de la mano de Nelia, alta, morena, ojos azules, madrileña, puta; una perla en sable de caballo sobre fondo de plata es el triste emblema de su vida. Odiosa amante—enemiga, nuestra breve historia en común es una serie de mentiras, extorsiones y grandes polvos. Llevaba dejando mensajes en mi contestador varios días. Me despierta tocando desafortunadamente el timbre a las tres de la madrugada. Tengo miedo de que los vecinos sientan el escándalo y le abro. Había bebido. Necesita dinero, y primero me ofrece un reproductor de discos compactos portátil, robado con toda seguridad; luego me ofrece sexo. Quiero saber qué le pasa, y después de mucho sonsacarla, se pone a llorar y me cuenta extrañas historias de deudas y camellos. No me creo nada, pero recién despierto, confuso, no sé qué hacer. Me doy cuenta de que tengo una fuerte taquicardia. Es la vieja sensación: atrapado por una mujer. Le digo que tengo que madrugar y necesito dormir, que se marche; se niega obstinadamente. No sé qué hacer. Se abraza a mí y acabamos en la bañera juntos. En la habitación, me corro como un colegial en su crica de mandiles morenos asimétricos. Quedo destrozado y le pido que se marche. Está cansada y quiere quedarse a dormir un rato. No sé negarme. Al poco rato ronca, y yo, a su lado, sufro mi taquicardia en silencio. Pasa una hora, la despierto y le pido que se vaya. Se resiste. Le digo que me encuentro mal. Por fin se viste y se va. Espío por el videoportero y me da la impresión de que se ha quedado en el edificio. Bien, desconectaré el timbre, y si se pone muy pelma llamaré a la policía. Eso le dije que haría. Después me pongo a escribir esto, entre la esperanza de que el somnífero me haga efecto y pueda dormir un rato, y el miedo de estar metido en un lío. Soy un animal; tengo que tener cuidado con estas relaciones.

Revuelvo en la caja de fusibles, consigo desconectar los timbres y me voy a dormir.

• MAÑANA.— Después del sueño pegajoso del Tranquimazín, me levanto agitado, tenso; sensación de catástrofe. Me doy cuenta de que en el salón falta una caja de plata repujada que Nelia debió de coger aprovechando un descuido. Esto no me preocupa; me preocupa que vuelva otras noches a montar escándalos. Visito la Comisaría, donde un agente me explica amablemente que en un caso así puedo avisar a la Policía, e incluso poner una denuncia. Salgo más tranquilo. Hace un día de sol espléndido. Por primera vez en meses no me fijo en las mujeres por la calle. En el trabajo, las rutinas más triviales me desbordan. Llego a casa y me encuentro la notificación de que Hacienda me ha ingresado las doscientas mil pesetas que me devuelven del IRPF. El día parece realmente empeñado en hacerme salir del marasmo. Por si fuera poco, en este momento llega Pilar, la amiga que me ayuda a cuidar la casa. Comentarios agradables sobre lo que he comido y lo que debería haber comido, sobre los muebles encargados que no acaban de llegar,... Noto que mi tono de voz es distinto al que había tenido todo el día. Me reconcilio un poco con el sexo femenino. Llego un albañil a cambiar una baldosa de la terraza.

De todo esto queda: un cuerpo hermoso sobre mi cama, un cuerpo acribillado por la incuria, la estupidez; pero que conserva dos pechos grandes adornados de hermosas areolas morenas; una trastienda amplia que no me cansaba de acariciar; un rostro bello, en el que un observador agudo descubre mentira, vicio, egoísmo; vientre generoso y amplias caderas; largas piernas con muslos rollizos que al abrirse regalaban un amplio triángulo de depilada locura; mandiles morenos asomando entre los labios. Condiciones ideales para un gran polvo. Pero cuando todo eso te lo imponen despertándote a las tres de la madrugada, envuelto en mentira y extorsión, no es raro que uno rompa. Yo rompí. Lo importante es

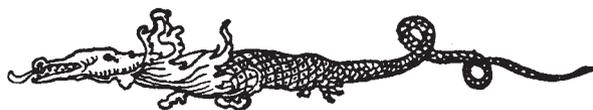
conseguir que algo así no ocurra nunca más. ¡Adiós, Nelia! Punto final.

Por la noche, renace la libido. Pienso, pienso, y con tres llamadas telefónicas organizo el shock perfecto para salir del marasmo.



20 de Noviembre

Ritual de las dioscuras. Cabalgando el brioso Suzuki de Manolo, parto hacia la sierra con las chicas. Por la mañana recorreremos algunos parajes imponentes en los cordales más altos, entre las cumbres nevadas. Fue maravillosa sobre todo la internada en el valle que va a dar a V., el camino embarrado sobre cortadas gargantas de caliza al principio, luego las anchas vegas, y el río crecido que el camino vadeaba varias veces. Comemos en V., y por la tarde emprendemos en el coche la ascensión al collado de C.; luego subimos andando hasta la cumbre. Las chicas llegan desfondadas, y muertas de risa. Arriba la vista es magnífica: peñas de caliza, cumbres nevadas a lo lejos. Un cigarrillo, y comienza el ritual; paso a paso hacia el éxtasis. Solos en el fin del mundo reventándonos de placer; intuyendo algo como el principio de otro universo posible que cuando nos vayamos quedará aquí arriba como una promesa, como una intuición apenas sobre el cuerpo desnudo y hermoso de la Tierra.



21 de Noviembre

A un amigo poeta le han concedido un importante premio de poesía. Le he dado la enhorabuena cariñosamente. Después de tanto tiempo pensando que soy un indeseable, recupero una vieja sensación deliciosa: me alegro sinceramente. Me alegro de que me alegro. Después de años de relaciones sórdidas, Eros vence a Tánatos, y son posibles la sociedad, la cultura y la felicidad. Tal vez es verdad que estoy cambiando.

• MONOGAMIA

Desgalgadero. Ayer entré en el portal con un viejo compañero de la mili que es vecino mío, un prusiano capaz de cualquier cosa por esquivar un arresto. Venía con su mujer, a la que ya conocía de vista de cruzármela en la escalera, y subimos en el ascensor los tres con su hijita de siete años. El triángulo se me antojaba que tenía matices extraños; no sé cuales. Intuía un infierno detrás de la rutina de esta pareja. Se me antojaban de esos seres profundamente frustrados que esconden su frustración tras la careta de una aparente “normalidad”. Resulto tan extraño yo en este universo de estrellas dobles. Estoy seguro de que les inquieta profundamente la presencia de este lobo solitario. Imagino las sensaciones; envidia en él, animadversión en ella. Qué habrán hablado de mí. Hoy me he encontrado en el patio a la niña que jugaba con otros niños. Al llegar al portal me di cuenta de que me habían seguido y me espiaban a través del cristal. Les he sonreído y le he lanzado un beso a la niña —deliciosa copia de su madre, con más juventud y menos malicia—. Para que se lo diga a mamá.

Por la tarde, mientras doy prácticas, reflexiono sobre la docencia, mi docencia. Aparentemente soy un buen profesor. Los alumnos en las encuestas que se les hacen todos los años, machaconamente repiten esto. Sí creo que soy tolerante con el error ajeno, paciente. Además, me gusta serlo. No obstante, hay veces que siento la tentación de romper. Me molesta la contumacia. Eso no se suele dar con los alumnos; sí en la vida. Entro en el despacho de Gonzalo, mi amigo físico que es el director del instituto, iniciamos una conversación trivial, y mientras tanto aprovecho para abrir un sobre de propaganda de National Geographic que me llegó por la mañana en el correo. Lanzo una exclamación cuando veo las imágenes del último libro que han editado estos monstruos —las fotos lo merecen—. Gonzalo hace caso omiso de la interrupción y sigue con su tema anodino sin inmutarse. Suele hacer esto. Me enfado mentalmente con él.

Ceno con Gonzalo, que está de Rodríguez, en casa de Manolo y Rosario; el menú es soberbio: morcilla de Matachana, endivias con anchoas, pimientos del Bierzo... En la sobremesa surgen temas profundos —religión, sociedad, filosofía—, que nos tienen entretenidos hasta las dos de la madrugada. Con la complicidad de Manolo me vengo de Gonzalo y llevo la conversación a todas mis obsesiones. El buen hombre que al final siempre domina en él entra al trapo a todo —además, habíamos bebido un poco—. Hacía tiempo que no disfrutaba tanto con una conversación. Cuando salimos, una maravillosa noche estrellada nos saluda. Betelgeuse y Aldebarán son los faroles rojos que señalan en el cielo el camino de las galaxias con marcha. Estoy caliente como un perro. Al llegar a casa, comienzo el oficio de fin de semana. A las tres, saco el telescopio a la terraza, y busco donde Manolo me ha dicho que está la nebulosa de Orión, en la espada que cuelga bajo el cinturón del gran cazador. Al fin la encuentro y quedo impresionado. Es una vedaja irregular de algodón salpicada de estrellas; como una corrida en el coño profundo y negro de la noche. De un polvo así

debió de nacer el Sistema Solar, nosotros. La contemplo unos minutos maravillado; es mi primera nebulosa.



22 de Noviembre

Desde que murieron mis padres, no suelo ir mucho a G., donde nací y viví hasta los dieciocho años, pero hoy tenía una extraña necesidad de ver el mar y pasear las calles de mi infancia. Me acerqué por la tarde, aprovechando para hacer algunas compras por el camino. Aparqué en el centro, y caminé distraído un rato. Luego tomé un refresco en un viejo café lleno de recuerdos, dejando mi mente perderse en los laberintos de la memoria. Viejas historias regresaron para cobrar su tributo —alegría, frustración, ¿quién sabe?—; ese es el meollo del asunto: vivimos algo una vez para seguir luego viviéndolo muchas veces. Sobrecoge pensar que somos fundamentalmente el conjunto de las historias que hemos vivido y que existe materialmente como un código de información en nuestro cerebro. Si perdiéramos ese extraño código, aunque nuestro cuerpo siguiese existiendo con una forma casi idéntica, ya no seríamos nosotros. Esto me lleva a pensar que no tenemos ni idea de lo que significan realmente la vida y la muerte, de lo que significa este yo al que nos aferramos y que quisiéramos siempre glorioso, siempre triunfador. Como siempre, al final tengo la intuición de que todo está abierto, de que el universo que conocemos podría colapsarse en cualquier momento y dar paso a algo nuevo y maravilloso; esta es la intuición del poema final de mi libro. *Todo es un papel en blanco esperando la mano que dibuje un sentido tercamente oculto.*

Hacía una tarde agradable y decidí dar un paseo por la playa. Caminaba distraído, cuando ya cerca del mar me sucedió algo extraño; al doblar una esquina, una fuerte ráfaga de viento me llevó por un instante a la niñez. La caricia fría en el rostro me produjo una felicidad extraña, sin motivo, felicidad sólo de ser un niño que sale de casa para ir a jugar. Esta brisa de G. hace sentir la presen-

cia del mar en medio del laberinto de las calles; hoy, durante una fracción de segundo me devolvió un pasado que no entiendo muy bien por qué sentí como el paraíso perdido.

Está anocheciendo mientras escribo esto. He comprado un equipo de música y escucho la Sinfonía Heroica mientras aguardo la aparición de Venus. El cielo está despejado, salvo unos pocos cúmulos que reposan indolentes sobre la sierra, nevada en las cimas más altas.

Me obsesiona el recuerdo del cuerpo de Nelia desnudo sobre la cama, y no puedo dejar de dar vueltas a nuestra historia. La conocí hace cosa de un mes en un bar de la zona vieja, y me impresionaron sus formas perfectas insinuadas bajo el vaquero y la camisa estampada, el trágico misterio de sus ojos azules. Nos vimos varias tardes y me contó su historia. Venía del infierno; acababa de salir del hospital, a donde la había llevado una sobredosis de cocaína que la había puesto al borde de la muerte, pero parecía sinceramente dispuesta a cambiar de vida. Hablamos mucho, y me di cuenta de que aquella mujer me estaba volviendo loco. Su plan era empezar un tratamiento de metadona, y yo entusiasmado me ofrecí a ayudarla buscándole un trabajo. A la semana de conocerla, le confesé mi pasión y vinimos a mi casa. Nuestra primera tarde de sexo fue sublime; descubrí su cuerpo magnífico que estaba algo descuidado; le depilé las piernas y la vulva, y nos cansamos de hacer el amor. Nuestros cuerpos parecían hechos el uno para el otro, pero aquí terminó la parte feliz de la historia. Poco después, ella volvió a fumar heroína, su peculiar infierno-paraíso, y empezaron las mentiras, los chantajes, las lágrimas de cocodrilo. Así hasta lo de la última noche, un polvo en un ambiente de hostilidad y antipatía mutuas que me ha hecho recordar una experiencia vieja. *Fue hace diez años. Ana era feminista. En su peculiar versión del feminismo, un hombre, cualquier hombre, es un delincuente contra el que todo está justificado. Durante varios meses*

me usó para sus fines con todo tipo de argucias; me sacó el dinero que quiso, me engañó y me hizo enemistarme con mis mejores amigos. Cuando lo descubrí todo, la llamé por teléfono y vino a mi apartamento. Extendí delante de ella las pruebas irrefutables de su ignominia, y la miré fijamente a los ojos. Se echó a llorar —sublime alegato— y se abrazó a mí. Sabía lo que eso significaba. Yo lo olvidaría todo y no haría nada contra ella porque algo grandioso había estado allí en juego por encima de cualquier otro argumento. Fue su olor, aquella colonia infantil que usaba lo que me hizo enhebrarme a su cuerpo en un último polvo salvaje. No volvimos a cruzar una palabra. En este caso fue distinto, Nelia sólo me dejaba hacer abandonada a los fantasmas de su borrachera; y yo, recién despierto, en una atmósfera irreal, me puse a explorar los escondrijos de su vientre con un placer morboso. Hubo un momento en que para ver mejor su rendija desnuda en el espejo, la cogí por las rodillas y desplacé su cuerpo sobre la sábana. Tenerla a mi merced así me enervaba. Me puse de rodillas al borde de la cama y hundí mi capullo bajo el desagüe gordo de su pis; las prolongaciones superiores de sus mandiles formaban con el prepucio una portada gótica perfecta; mientras, vi que su gesto era ausente y vagamente lúbrico y bombeé enloquecido con el único deseo de reventarla de placer. Cuando me cansé de esta postura, con un “venga date la vuelta” imperioso, y asiéndole una nalga, la obligué a volverse; lo hizo lentamente, como quien cumple un deber; le levanté la grupa y la penetré desde atrás jugando con su ano moreno; respiraba más fuerte y gruñía. Le así las tetas que colgaban fofas, y sentí sus posaderas templadas en mi vientre. Fue entonces cuando me corrí. Nelia, diosa estúpida, abandonada, insensata, eres un nuevo arcano, y me has hecho recordar y vibrar otra vez con aquel demonio divino, *Ana illa, illa Ana, quam Carolus unam plus quam se atque suos amavit omnes*, la diosa caída, encenagada en la estupidez y la mentira, inmune al sufrimiento de los otros.

23 de Noviembre

Esta noche he resistido sin problemas la tentación de correr en busca de Nelia, aunque no he dejado de pensar en nuestra historia, un episodio sórdido al que arranqué extraños destellos de éxtasis. ¿En qué me he convertido? Como un prisma, refracto y descompongo la seducción; separo de ella los turbadores mitos posesivos para arrojarlos al estercolero de las cosas ridículas, y me hundo como en un agua lustral en el glorioso descubrimiento racional y estético, placer de dioses. Me siento un hombre sin historia, o inmune a la historia, es lo mismo; concentrado en un único empeño, descifrar el enigma que nos plantea una diosa que eructa los fétidos efluvios de su borrachera; redentor del azar.

• LA SEXUALIDAD DE LOS MENORES

El meollo del asunto. Silenciarla es la madre de todas las neurosis. Creo que es perfectamente posible otra sociedad en la que los menores desarrollaran libremente su sexualidad, aunque el problema es cómo se puede conseguir esto con seres tan vulnerables, tan desvalidos ante cualquier engaño. Ellos deberían tener toda la información desde muy pronto, y no se les debería decir lo que tienen que sentir. Que sean personas desde el principio, y que aprendan de sus errores. Me temo que todo el problema está en realidad en nosotros. La sexualidad de los menores no es un problema.

Ya que estamos en esta sociedad, se me ocurre una pregunta para la polémica: ¿si no montáramos los que nos creemos normales las películas que montamos, no es posible que el pederasta pasara a ser en la memoria del niño, solamente “aquel señor raro

que nos daba caramelos y nos tocaba las cositas”, sin más traumas ni más nada?

Un amigo poeta me cuenta su triste historia con una mujer que continuamente lo incita con sus artes más femeninas para luego negarse al sexo. Le expongo mi idea: “Mira, yo creo que las mujeres pueden llegar a arreglarse con muy poco o nada de sexo, pero siempre necesitan sentirse deseadas. Hay que aprender a pasar de esos muermos”.

• DE CULIS PUELLARUM

Es impresionante la cantidad de formas diversas que nos puede regalar el rabel de una mujer. Es esencial la anchura, que podríamos cuantificar por la circunferencia de las caderas. Tenemos, según esto, desde grandes antifonarios, excesivos, lujuriosos, en una serie completamente gradual hasta culitos pequeños que podríamos confundir con culos masculinos (¡¡¡cuidado!!!). De uno a otro extremo de la serie, si la imagen está presidida por un delicioso rostro femenino, todos nos parecerán perfectos, en cuanto femeninos, en cuanto suyos. Comparar este contorno con el del talle nos lleva más allá, y mide la contundencia de las formas de la mujer. Dividir simplemente el perímetro de la cadera por el de la cintura es una medida suficiente de este rasgo. Una relación próxima a uno nos hablará de un tipo menos atractivo que otra mayor.

No obstante, el derroche de la naturaleza se hace más patente cuando nos olvidamos un poco de los tamaños y tratamos de sistematizar las formas de los divinos pompis de Ellas. Yo diferencio tres tipos fundamentales de culos. ¿Cómo los diferencio? La nena está ante vosotros, de pie, de perfil, poned un dedo horizontal sobre la comisura superior de las nalgas. Bien. Ahora descended siguiendo la juntura entre ellas. Pueden suceder tres cosas diferentes que caracterizan tres tipos de retaguardias:

Culo chaparro: el dedo que desciende, rápidamente pierde la vertical, gira y se dirige hacia los muslos. Es un culo bajo, aunque eso no quita para que pueda ser amplio. Son culos más bien raros.

Culo derecho: el dedo baja prácticamente vertical un buen rato para luego buscar las piernas. Son culos que frecuentemente nos regalan ellas. Las mujeres, que son muy malas, llaman a esto “no tener culo”.

Culo turgente: el dedo para descender necesita separarse de la chica —separarse de verdad, más de un centímetro—; “¡tramposa, sin apretar los glúteos!”; baja un rato así, luego coge la vertical y por último se interna a buscar cobijo entre los muslos. Dentro de este tipo especialmente, la variedad es muy grande, y podemos sacar provecho de ella usando todo tipo de aumentativos y diminutivos que resulten descriptivos y den idea de una evolución gradual. Así, culos *turgentillos* o *turgentuelos* (los más frecuentes) serían la gama baja de una serie que llegaría hasta culos *turgentazos* o *turgentísimos*, los más provocativos, femeninos, audaces, de chillar y volverse loco. “¿Pero que tienes aquí, nena?” Desgraciadamente la gama alta no es muy común, aunque sí lo es entre las explosivas morenas del Caribe. La turgencia puede ser *baja* o *caída*, si alcanza su máximo en la parte inferior del tras, o *media*.

Esta sencilla clasificación sirve para aproximarnos a un problema cuyo análisis riguroso sería complejísimo.

La esbeltez del culo también es fundamental. Definamos dos sencillos parámetros, a = anchura máxima del culo/2, y h = distancia vertical entre la comisura superior de las nalgas y el punto medio de la línea que marca la terminación inferior de estas. $E = a/h$ nos mide la gallardía de un culo, y varía desde $E = 1$, valor que define el *culo esbelto*, a través de los valores menores habituales hasta menos de $2/3$ en el *culo retaco*.

Otra cuestión importante es qué pasa hacia dentro; es decir, ¿qué formas diversas encontraría nuestro dedo si en vez de ceñirse a la junta externa de las posaderas, se internara en la grupa, y re-

corriera la cicatriz interna entre las nalgas, el ano y la vulva, para surgir al otro lado. Bien, en este caso, nuestro intrépido dedo realizaría un giro de casi ciento ochenta grados. ¿Cómo se distribuyen las flexiones sucesivas que hacen posible este enorme giro? Localizarlas y cuantificar su entidad es uno de los más complejos interrogantes que plantea el cuerpo de una mujer. El giro es bastante gradual, pero hay algunas flexiones localizadas que muchas veces acumulan una parte importante de la curvatura total. De atrás hacia delante estas flexiones son la sacra:(entre las porciones superiores de las nalgas), la postanal , la perineal, la vulvar, la supravulvar y la ventral. El valor de cada una de estas flexiones es muy variable, y un tratamiento riguroso del tema sería difícil. De todas formas, yo he apreciado algo sorprendente. Existe una gran variación en el valor de las flexiones perineal, postanal y sacra, de forma que una chica que espera el autobús de pie puede esconder un *culo parietario, mural o espaldero*, cuyo ano mira con una componente principal hacia atrás —*rara avis*—, o en el caso más normal, un *culo terrero* o *raso*, con un ano que mira con una componente principal hacia abajo. El ángulo exacto que define esta orientación es para mí tan importante como el número de teléfono de la chica. Una hipótesis de trabajo: parece haber una correlación positiva que habría que cuantificar entre los culos turgentes y los culos parietarios.

Por la noche, redescubro un olvidado placer a vueltas con la sinestesia y el “Juego de Abalorios”. Música y sexo. Concretamente, las sinfonías “Primavera” y “Renana” de Schumann y *Klassenziel: Sex*, un clásico de Magma. Cada una de estas obras concentra una hora larga de intensa belleza; viviendo las dos a la vez, las emociones se multiplican y la mente se proyecta hacia una armonía más profunda y perfecta; el sexo es música, la música es sexo; todo es un Uno glorioso de placer y belleza. Armonía de bellos cuerpos que gozando nos transmiten su gozo; melodías

masculinas y femeninas que se enlazan para expresar una delicia inefable. Increíble. Y pensar que hacía tanto que no lo probaba.



24 de Noviembre

Lunes. Un día que no debería existir; pone juntos el cielo y el infierno. De camino al instituto recuerdo un viejo diálogo que me hace reír: —“Cielo, tú también puedes penetrarme”. —“¿Cómo?” —“Con tu pepita, en el ojalote de mi capullo”. Tal vez encierra una reflexión sobre la naturaleza andrógina de todos los seres. El yin encierra siempre algo de yang.

Me dedico a comprar los muebles de mi comedor. En una tienda hay un sofá espantosamente hermoso y suena una conmovedora balada romántica. El efecto multiplicador de ambos estímulos es tan intenso que hace desfilar ante mí a todos mis fantasmas. Me veo a mí mismo sentado en el sofá y al borde del suicidio, acompañado de alguna pérdida a la que considero el indubitable centro del universo; sirviendo una copa con manos temblorosas; implorando cualquier insensatez. La sensación que se reprodujo en mí en ese momento fue de auténtica angustia. Ahora lo pienso. Soy partidario del sofá, de la balada e incluso de la copa, con una mujer hermosa; pero eso sí, que sea una niña mala a la que acabo de encontrar en la calle. Después entré en Galerías a comprar música. Me imaginaba a Nelia deambulando por allí para robar lo que luego me ofreció. Veía la vulva depilada y la popa abundante enfundadas en sus bragas rojas escuetas y sus vaqueros, mientras miraba de reojo para aprovechar un despiste de la dependienta.

Al atardecer me preparo para mi cuarta noche consecutiva de fiesta; relajada contemplación de lo otro, lo que revela lo absoluto. A las tres, salgo de caza. A fin de cuentas, mañana es fiesta.

25 de Noviembre

• DROGADICTOS

Su psicología se reduce a “todo por la droga”. Seres difíciles, ausentes, que pueden aparentar ser normales si ello les es útil para conseguir lo único que importa en su vida. Pero esto único que importa en su vida es ya muerte, una agónica muerte aplazada. Así de terrible es.

Este ha sido un día sin noche, sin sueño. Consigo que dos chicas vengan a mi casa, Sofía —veinte años, dulce cara de cría con grandes ojos negros tristes, generosas tetas firmes, de mujer joven, culo perfecto—, e Isabel —treinta años, ojos negros rasgados y rompedores, delgada—, y hacemos un hermoso trío erótico. Recuerdo las dos grupas alzadas para mí que masajeara vulvas y anos —rosada Sofía, morena Isabel y más peluda—. Isabel pedía sabias incursiones de los dedos en la vagina y un masaje frenético, mientras que Sofía sólo disfrutaba con delicadas caricias en el clítoris; un lío. También recuerdo que mientras enfundaba mi mojarra desde atrás, *more canino*, en la vaina amplia de Isabel, Sofía se me acercó desnuda y extrañamente excitada ofreciéndome su boca, y respondió con calor a mis besos cuando empecé a explorarle la retaguardia. En la larga noche, en medio de las dos que dormían desnudas, todavía buscaba sus culitos extasiado.

Ya de día, me levanto a trabajar mientras ellas aún duermen. Isabel se tiene que ir, y yo invito a comer a Sofía, que acepta a la primera. Se sienta en la salita y fuma chinos continuamente. Trato de hacerla ver la locura del mundo en el que se está metiendo, y finge interés por mis consejos; me habla de que va a entrar en un programa de metadona. Es una cría preciosa. Sus ojos tienen un misterio triste, de dulce indefensión, que los hace irresistibles.

Preparo la comida, y su hambre de semanas hace que lo devore todo. Agradezco en el alma este definitivo elogio a mi escasa ciencia de cocinero. Por la tarde me apetece escuchar música, pero ella quiere ver la televisión; sólo Antena 3; “el equipo A” es su serie favorita. Ella mira embelesada la televisión y yo la miro embelesado a ella; le depilo las piernas y le corto las uñas de los pies. Su gesto triste se anima un poco con estas muestras de cariño. Al poco rato, me vuelve loco haciendo el amor. El latido de mi vientre dentro del suyo, ceñido y ardiente, me enloquece. La penetro salvajemente durante un largo rato, pero la heroína no la deja correrse. Me dice: “Tengo que venir cuando esté con el mono. Entonces me corro sólo con que me toques ahí”. El sexo nos une estrechamente, y le ofrezco ayuda para dejar la heroína; ruego, argumento, lloro. Ella dice que sí a todo. La llevo en coche a casa, y me pide dinero prestado para comprar no sé bien qué; al llegar a su casa me lo va a devolver. Se baja un momento a dejar un recado; dice que volverá en diez minutos.

Ella eligió este final para nuestra historia. Creo que la buscaré, que trataré de convencerla de que no se va a librar tan fácilmente de mí.



26 de Noviembre

Día blanco —sin sexo—. Reflexiono sobre mi vida sexual. Al principio eran lo que llaman mujeres decentes; es decir, lo que yo llamo putas caras. Entonces un buen polvo me costaba años de aburrimiento y frustración, y gastos ímprobos. Odioso. Después fueron putas normales. Fue la época del despertar, pero odiaba su pasión por mirar el reloj y contar las horas que pasaban; buenas profesionales que cobraban el precio justo; no fue mala época, pero yo quería tener amigas; un poco de amor puede ser agradable incluso en el sexo. Ahora, desde hace dos meses, busco en los bajos fondos, y tengo auténticas, entrañables amigas, que me duran un fin de semana.

Me resulta difícil no pensar en Sofía, y pensando en ella, me resulta difícil no llorar. Pienso que una sociedad que no es capaz de acabar con este problema no merece tal nombre. Tengo la impresión de que toda la represión del narcotráfico que realiza esta sociedad es una comedia espantosa. Si ellas, unas crías bobas, encuentran siempre un camello para consumir droga todos los malditos días, ¿cómo es posible que el prodigioso y sofisticado aparato de la ley no sea capaz de encontrar a esos hijos de puta y quitarlos de la circulación? Sencillamente no entiendo nada, y todo, todo me huele muy mal. En cualquier caso, tomo una decisión: no más putas drogadictas. Yo he visto cómo mis billetes pasan inmediatamente a los camellos. Si no fuera por ese dinero fácil, ellas no se meterían esa mierda en el cuerpo, y estarían vivas; destrozadas, pero vivas.

27 de Noviembre

Día blanco. Recuerdo insistentemente un diálogo con Sofía mientras follábamos el otro día: —“¿Te hago daño, vida?” —“No te preocupes, tu polla me trata bien”.

Pienso sobre un sempiterno tema que me preocupa. ¿Qué busco en el sexo? Es la vieja lucha entre Freud y Adler. —¿Busco status en el sexo? —Ahora pienso que muy poco; follar con prostitutas no es para enorgullecerse y fardar; es sexo químicamente puro. No creo que aquí el complejo de inferioridad tenga nada que rascar; eso era antes, cuando me enamoraba. —¿Busco sexo en el status? —Creo que sí; cualquier éxito mundano me enardece sexualmente. Concluyo pues que mi mente es una máquina bastante freudiana. Me lo temía.

Bien, resulta pues que en casi todo en mi vida busco sexo —conclusión alentadora donde las haya—. La pregunta entonces tiene más relevancia. ¿Qué busco en el sexo? No sé. Creo que adoro el cuerpo femenino. Es algo muy viejo, muy intenso, alimentado por muchos años de represión furibunda que todavía sigue, y sigue. El cuerpo femenino es el arcano mayor que lo simboliza, lo concentra, lo intensifica todo, absolutamente todo. *Breve conversación por la tarde con Lucía en un pasillo del instituto. Hay un breve diálogo, bromas, gestos, sonrisas, que lo expresan todo y lo encubren todo. Algo socialmente aceptado, al borde del abismo. El pelo moreno, los vaqueros ceñidos, los pechos abundantes que se manifiestan a través de todos los artilugios. No ocurre nada, pero simbólica, mentalmente ocurre todo. Se intuye el deseo del otro. El universo masculino y el femenino apenas se acarician en un encuentro fortuito, pero todo está ahí ya. Ese momento trivial encierra el germen de todas las historias pensadas, adivinadas, intuitas, deseadas. Copulación simbólica que se hace real cuando*

de noche estalla la desnudez, y las manos, los dedos son la sombra del otro que nos regala el placer. Ese cuerpo femenino intuido, deseado, silenciosamente adorado, estalla en la gran fiesta de la carne. Epifanía gloriosa que revela la desnudez, el paisaje del éxtasis. La diosa desciende al rudo lenguaje de la carne, y lo vagamente presentido se revela cierto, anonadantemente cierto. La diosa está virtualmente dotada de todos los artilugios fisiológicos de la animalidad. La diosa es una cerda. Fin del discurso, del tiempo, de la historia. Ruptura de toda racionalidad y huida a los abismos indistintos del cielo y el infierno. La diosa es una cerda. El enloquecido paisaje que ha arruinado el cosmos es también un paisaje interior que desnuda nuestra historia, los silogismos, las metas, el sentido oculto de todo lo vivido que yacía envuelto en el tosco cendal de la ignorancia. Asistimos pasmados al desnudamiento del fondo oscuro del ser, que está vacío. La diosa es una cerda.

¿Qué cosmos amanece tras este descubrimiento? Se trata de una intensa experiencia de aniquilación, una experiencia mística que cuestiona los fundamentos sobre los que está construida nuestra vida, sus esquemas de valores, la percepción del sentido de las cosas. Si la experiencia es capaz de desbloquear nuestros complejos y liberarnos auténticamente, percibiremos la inefable unidad de todos los seres, y eso marcará nuestra vida; eso dicen los manuales. En mi caso, siento sólo una extraña felicidad, serena y simple. No sé lo que va a ocurrir mañana, pero es como si el azar, que sin duda seguirá gobernando todo, no me afectara ya; como si todas las contingencias del ser hubieran sido redimidas por algo mucho más intenso, indefiniblemente más importante, algo que llevará inevitablemente todo a una culminación venturosa, perceptible ya como un resplandor feliz en el corazón de cada instante.

28 de Noviembre

Pensando en Sofía, que a estas horas nocturnas probablemente esté felando a cualquiera. En un momento dado, la intuición, la constatación de esa Lesbia posible fue otra experiencia iniciática; me reveló una nueva dimensión de mi placer que ignoraba, y resultó una experiencia cumbre. Hoy, digerido aquello, siento una honda nostalgia. Desearía que Sofía estuviera a mi lado y quisiera ver cualquier cosa estúpida en la televisión, o que me pidiera que le depilara las piernas. Nunca le exigiré que folle sólo conmigo, y nunca admitiré que me pida que folle sólo con ella, porque me temo que eso nos llevaría al callejón sin salida de una pareja convencional; pero la necesito a mi lado. Ella es hoy lo que más deseo, y voy a ir en su busca.

Regreso a casa solo, de madrugada. Sin noticias de Sofía.



29 de Noviembre

Beatriz, la mujer de Gonzalo, ha regresado por fin de La Co-ruña, donde ha acompañado a su madre convaleciente de una caída en la que se rompió la cadera. Hoy he cenado en su casa con Manolo y Rosario. Ha sido una velada agradable, y ahora que me he puesto a escribir esto, no puedo dejar de dar vueltas en la cabeza a esta estructura que parece ser la célula básica inevitable de esta sociedad, la ineluctable pareja.

Rosario y Manolo forman una aparentemente feliz. Ella treinta años, andaluza y graciosa; él treinta y dos, berciano; casados hace cuatro años, los dos son profesores en nuestro instituto; esperan su primer hijo. Personas alegres y sociables, su relación parece constituir la base perfecta para sus relaciones con el mundo: el trabajo, los amigos, las vacaciones en las que siempre se las arreglan para conocer sitios increíbles, para hacer amistades. Saben que ahora el niño les va a cortar las alas, pero cuando se miran y lo comentan, resulta transparente que ese sacrificio lo va a compensar con creces la alegría que va a traer para ellos en sus manitas como un regalo inestimable el renacuajo que se está formando en el espléndido cuerpo de Rosario. Se quieren y eso salta a la vista. Cuando Manolo y yo comentamos en el bar del instituto lo superbuenísima que está alguna torda que anda por allí, él hace siempre comentarios elogiosos en los que sólo veo una admiración estética sin sombra de deseo o frustración. Su preocupación dominante en esos casos es tratar de arreglarme algún plan para que formalice de una vez. “Chico, tú no puedes seguir así”. Supongo que tiene bastante razón, pero mi triste experiencia es que todas mis parejas naufragaron en el mar de la vida cotidiana, y he tenido que buscar otros caminos. En ello estoy.

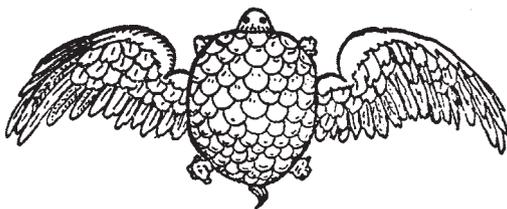
Gonzalo y Beatriz son la otra cara de la moneda. Él es un hombre super-responsable de cuarenta y dos años, y vive para su trabajo, que hace con una perfección insufrible. Aparte de ello, su vida es su familia. Beatriz ha resultado ser lo que para entendernos podíamos llamar una golfa, y este termino para mí no tiene ningún sentido peyorativo; ella simplemente necesita sexo y lo busca, y está perdida en un laberinto amargo, porque quiere profundamente a Gonzalo y a las nenas, y por nada del mundo los dejaría. Gonzalo lleva el asunto mal, pero lo lleva; vive para su trabajo y sus hijas, y ha conseguido que no le importe demasiado que Beatriz haga con otros las guarrerías que, según los códigos de esta sociedad, debería hacer sólo con él. Yo le quiero entrañablemente porque me recuerda a mí mismo hace sólo unos pocos años en una de mis últimas parejas abominables. Los dos reaccionamos de formas diametralmente opuestas ante una situación parecida; — sólo parecida; no habiendo niños, el “adiós, muy buenas” es una solución perfecta—.

Creo que la pareja fácilmente nos lleva a situaciones tan sórdidas como la que viven Beatriz y Gonzalo, y que el caso de Rosario y Manolo es bastante excepcional; incluso en este creo descubrir a veces una ligera envidia de la libertad en que yo vivo. El problema es que todos actúan como si todo esto fuera inevitable, y este fuera el único de los mundos posibles. Eso sería terrible, porque a la vista está que la complejidad de la sexualidad humana no cabe en ese cercadillo; pero creo sinceramente que no es así. Acabo de releer mi poema sobre la experiencia del vacío, y sigo teniendo la impresión de que nuestro destino es algo abierto, moldeable; intuir la madeja de senderos que el ser nos ofrece desde su oscura alma de azar sigue siendo para mí una experiencia mística. Las fluctuaciones que laten en el seno de lo real hacen todo posible, lo más sublime y lo más aborrecible. Pienso que eso es la vida; un amargo abismo de senderos infinitos es su cara y su cruz. Gobernar ese vértigo, y sacar el fruto de esa realidad fluc-

tuante exige sólo el inefable don del Conocimiento. Correcta visión y correcto pensamiento harán que todo sea posible, absolutamente todo. Esa es la gran enseñanza que nos dejó el príncipe Siddhartha, el espabilado.

Al salir de casa de Gonzalo, me embarqué directamente en un delirante recorrido por mis itinerarios habituales de caza nocturna. Inconscientemente buscaba a Sofía y rechazaba de paso planes succulentos. He regresado a casa de madrugada sin noticias de ella. He hablado con Isabel, que asegura que no la ha visto últimamente. Me preocupa que le haya pasado cualquier cosa, y me revelo contra mi preocupación, que pone de manifiesto residuos de un romanticismo que creía haber superado.

Sigo dándole vueltas al tema de la pareja, y mis arraigadas ideas negativas compiten con la pareja posible formada por Sofía y por mí. Me temo que estoy idealizando a esta mujer y montando una película increíble. Luego, cuando abro los ojos, veo que estoy en otro planeta, y tengo la sensación de tener que navegar en unas aguas que no son las mías.



30 de Noviembre

• MAÑANA.— Domingo lluvioso. Solo en casa. Reflexiono sobre crecimientos posibles para el germen que soy. Conocer a Sofía ha despertado en mí el deseo de una sociedad próxima, íntima, basada en una armoniosa combinación de sexo y amor, pero sin mitos posesivos. Quiero gente, niños a mi alrededor, una especie de familia que no sea una familia. Habría que encontrar mujeres a las que follar y querer que no pensasen que su coño es algo valioso que les puede resolver la vida, y hombres con los que convivir que no crean que la posesión de un coño especial en exclusiva es lo que dará sentido a su existencia. De cosas así se hablaba mucho hace tiempo, en los psicodélicos 70 que viví en G.; entonces todos los sueños parecían posibles, pero hoy no creo que quede nadie que no haya formado parejas más o menos lamentables. El panorama es desolador.

De repente me acuerdo de Sebas. Es compañero del bachiller, pero cuando yo todavía hacía visitas al Santísimo y rezaba por las noches, él ya predicaba la anarquía y el amor libre —predicaba, que no practicaba; gordo, descuidado, nunca tuvo éxito con las mujeres—. Lo último que sé de él es que colaboraba irregularmente en algunas revistas y escribía panfletos impublicables. Vivía en una pequeña buhardilla en G. Creo que tengo su teléfono.

• NOCHE.— He pasado la tarde con Sebas en G. Me recibió cariñoso, como siempre. Vive solo y pasa de las mujeres —es un solitario incorruptible—; unos pocos vídeos porno y relaciones esporádicas con putas satisfacen su escasa libido. Su preocupación es sacar unas oposiciones que prepara —no sé muy bien a qué—, comprarse un velero y navegar —el mar es el único y ob-

sesivo amor de su vida—. Hemos hablado mucho. Tenía un gran interés en conocer mis últimas andanzas y se lo he contado todo. Pasamos revista a los amigos comunes, y me he enterado de que Joaquín ya está aquí; se cruzó con él casualmente en la calle el otro día. “¡Que cabrón, y todavía no me ha llamado!”, pensé. Joaquín es uno de mis mejores amigos, ya desde los años de colegio; luego nos hemos visto sólo esporádicamente, por vacaciones, porque él se instaló en París donde hizo una brillante carrera de médico. Me había dicho que estaba a punto de regresar, pero no sabía que iba a ser tan pronto; tengo que llamarle. Por su parte, Sebas sigue igual que siempre; algunos kilos más, algunas canas, pero el mismo espíritu mordaz, la misma risa histérica que brota a cada momento. Las dificultades materiales no hacen mella en él. Al volver a casa por la autopista, pensaba que tanto él como yo hemos cambiado muy poco desde nuestra época de compañeros en el colegio; ¿y Joaquín, el inestable Joaquín? ¿Qué habrá hecho la vida con él en este último año que no le he visto? Al llegar a casa he dejado un mensaje para él en el contestador de su hermano.



1 de Diciembre

• **MADRUGADA.**— En busca de Sofía otra vez. He recorrido los sórdidos tugurios que son el particular infierno de mi ángel caído favorito. Al fin la vi, desde lejos, yo iba en el coche, en la calle T., donde están las casas de putas finas —me sorprendió verla por allí—; hablaba seria a un tipo malencarado de traje y corbata —¿un cliente?—. Aparqué, paré el motor, apagué las luces; seguían discutiendo. Esperé. Ahora era él el que le explicaba algo a ella que asentía. Se alejaron, y entraron en un portal. Esperé un rato, he vuelto, y me he puesto a escribir esto.

• **TARDE.**— Le he estado dando vueltas todo el día: debo olvidarme de Sofía; quiero olvidarme de Sofía. Tenía unos ojos preciosos, una retaguardia insuperable, pero esta relación no me lleva a ningún sitio. Estoy empeñado en salvar a la princesa prisionera del dragón, y está claro que yo no soy ningún maravilloso príncipe. El primer paso debe ser averiguar cómo soy, y aceptarlo. Tengo que admitir que algo en el fondo de mi ser repudia compartir mi vida con una mujer; ni con la más bella y maravillosa. Soy un coleccionista de coños. La mujer se ha convertido para mí en un símbolo de lo trascendente. Mi relación con este absoluto se materializa en relaciones de intensidad muy diversa: la mujer con la que me cruzo en la calle, la alumna a la que doy clase, la puta que se desnuda y folla en una revista por dinero, la puta que se desnuda y folla conmigo por dinero. Pero siempre el fondo de la relación es el mismo, la trascendencia es la misma, me atrevo incluso a decir que la intensidad es la misma. Ninguna mujer puede ocupar el lugar de este absoluto con el que convivo, que guía cada

instante de mi vida. Sin embargo, a veces hecho de menos alguien próximo a quien querer, con quien convivir. Suena el teléfono.

Ha llamado Joaquín y hemos estado casi una hora hablando. Que se instala aquí. Que va a tener consulta y dar clases en la Universidad. Que ha venido de París sin dejar atrás corazones destrozados. Que las mujeres son la hostia, y uno se pasa el uno por ciento del tiempo follándolas, y el noventa y nueve por ciento aguantándolas. Que el matrimonio pa su madre.

Ay Joaquín, buen amigo, fiel espejo de mi alma. Cuando creía sucumbir, cuando ya todos habían conseguido convencerme de que soy un monstruo, llegas tú y me enseñas con tu risa, con tu vida, que estoy, que estamos, en el buen camino. Mañana hemos quedado para comer juntos.



2 de Diciembre

• DESNUDEZ

Gloria in excelsis Deo. Arquetípica. Siempre es la primera, la gloriosa. Negación del discurso del tiempo, de la historia. Pocas veces nos defrauda. *Cloti fue una de mis primeras novias. Me enamoré de su cara de princesa, y de las formas contundentes que me hacían presentir una desnudez rompedora. Sin embargo, la primera vez que vi su cuerpo desnudo mi decepción fue casi completa. Sus pechos eran grandes y firmes, pero no tenían areolas ni pezones. A mí, enmarcados en unas formas armoniosas, me gusta que los detalles de la feminidad sean grandes y morenos, todas las areolas, los pezones, las ninfas... y no conseguía excitarme mirando aquellas tetas ciegas, que semejabán vejigas amorfas. Fue nuestra primera y última noche. Luego reflexioné qué hubiera ocurrido si aquella hubiera sido mi primera mujer. Pienso que probablemente me hubiera decepcionado, aunque menos, al no tener criterios de comparación. Pero hubiese tenido que seguir buscando para fijar en mi mente la desnudez arquetípica, para sentir por primera vez la presencia definitiva de la diosa.*

Por la mañana, tuve que ir a buscar a Manolo a la piscina Universitaria. Chicas en bañador deambulaban a mi alrededor como en un ritual. Cuerpos de mujer que escondían celosamente las partes de su cuerpo homólogas a mi virilidad definían todo un proyecto de dicha con su terca ocultación que lo insinuaba todo. Había una chica muy joven de formas exuberantes que desbordaban el exiguo bikini. Sus erguidos pezones perforaban la fina tela. Su popa desbordaba por todas partes la testimonial braguita. Me hubiera gustado haberla podido fotografiar mientras andaba, hablaba, sonreía, se agachaba, se daba la vuelta rápida para hacer un último comentario. Esas fotos hubieran servido para tantear la

dimensión exacta de su belleza, de la llamada que era un bulto terco y gozoso en el pantalón. Es algo que pienso frecuentemente: la fotografía es milagrosa al detener el implacable sucederse de las imágenes, condenadas siempre a un aniquilamiento instantáneo. Un dios cruel creó la belleza huidiza como agua de un torrente, y un héroe humano fijó mágicamente su flujo e inventó la fotografía, capaz de eternizar la imagen dándole una entidad más allá del devenir, de atrapar el fantasma para llevarlo a la mesa de disección.

• PORNOGRAFÍA

Sexo en conserva. ¿Se pierden las vitaminas? Hasta hace muy poco, históricamente hablando, ver una mujer desnuda que nos miraba insinuante acariciándose el coño era un placer visual que preludiaba otros placeres, e implicaba una relación humana, personal. Con la invención de la fotografía, deja de ser así, y aparece una forma de sexo que sólo incluye excitación visual; no hay tacto, no hay participación directa del otro. Disponemos de clones perfectos de las formas que desencadenan el placer, virtualmente perennes, infinitamente disponibles, pero, ¡sólo visuales! Sexo sin sexo (¿platónico?). Mundo de paradojas. Se nos da todo, pero no se nos da nada; técnicamente es lo más fácil de conseguir, teóricamente es tremendamente difícil de analizar, ¿Qué significa todo esto?

La acción sexual habitual implica un *crescendo* de sensaciones. Primero hay imaginación, insinuación, seducción del otro; se genera el deseo, y empieza la lucha por satisfacerlo. En el mejor de los casos —o en el peor, ¿quién sabe?—, tendremos luego la presencia física, la conversación, el conocimiento humano; después la contemplación del cuerpo desnudo del otro; por fin todo tipo de caricias. Así fue siempre, y muchos pensarán que así debería ser siempre. El placer todos podríamos estar de acuerdo en decir que

habitualmente crece a lo largo de este proceso. Diferentes tipos de sensibilidades pondrán el máximo aquí o allá. Un *voyeur*, en la visión de la desnudez del otro; una persona más normal, en las caricias más íntimas o en la ternura de la relación humana; etc.

La pornografía rompe este camino tan bien trazado, y nos deja colgados en medio del proceso. ¿Qué ocurre entonces? Evidentemente, es diferente en distintos tipos de personas. Para alguien cuyo temperamento exija una participación del otro para conseguir su propio placer, será un sexo vacío, frustrante. Tenemos que darle la razón, pero yo también le preguntaría a alguien que opina así, cuántas posibilidades mejores y más baratas conoce de disfrutar de la visión de un magnífico coño en este triste planeta. “¿Cómo?, que eso no significa nada para usted. ¡Ah, caray!” Para un partidario del sexo químicamente puro, como yo, —así he tenido que montármelo para que no me comieran el alma en esta puta sociedad—, todo dependerá de lo que le cueste renunciar a la parte de la fiesta que no se le da. En mi caso, un *voyeur* empedernido, renunciar a las fatigosas caricias y la brillante conversación de la chica, la verdad es que a veces no me cuesta demasiado.

Al ser un sexo que no implica comunicación directa, se puede decir que se favorece la incomunicación entre las personas. Sin embargo, de la afición a la navegación en solitario se podría decir lo mismo y nadie lo dice. Ninguna de las críticas que he oído de la pornografía me ha parecido consistente. Es una forma de sexo limitada, pero que aceptándola como lo que es —una forma de arte, en el fondo—, y no exigiéndole lo que no puede dar, en el largo y arduo camino hacia una sociedad mejor organizada sexualmente, puede darnos sin duda muchas alegrías.

Muchas alegrías, sin duda; pero, comentarios bobalicones aparte, ¿no se revela algo profundo en las revistas de putas (πόρνων γραφαί)?

En el siglo de la fragmentación racional del discurso racional, la pornografía es un desafío teórico de una increíble hermosura. ¿Quién es el otro que nos regala el placer cuando el placer nos llega impreso en un papel o codificado en una cinta magnética? ¿Irrupción de la materia inanimada que nos hace descubrir la materia inanimada que somos? El paisaje del otro es mi propio paisaje cuando me regala su desnudez; así es desde siempre, arquetípicamente. ¿Quién es entonces ese otro que es yo, pero no está? ¿Quién soy yo después de esa experiencia? ¿Y quién es el otro? Los fantasmas son reales, tan reales como nuestro placer. El yo se diluye de nuevo, otra vez, como tantas veces. Esto no es sólo difícil de analizar; es una experiencia difícil de manejar; intensa, frustrante, paradójica; ¿mísera o sublime? Para un espíritu libre, su propia complejidad, novedad, originalidad; sus posibilidades teóricas y técnicas; su rechazo social, resultan apasionantes, inquietan, seducen.

Este es el siglo del psicoanálisis, la mecánica cuántica y la pornografía:

Fondo oscuro.— El psicoanálisis lleva la dinámica de nuestra mente a una región oscura, larval, poblada de arquetipos, instintos primordiales; lo otro habita en el fondo de nosotros. Al mismo tiempo, la nueva física descubre en los entresijos de lo real un mundo extraño en el que los conceptos intuitivos que ordenan nuestra vida son declarados obsoletos; el azar vuelve a presidir el devenir del cosmos. Es entonces cuando la pornografía nos trae la imagen vívida de nuestros fantasmas; violando todas las leyes, nuestro deseo se sacia con la imagen de algo que ocurrió hace años en un punto lejano del planeta.

Cáscara vacía.— ¿Qué realidad tiene este yo que creo —de crear y creer—? Ninguna. Los complejos que gobiernan su risa y su llanto; la aleatoria mecánica de sus partículas; las imágenes que encienden su placer, son sólo repeticiones tediosas de un vibrante

motivo inicial; notas sublimes perdidas en ecos que recorren la bruma del tiempo.

Todo esto ocurrió ya muchas veces y en realidad su esencia es el congelado vacío de la muerte.

Había quedado con Joaquín en una cafetería del centro, y cuando llegué ya estaba él allí; la sonrisa de siempre; un poco menos de pelo; un poco más de sabiduría en los ojos negros, generosos. “A ver, ¿quién habla primero?”

No se ha instalado aún. Vive provisionalmente en casa de su hermano. Le propongo el piso de enfrente del mío que sé que está en venta. Le cuento cómo es. Le interesa. Queda de pasar a verlo.

Ninguna mujer en su vida en este momento. Hombre de amplia agenda investiga continuamente mujeres hacenderas, y suele montar unos galimatías memorables. Pero ahora está en fase de recogida de información; en la Facultad, entre los conocidos. Ya tiene varios sedales en el agua. Me pregunta y le cuento mi vida. No aprueba tanta promiscuidad, pero no sabe explicarme muy bien por qué.

Sobre las mujeres estamos de acuerdo: máquinas de seducir; peligrosas; irresistibles; son el centro de la existencia.

Pasamos revista a los amigos comunes. Le cuento lo último de la gente de aquí que hace tiempo que no ve.

Tiene clase por la tarde y se marcha después del café. Queda de venir a cenar a casa el sábado.

Los reproches de Joaquín a mi vida sexual hacen cierta mella en mí. Por la noche estoy caliente como un perro, pero no salgo de caza. Además, mañana hay que madrugar.

3 de Diciembre

Hoy he tenido que viajar a Barcelona para discutir los detalles y firmar los documentos de una vieja herencia familiar. A la ida, de madrugada, me asaltaron extrañas sensaciones mientras esperaba en el aeropuerto. Escribí un texto bastante esclarecedor de mi situación actual.

• TRANSMUTACIÓN

Por primera vez en mi vida, esta discurre plácida y amable, sin tensiones, sin pretensiones, sin conflictos, puro fluir, todo mediodía, todo tiempo sin meta, sólo olas y juego alrededor; todo cuanto fue fatigoso alguna vez se ha hundido en azul olvido. Algunas de estas frases son de Nietzsche, pero qué importa eso ahora, la experiencia es la misma, el hombre es el mismo si no nos empeñamos en negarlo usando cualquier razonamiento ridículo.

Muchas mujeres son bellas. En sus cuerpos hay una llamada salvaje. Cierro los ojos como si quisiera dormir, como si estuviera muy cansado y quisiera dormir. Me regodeo en sentir esa llamada. El misterio de la seducción. La seducción nos llama a la vida. Cuando somos niños, seducción de los hombres a los que quisiéramos llegar a parecernos; seducción del hombre que conoce, que domina la naturaleza; seducción del hombre que ejerce su encanto sobre la gente, el hombre admirado. En seguida, seducción de las formas femeninas; búsqueda de ese cuerpo misterioso, escondido, que promete dichas sublimes. Seducción de la naturaleza; llamada indefinible del viento en una cumbre, del paisaje extendido a nuestros pies. Seducción del misterio en el corazón de cada cosa. Misterio de la seducción. Entonces pensamos que crecemos; fingimos encontrar esquemas que explican el

mundo; nos creemos mayores. Nos forjan un esquema de valores, y ya sabemos a qué atenernos. Esto es bueno; eso debe ser evitado. Pero la seducción nos asalta en cada esquina, y a veces pone todo en cuestión. Nos desmoronamos. ¿Hacia dónde mirar entonces? ¿Quién podrá ayudarnos? Seducción de la duda, del caos y de la muerte. ¿Hacia dónde mirar en este mundo de signos confusos? He navegado en ese mar mucho tiempo. Ahora ya no tengo nada que construir. Si algo ha de ser construido, se construirá solo. Mis manos no son más ya. Yo apenas existo. Con los ojos cerrados, en este aeropuerto antipático, mis sueños se realizan con sólo plantearse. Esa mujer cuya voz suena a lo lejos está desnuda para mí; acaricio sus formas, y la desprecio con hastío. Otro mundo amanecerá en cualquier momento. Sólo tengo que esperar, y soy feliz esperando.

Subimos al avión. Dos hermosos culos de mujer recorren el pasillo: un culo grande y un culo pequeño. Hacia detrás y hacia delante, todo el camino. Corporeidad cierta que estalla en los ojos, los labios. “Por favor, abróchese el cinturón”.



*Amanecer sobre el mar
alegría de todo lo poderoso que renace
sin premio sin metas
sólo vibrante espectáculo
baile de reflejos dorados en la inmensidad azul*

Estos son los mejores momentos que recuerdo en mi existencia, cuando el deseo se resuelve en una vaga inquietud metafísica preñada de intuiciones, como al final de mi libro.

Y el pensamiento de Joaquín, el otro yo que llega a iluminar nuestra vida. Mi semejante, mi amigo, ¡cuánto bien me haces con sólo sentirte ahí, viviendo mi misma perplejidad de ser en este laberinto!



4 de Diciembre

Día blanco y gris, pero también luminoso. El culo grande y el culo pequeño siguen recorriendo el pasillo. Algunos temas me animan a un trabajo lúdico y placentero. Día tranquilo en el instituto. Al mediodía me llama Joaquín a casa. Ya está empezando a liarla, como siempre. Me habla de dos amigas tuyas que quiere que se incorporen a nuestra cena del sábado. Me explica: “Son dos tías buenísimas que viven juntas, sabes. No me preguntes, porque no sé. Una es compañera mía en la Facultad, ginecóloga. Oye, ¿cómo lo tendrán las ginecólogas? Es excitante, ¿no? La otra creo que pinta. Vamos, en plan fino, que hace exposiciones y eso. A la ginecóloga le he hecho un marcaje duro, y creo que está en el bote. Ayer me presentó a la pintora, y tomamos juntos un café en el bar de Medicina; hablamos de poesía, y les dije que tenían que conocerte. Cuando les dije tu nombre, a la pintora creo que le cambió el color de la cara. Te conoce. No sé de qué pero te conoce. ¿Qué le hiciste, cabrón? Esta puede ser la nuestra”.

Recuerdo muchas veces que ocurrió lo mismo hace años, cuando todavía no peinábamos canas. Joaquín y sus líos; inseparables.

5 de Diciembre

Día tranquilo. Al mediodía aparece Joaquín de improviso. Había quedado para ver el piso de enfrente. Lo visitamos juntos. Creo que le gusta; la terraza, la vista espléndida de la sierra, todo le entusiasma; además, el tamaño es ideal para él. Aprovecho para que vea mi casa. Su comentario asombrado cuando le enseñé la pornoteca —el trastero donde tengo todos los vídeos y revistas cuidadosamente ordenados—, es memorable: “¡Joder, no puedes hacerte una paja como todo el mundo?”. Quedamos para mañana. Por la noche, después de la tertulia, tomo una copa con mis amigos poetas. Todavía no les he contado nada de estas memorias apócrifas; me resisto a revelar mi intimidad. Bromas y risas con la perspectiva agradable del fin de semana.



6 de Diciembre

• MAÑANA.— Inquieto en la cama. Me levanto a las diez, pero desde las ocho no duermo. Excitado, doy vueltas en la cabeza a los últimos meses de mi vida. El invierno y primavera pasados, cinco meses de actividad sexual frenética; en esa época me incorporo a la tertulia, y empiezan a surgir los primeros poemas de *Officium Veneris*. El quince de mayo, aniversario de otro día inolvidable, nace por la mañana “Lesbia illa”. Al mediodía visito a dos viejas amigas: Natalia, Nina... Por la tarde recuerdo y llevo al papel unas horas memorables con estas mujeres perfectas, nacen las Dioscuras de una sentada. Por la noche escribo “De inventionibus cunni”, y me voy a la cama después de descubrir que tengo un libro entre las manos. Esta época de mi vida ha visto el descubrimiento del sexo prodigioso y libre de las sacerdotisas de Venus, el sexo químicamente puro que me ha abierto las puertas de mí mismo. Soy más feliz de lo que nunca había soñado poder ser.

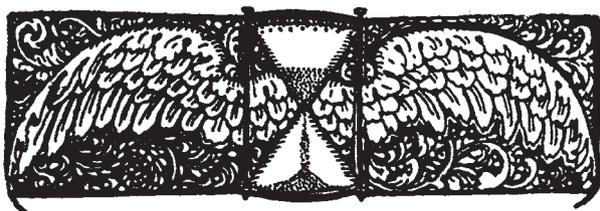
• TARDE.— Este es uno de esos días que lo hacen a uno reconciliarse con el invierno. Tras muchos días nublados y lluviosos, hoy amaneció un sol de fuego sobre los campos helados. Ni una nube en el cielo y la sierra blanca recortada a lo lejos; escribo directamente en el ordenador, y mis ojos bailan de las teclas a las cumbres nevadas.

• BESTIALISMO

Hoy he mantenido relaciones sexuales —incompletas— con una mosca. Después de comer, para aprovechar el delicioso sol que hacía, me despeloté y me tumbé en una hamaca en la terraza. Este sol invernal es algo delicioso; por lo suave, por lo que se hace de rogar, por lo inesperado. Pensaba abstraído en mis cosas, cuando una mosca apareció por allí y debió sentir alguna atracción especial por mis partes, porque se puso a recorrerlas y revolotear alrededor de ellas entusiasmada. Por su parte no hubo —que se sepa— voluptuosidad alguna, pero a mí el cosquilleo me hizo trempar como un monaguillo, —uso este símil porque cuando era niño y ayudaba a misa en un colegio de monjas, las boquitas de las niñas abriéndose y sacando la lengua para recibir el pan eucarístico, me regalaron las mejores erecciones de mi vida—. Mi mente se revelaba contra mi méntula, llamándola asquerosa, pero debo reconocer también, que imaginaba la compleja anatomía del artrópodo que me estaba homenajando, y si bien no me resultaba provocadora, sí la veía, sin embargo, bastante imponente; son muchos millones de años de evolución diseñando una criatura complejísima, como para tomárselos a broma. Luego la mosca se marchó, y puestos a ser sinceros, tengo que reconocer que el calorcillo del sol, y un ligero virujillo que soplaba, tampoco eran del todo indiferentes a mi pervertida sabandija. Mi conclusión fue que mi pene es una especie de antena capaz de captar sutiles mensajes de placer de los planetas más inesperados. Parece ser que su religión es la voluptuosidad hacia todas las criaturas, que debe ser una forma pervertida y extremista de budismo.

En este momento anochece mientras espero a Joaquín y compañía. A lo largo de la tarde se ha ido apoderando de mí una extraña preocupación. ¿Quién será esa misteriosa pintora? Estoy nervioso. Ante estas entrevistas siento una angustia vieja, como si me fueran a poner a prueba, como si tuviera que pasar un examen.

Recuerdo aquellas largas filas de chicos en las discotecas de mi juventud, ante una larga fila de chicas. —“¿Bailas?”. —“No”. —“¿Bailas?”. —“No”. —“¿Bailas?”. —“Sí”. ¿Qué importa? Paso de preocuparme. ¡Que Dios reparta suerte! La mujer siempre elige, al final. Por eso es mágico el momento en que ella coge tu instrumento para ayudarte a meterlo en el sitio correcto. Pero el precio que pagamos por esa magia a veces es muy alto. Toda la sexualidad gira en torno a los mecanismos de la elección de la chica. La realidad es que la pobre mujer en su ignorancia acaba poniéndose cualquier cosa en el sitio correcto por cualquier razón estúpida: es alto, es guapo, es interesante, me ha pagado veinte mil pesetas, es ingeniero, es... En este momento suena el timbre.



7 de Diciembre

Son las diez de la mañana. Acabo de despertar solo en el estudio, y he visto que hace un día espléndido, aunque hay algunas nubes sobre la sierra. Joaquín duerme abajo en el dormitorio grande; dentro de un rato bajaré a preparar el desayuno y le despertaré. ¿Qué ocurrió anoche? La cosa es larga de contar. Vayamos por partes.

Llegaron todos a eso de las ocho. Joaquín, Rosa y Cristina. Rosa es Rosa, una chiquilla preciosa que fue vecina mía en G., hace un montón de años. Le dije que no había cambiado nada, que seguía preciosa, y no tuve que mentir. Es la pura verdad; es pintora, y tiene como veinticinco años — luego me enteré de que son veintisiete —, uno sesenta, cuerpo perfecto. Sigue risueña y simpática, pero ha cogido un aire de mujer elegante que cuida cada detalle mínimo de la forma como se presenta a los mortales, — pendientes de diseño a juego con un precioso broche que recoge una parte de su melena; todo con detalles en rojo que hacen contraste con el pelo negro —. Desde el principio en la prehistoria nos caímos bien. Cristina aparenta como treinta años — treinta y dos — y es una de esas mujeres que nos dejan perplejos a primera vista. Alta, rubia teñida, elegante. Sus hermosos ojos verdes — Rosa los tiene negros — expresan una bella inquietud; hacen adivinar una mujer que siente intensamente lo que ve; una mujer que se puede meter fácilmente dentro de nosotros; sin obstáculo hasta el centro de nuestro corazón. Rosa y Cristina.

Les enseñé la casa, y nos sentamos a tomar una copa de Oporto en la salita de arriba. El eje de la conversación eran Joaquín y París. Veía a través de la ventana el cielo negro y despejado; Venus y Marte a occidente, Júpiter, Saturno hacia oriente, enviaban su pálida luz presididos por el cuarto creciente de la

luna. Pensé en proponerles mirar por el telescopio, pero no me pareció una buena idea; allí no había más estrellas posibles que ellas dos, las divinas, las perfectas, las acicaladas Rosa y Cristina. Además eran inteligentes y cultas; demonios de mujeres. En poco tiempo era como si nos hubiéramos tratado toda la vida. A las nueve y media calenté la cena, bajamos al comedor y cenamos. Después, tomamos unas copas viendo el vídeo de mis últimas vacaciones. Ellas habían estado juntas en Turquía hacía dos años. Era extraño, todo indicaba dos mujeres que viven juntas y tienen una relación íntima; una pareja, vamos; pero entonces, ¿qué pintaban allí cenando a la luz de unas velas con Joaquín y conmigo?

Más copas, música suave de fondo. Joaquín y Cristina se han puesto a bailar —los dos son grandes bailarines—. Rosa y yo sentados en el sofá hablamos de los surrealistas y la generación *beat*. En un momento me doy cuenta de que Joaquín y Cristina se están besando y lanzo una mirada de complicidad a Rosa que me responde con una sonrisa significativa. Me acerco y le cojo una mano; cierra los ojos; la beso; responde a mi beso. Estuvimos así un rato y le propuse ir arriba.

Subimos y comenzamos a desnudarnos poco a poco. El deseo afloraba en los dos en cada detalle del otro que descubría. Primero fueron sus pechos, redondos, generosos; algo caídos, asombraba su blancura, su frágil belleza. Los acaricé primero con suavidad, luego con fuerza, como modela el artesano la arcilla húmeda, como queriendo tantear sus misterios ocultos, buscar las infinitas formas extremas que en el límite del dolor mis manos podían arrancarles. Luego fue su vientre, deslumbrante, amplio, fecundo; horno perfecto para fraguar la vida. Su vientre me enardecía, y lo besé con pasión, sintiendo en su extraña belleza que era allí donde el fantasma grotesco de la muerte pierde su poder sobre los hombres. El ombligo, las líneas delicadas de sus ingles y...

Tenía el sexo depilado; con barba de tres días, como si dijéramos. Las generosas banderas morenas asomaban orgullosas de la piel oscura de la vulva. Las separé con suavidad y vi que la boca

se le estaba haciendo agua. Ella estrangulaba mis huevos con fuerza y la besé. Sonaba incitante y dolorido el último *allegro* de la sinfonía en do menor de Franz Schubert.

No sé cuanto tiempo duró la batalla; en todo caso mucho. Me encantaba desplegar sus banderas, hacerlas ondear entre mis dedos, desnudar su botón y pellizcarlo, apretarlo, retorcerlo, acariciarlo de todas las formas, con todos los ritmos posibles. Disfrutaba visiblemente, pero me pidió que parara. Entonces la penetré. Mientras mi vientre invadía el suyo, nuestras lenguas no se cansaban de enlazarse y compartir su humedad dentro de mi boca. Todos mis sentidos se embriagaban de ella; forma, tacto, susurro, olor, sabor, todo era ella; y ella extática también reflejaba mi placer como un espejo loco. Sólo tenía un sentimiento; que gozara, devolverle la locura que me estaba dando, pero su voluptuosidad era oscura, difícil; cuando creía haberla reventado de placer, sentía que su deseo renacía más poderoso. En medio de mi raptó, estaba confuso. No obstante, era una amante perfecta; nunca me pedía más de lo que podía darle, y eso lo disfrutaba al límite. Las constelaciones más felices brillaron sobre las sábanas: la amazona, la enfadada, los perros, la perezosa... Recuerdo sensaciones como destellos: su forma enloquecedora de felar, mordiendo y pellizcando con los labios el vientre del monstruo, dejándolo trempar desafiante sobre el rostro un momento para luego atacarlo con rabia y hundirlo entre los labios. Cuando gozaba, sus ojos negros y profundos de artista quedaban como suspendidos al límite de un abismo. En la acción rápida su melena oscilaba deliciosamente alrededor del cuello. Tomándola desde atrás, yo apretujaba sus nalgas para hacer asomar la areola amplia, profunda, casi negra, que escondía en el fondo de su surco; cualquiera podría decir que aquella boca era fea, pero para mí, borracho de sus ojos de diosa, hacerla asomar, contemplarla, acariciarla, era el vértice absoluto de mi placer.

Al fin, quedamos rendidos uno en brazos del otro con las piernas enlazadas. Estaba deprimido. Sentía que no había sabido hacerla gozar, y se lo insinué.

—Pero tú eres tonto, ¿crees de verdad que no he disfrutado?

—(Nuestros rostros estaban muy juntos y yo jugaba con su pelo). No sé; me temo que no has tenido ni siquiera un orgasmo.

—Acabáramos. Pues tú tampoco has tenido ninguno.

—Ya pero yo es distinto. Yo el sexo me lo monto así sin correrme.

—¡Ay, qué poco sabes de mujeres!

—(Dejé de acariciar su nuca, y mi mano descendió a otro lugar menos santo de su parte posterior). Pues yo creía que sabía mucho.

—A mí el orgasmo me baja la libido. Como mucho, uno y al final.

—Pero si te lo hacen bien, seguro que te corres primero.

—Con la penetración nunca.

Con aquella confesión, mi ego se recuperó un poco, y sentí que el mustio pajaruelo se alegraba de nuevo, como con unas ganas locas de echar a volar. La besé, y nuestras lenguas siguieron la conversación por su cuenta... Pero estaba intrigado, y mi cerebro estropeó el húmedo baile nupcial de las culebrillas coloradas.

—¿Y nunca has tenido un orgasmo vaginal?

—¡Joder, qué pesado! Hubo una vez que no sé si tuve uno, pero había bebido mucho y no me acuerdo bien.

Seguíamos enlazados. Me sentía feliz; pensaba que Rosa es la primera mujer que encuentro con una sexualidad parecida a la mía y se lo conté. También le conté cómo hace bastantes años, cuando ella era para mí sólo la chica del quinto con la que subía a veces en el ascensor, yo lanzaba salvas en su honor todas las noches, y algunas madrugadas. “¡Ay, Rosita, quién me iba a decir a mí que los cansados proyectiles al final iban a acabar dando en el blanco?”.

Al principio no lo entendía, pero luego se rio orgullosa. Mi mano no se cansaba de estudiar su prodigiosa retaguardia.

Me contó su historia. Es simple; ella y Cristina se quieren y viven juntas; no obstante, son bisexuales, y no han renunciado a los hombres, sino que en su amor han decidido compartirlos. Me explicó entonces que le haría feliz compartirme con Cristina, y mientras me decía esto, me miraba sonriente con un aire pícaro que no le había notado hasta ese momento. Por supuesto que le dije que sí a todo, y marchó abajo, donde Joaquín y Cristina aún tenían la luz encendida.

Tardaban y puse la sinfonía en mi bemol mayor de Bruckner. Recuerdo que escuchando el estallido del primer *presto non troppo* la piel se me erizaba. Adivinando lo que le esperaba, mi sabbandija se estremecía con espasmos locos: “¡coños, dónde, dónde...?”

Al cabo de un rato, aparecieron arriba las dos. Se habían duchado y sus cuerpos venían enfundados en sendas toallas de baño. Rosa granate, Cristina verde. Contrastaban la opulencia de Rosa y la fina elegancia de formas insinuantes de Cristina. Se sentaron en la cama a mi lado. Yo me había puesto los calzoncillos y no sabía qué hacer; intentaba imaginarme cómo se hubiera comportado el Caballero Casanova en un caso así. Naturalidad era la clave; y lo supe hacer bien; les hablé cariñoso como si aquello fuera lo más normal del mundo. Con la mano aparté la melena de Rosa que caía sobre su cara y la besé. Deslicé su toalla hacia abajo. Entonces Cristina se puso de pie y se desnudó también.

Aquello no me lo esperaba. ¡Qué espectáculo glorioso el cuerpo de Cristina! Los pechos redondos y firmes ostentaban unas terribles areolas tostadas, mayores incluso que las de Rosa, con gruesos pezones que se alzaban orgullosos en el centro justo de aquella opulencia morena. Yo acariciaba suavemente el tras de Rosa cuando Cristina desenfundó mi badajo con habilidad y empezó a chupetearlo. Primero el glande, pasando delicadamente la

lengua por la corona y el ojal; luego el cuello y el tronco, siguiendo el curso de las venas, como estudiando la loca anatomía del monstruo; por fin la ágil penetración salvaje, a muerte, sintiendo cómo el balano choca contra el fondo de la boca. La succión de la boca de Cristina llevó mi vientre a un vértice de placer extraño, como una deliciosa y cálida humedad que me devoraba. Miraba entre mis muslos, y sólo veía un rostro de mujer que engullía algo extática, sin dejar de mirarme, como estudiando mi placer; entonces ella hacía aflorar el glande entre sus labios, porque sé que sabía exactamente lo que yo sentía, y quería deleitarme con la visión del centro justo de nuestro placer compartido, mi glande húmedo, enrojecido, tumefacto, con un tamaño absurdo que la saliva de una diosa es capaz de arrancarle; cerré los ojos y me concentré en la sensación increíble de mi vientre. Mientras mi bulto recibía aquel homenaje, tenía un dedo alojado en la trastienda ardiente de Rosa y con la otra mano sopesaba una teta de Cristina. Sentía que aquella era la última frontera de la felicidad posible a un ser humano. *Mi mente se vaciaba para llenarse del tacto de placer multiplicado; recité mentalmente sincronizando la respiración: “Hare Shakti Hare Shakti, Shakti Shakti Hare Hare”.* *La divina forma es energía que embriaga nuestros sentidos para que despertemos.*

Al poco rato, no obstante, la conciencia de que las dos mujeres estaban allí desnudas para mí me hizo regresar al mundo. Sencillamente no podía resistirlo, y me propuse devolverles la sensación que me regalaban, tanteando al mismo tiempo los límites de su belleza. Hubo un momento en que les pedí que alinearan sus vientres para mí, y sondeé extasiado los cuatro pozos que se me ofrecían; primero escogiendo uno al azar; luego escuchando la dulce voz de su desnudez para saber cuál me llamaba con más fuerza. Ellas obedecían dóciles y gozaban. Llegó el tiempo, después, de que ellas se regalaran el placer, y fue entonces cuando enhebraron sus vientres de una forma increíble. Cristina, asumiendo

el papel de macho, parecía querer penetrar a Rosa que chillaba. Recuerdo el duelo prodigioso de las almejas devorándose; las banderas negras de Rosa se desparramaban y daban formas extrañas ante el ávido empuje de las alitas rosadas y el clítoris henchido de Cristina; era enervante la visión de los coños fundidos. Entonces fue cuando Rosa se corrió; fue como una descarga eléctrica que recorrió su rostro unos segundos. Aunque yo era sólo un espectador, me volvía loco verla gozar. Cristina cesó sus acometidas, y se besaron con pasión. En aquel momento, parecía que aquello no iba conmigo, pero el cuerpo me pedía guerra y probé fortuna poniendo mi verga entre sus bocas; esto les gustó, y lenguas y labios compitieron nerviosos por mi capullo durante un largo rato. Era evidente que mis dos lesbianas también se emborrachaban de macho, y esto hacía que la homenajeadada se derritiera de gusto. Por fin, me pidieron mi líquido. No podía negarme. Lo escanciaron ellas con un ágil descapulle de Rosa que Cristina asistía ahorcando y apretando los testículos. Al principio, mi bicho resistía bien el castigo, pero al poco rato la electricidad del orgasmo comenzó a arremolinarse en mi vientre, y caí en el abismo. La catarata blancuzca surgió poderosa y se derramó sobre ellas, surcando los rostros, salpicando las sábanas, dejando un jirón largo sobre el pelo de Rosa, formando curiosos camafeos de nácar en los cuellos. Mientras tanto, mis manos no se cansaban de buscar entre sus suaves almohadones posteriores. Fue una experiencia extraña; como ellas lo hacían todo, mi sensación era de un abandono completo a una voluntad que me desbordaba, y que asociaba al poder de aquellos surcos increíbles. Cuando la fuente se secó, las perlas que cubrían los rostros y los cuellos eran un atavío difícil de resistir, y los tres nos fundimos en un beso interminable. Recuerdo que, aún entonces, mi mano seguía aferrada entre las nalgas de Rosa; aquella gruta era el presentido paraíso de mis masturbaciones adolescentes.

Se secaron, me dieron dos castos besos de despedida, y se metieron en el baño, dejándome solo en una cama que se me antojaba la cima del universo.

A la luz del recuerdo de sus rostros bañados de lefa, pienso ahora que ninguna imagen expresa mejor que esta el arcano de la cerditud de la diosa. Esto es algo ya muy sabido; los padres de la pornografía descubrieron intuitivamente y supieron utilizar este símbolo con tal maestría que hicieron de él un género clásico, regalándonos imágenes de los más bellos rostros salpicados por perlas de semen y rodeados aún por las pollas que acaban de descargar sobre ellos. La fuerza de estas imágenes pornográficas es tal que se diría que la diosa no podría sobrevivir como tal a la imagen, y no deberíamos desear besar ese rostro después de que eso ha ocurrido en él. No es así, sin embargo, y esta pervivencia de nuestro deseo evidencia algo importante, nuestra vocación inconsciente para la orgía, para el sexo salvaje y abierto, no posesivo. De todas formas, tal vez podría decirse que hay una premisa inicial que falla. Tal vez no es el deseo de la diosa lo que provoca esa imagen, y ella no es, después de todo, tan cerda como suponemos; sabemos que lo ha hecho por dinero, y que se trata en realidad de una forma de prostitución; sin embargo, la fuerza de la imagen es tal que esta objeción sólo nos provoca risa. Tal vez a ella le han pagado por hacerlo, pero lo que se nos revela ahí refleja un “paso al otro lado” tan evidente que las motivaciones cuentan muy poco. *Este es el mismo prodigio de lo real; surgido del caos, hijo también de la improbabilidad y la duda, se nos ofrece sin embargo con una contundencia que no podemos explicar, sólo aceptar. No sabemos qué, cómo, ni por qué, pero indubitablemente somos, y somos para buscar un sentido en el laberinto de las formas, las sensaciones; el deseo es la raíz de todo, idealizamos y perseguimos lo bello; eso es nuestra vida. Y en un recodo insospechado del camino, descubrimos que en el fondo de todos los ideales habitaba tan sólo un soplo helado, como un frío espejo re-*

flejando el signo de interrogación que es nuestro rostro. Voluntad infinita que inventa el tiempo para perseguir tan sólo la sombra de sí misma. El rostro de la diosa embadurnado de lefa no provoca una pregunta sobre las causas o las sensaciones; es en sí una respuesta a la que ninguna certidumbre sobrevive. El mundo de después tenemos que inventarlo desde cero.

Termino de escribir esta crónica pasmosa a las once de la noche. Por fin Joaquín se despertó y fuimos a comer a un restaurante tranquilo de las afueras. Cambiamos impresiones sobre la increíble historia. Hablábamos mientras comíamos:

JOAQUÍN.— Mira, esto me lo esperaba yo. Corren rumores, sabes. Pero te juro que algo así no me había pasado nunca. ¿A ti también te la chuparon entre las dos?

YO.— También, también. Deben tener una pauta más o menos marcada. Es como un ritual.

J.— Bueno. Esto creo que pone en cuestión tus ideas sobre la monogamia. Estas chicas parecen formar una pareja feliz.

Y.— Sí, es cierto. Han encontrado un buen sistema. Es envidiable. Pero pienso que a una pareja heterosexual le resultaría más difícil que el truco funcionase. Ella podría regalarle una mujer a él, o él un hombre a ella, pero en la relación triangular me temo que aparecerían demasiados fantasmas.

J.— No sé. No necesariamente. Mira, me acuerdo de un caso que me ocurrió en París que te va a interesar. Yo tenía un compañero en el Hospital; un hombre de lo más normal por otra parte. Estaba casado con una chica bastante más joven que él, pero la cosa no parecía pasar de ahí. Nos llevábamos muy bien. Bueno, pues un día entra en mi despacho y me pide...

Y.— No me digas más, que te folles a su mujer.

J.— Eso mismo. Mira, yo le conté que me parecía muy raro lo que me pedía, que eso iba a afectar a nuestra relación, que un polvo no vale un amigo, y todo eso.

Y.— Vamos, que te hiciste un poco el estrecho.

J.— Llámalo así. Y él empeñado, que ya lo había hecho varias veces, que eso era lo único que podía salvar su pareja; un dramón de miedo.

Y.— Y al final le hiciste el favor; no me digas más.

J.— Sí que se lo hice. Y fue una experiencia estupenda.

Y.— ¿Cómo se comportaba su mujer?

J.— Fue un caso muy raro. Yo creo que ella era una ninfómana de mucho cuidado que quería locamente a su marido. Después me enteré de algunas cosas más, y pude imaginarme más o menos lo que ocurría. Las cosas iban bien entre ellos, pero el hombre no estaba para muchos trotes y a ella de vez en cuando le entraba una crisis. No decía nada, pero estaba de mal humor, se deprimía. Entonces él, que era muy listo, se lo contaba de sopetón, pero cariñosamente. “¿Qué le pasa a mi gatita guapa que está enfurruñada? Me parece que está un poco cachonda. Verás, mi regalo de cumpleaños —o de pascua, o de lo que tocase en ese momento— va a ser especial, ya verás”. Ella protestaba, le decía que no, pero un día aparecía él en casa con algún amigo que elegía que supiese de verdad que era de confianza, y vamos, modestia aparte, que estuviese un poco bien. A mí me citó en su casa un día por la tarde, nos presentó, empezamos una conversación, y cuando él vio que ya estaba roto el hielo, nos dijo que le perdonásemos, que tenía que salir un momento. Se marchó y allí ya no hubo apenas palabras. ¡Qué tardecita! Aquella fiera me hizo echar hasta la primera papilla.

Y.— Jolín, chico, yo la comprendo. Tenía que durarle el polvo varios meses. ¿Y tú crees que eran felices?

J.— Yo los conocí un poco, y creo que eran bastante felices; de lo que estoy seguro es de que se querían locamente.

Y.— De todas formas, sigo pensando que la pareja, que es el gran mito de esta sociedad, es un mal rollo en la inmensa mayoría de los casos. Se puede decir que en todos.

J.– En casi todos.

Y.– Vale. En casi todos.

Seguimos hablando tranquilamente. Luego dimos un paseo hasta T. Joaquín quedó de buscar a Cristina por la Facultad y no perder el contacto. Me llamará para organizar algo para el próximo fin de semana.



8 de Diciembre

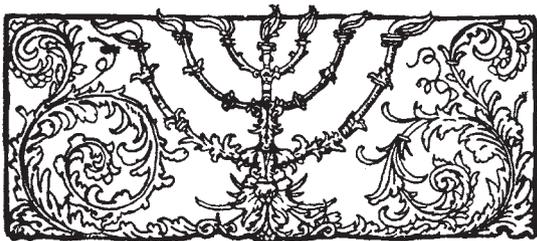
Lunes sin clases. Día tranquilo en casa intentando reflexionar sobre la experiencia de ayer. En la cama, recordando los cuatro agujeros alineados me he tenido que controlar para no masturbarme como un colegial. Creo que aunque mi destino se tuerza y llegue a ser enormemente desgraciado, sólo recordar cómo mi pene jugaba entrando y saliendo al azar de los cuatro agujeros dilatados por el placer, servirá para devolverme de forma instantánea al más encumbrado de los paraísos. Ya dije que yo intentaba que ellas adoptaran todas las posiciones posibles para disfrutar al límite de sus cuerpos, pero esto no siempre es fácil. Las rendijas pueden situarse en paralelo hacia arriba —las dos chicas tumbadas y abiertas de piernas una al lado de la otra— o hacia abajo —arrodilladas a cuatro patas una al lado de la otra—. También pueden situarse en serie —alineadas—, en vertical o lateralmente, con todas las combinaciones posibles por las variaciones en la polaridad de las rajadas. Esto está muy bien en teoría, pero en la práctica, con la emoción del momento, no es fácil que una penetración profunda y cómoda sea posible en cualquiera de estas posiciones. Como siempre, el azar fue en este caso la clave. Cristina abrazaba por detrás a Rosa de la forma más inocente, y le acariciaba las hermosas domingas que colgaban y la vulva. Mientras espiaba la retaguardia de Cristina, tuve la idea luminosa; les pedí cariñosamente que cada una levantara su pierna derecha y flexionara la izquierda. Allí surgió todo. El espectáculo era increíble. Puedo describir lo que vi, pero será imposible explicar lo que sentí. Sólo tenían que ponerse en el borde de la cama para que todo fuera posible.

Los dos surcos se prolongaban en una continuidad perfecta. Detrás el antifonario elegante y sólido de Cristina con su broche menudo y rosado, y su crica de amplia caseta y orejuelas menu-

das; estaba perfectamente depilada, pero se había dejado un testimonial bosquecillo de pelitos negros que al acariciar su vientre eran como un jardín triangular a las puertas del palacio del placer. Delante estaba el tafanario espléndido y rebosante de Rosa; una cinta morena era el camino que llevaba de la espalda al generoso ojal casi negro; su concha divina dejaba asomar las tostadas banderas. Los cuatro agujeros eran practicables, si bien Cristina no resistía demasiada acción en el estrecho canal de sus caquitas, que en seguida comenzó a tener un aspecto lastimoso, enrojecido y con el esfínter hinchado. Las otras tres gargantas lo tragaban todo; acogedoras, húmedas y cálidas, ver sus bocas allí tan bien dispuestas, hacía que saltara vicioso de una a otra, tratando de descubrir cuál era la más hambrienta por la intensidad de los gemidos; comparando; tanteando el abrazo más dulce, el más cálido, el más ceñido; cada unión era distinta, y sublime en su diferencia. Hubiese deseado tener cuatro pollas, pero la naturaleza es sabia; mientras un agujero era penetrado, mis dedos jugaban con los otros, explorándolos. Los pétalos morenos de Rosa escondían un vestíbulo increíble, de un rosa purísimo; el desaguadero de sus orines era un enorme agujero triangular que contrastaba con el minúsculo orificio de Cristina.

No puedo dejar de pensar en lo que ocurrió ayer. El caso de estas mujeres aporta una dimensión nueva al concepto de pareja, y no sé a qué atenerme. El hecho es que una sólida relación afectiva aunque implique una intensa atracción sexual puede no ser obstáculo para una vida sexual abierta en la que todas las posibilidades sean exploradas como una faceta más del placer que une la pareja. Creo que el fallo aparece sólo cuando nuestro placer implica recortar la libertad del otro para buscar su placer, cuando lo que es estrictamente natural queda prohibido por una norma aberrante. Es el tabú del sexo del cristianismo. Los profetas siempre se pasan; prohibir el cerdo es una cabronada, pero ya prohibir el sexo...

Releo un libro interesante: *El burgués y el amor*, de Emmanuel Berl; me hace reflexionar. Según él, para un hombre que no esté envenenado por la mentalidad burguesa, una pareja puede satisfacer completamente sus necesidades sexuales y afectivas. Parece ser, según esto, que mi percepción del sexo es un subproducto de una sociedad podrida. Puedo estar de acuerdo en que reprogramando algunos chips de mi cerebro, yo podría ser feliz viviendo con una mujer, y sin plantearme nada de sexo fuera de esa pareja. No obstante, esta posibilidad no me resulta muy atractiva. Pienso que aparte de la sociedad en la que vivamos o no vivamos, si el sexo puede ser —y debe ser— algo placentero, se debería buscar la forma de que la gente disfrutara lo más posible de él. Se trata sólo de echarle un poco de imaginación al asunto. ¿Por qué la pareja? ¿Por qué no la comuna? A mí tampoco me gusta la mentalidad burguesa, Monsieur Berl, ¿por qué no la comuna?



9 de Diciembre

• SEXO EN LA CALLE

Gratis. Todos los días. En el camino del instituto a casa va delante de mí una preciosa rubita. Viste pantalón y chaqueta vaquera. El pantalón, ceñido, dibuja perfectamente la geometría deliciosa del culito en movimiento. Las nalgas, alternativamente, se estiran confundándose con el muslo, y al momento se contraen, dibujando la flexión inferior. Todo esto continuamente, con el ritmo rápido de la prisa que parece llevar la nena. Las costuras de la braguita forman una V que apunta al vértice geodésico de primer orden más próximo. La sigo y la persigo, y deja mi deseo en un semáforo; pero me quedo mirando un escaparate y la sigo siguiendo obnubilado por el ritmo frenético del culito. Pasa un coche; un tío asoma la cabeza y chista a la nena con un aullido insufrible. No me gusta nada. En otro tiempo hubiera desafiado al tunante, y hubiera dejado la vida en el campo del honor si hubiera sido preciso. Odio las malas formas. El gran polvo no lo echa el chico malo que rapta a la chica, sino el chico bueno que la salva “desinteresadamente”.



REFLEXIÓN ANTIFEMINISTA

Machista, en el mejor sentido, el más izquierdista, de este término: no debería haber discriminación por razón del sexo. Pues bien, la hay; y una muy gorda. Parece como que en esta sociedad el sexo perteneciera a las mujeres. Para conseguirlo, los hombres tienen que pedírselo, y ellas, graciosamente se lo dan si es esa su soberana voluntad, o más generalmente, se lo venden. Esto podía estar bien si hubiese reciprocidad, pero el problema es que apenas la hay. No he oído decir nada sobre esta desigualdad a las tarascas feministas; sin embargo, ponen el grito en el cielo, y no les vamos a quitar la razón en ello, cuando algún hombre accede por la fuerza o el engaño al sexo de una mujer —violación—. No saben estas señoras que el robo existe en todas las sociedades donde hay acaparación de bienes necesarios para la existencia. Una violación es siempre algo execrable, pero ¿existe acaso este crimen en sociedades mejor organizadas sexualmente? Sencillamente no; el *moetotolo* samoano, por ejemplo, no es un violador. Ahí está el meollo del asunto.

En un descanso entre dos clases hablo con Manolo de lo de siempre; pareja y sexo, amigos o enemigos. Al final me doy cuenta de que he expuesto los mismos argumentos que ayer elucubraba en este diario y en el mismo orden. Era consciente de mi intento de hacer de mi vida literatura; ahora veo que también construyo mi vida con la literatura. Ya empiezo a no saber dónde acaba una y empieza otra. Empiezo a sentir mis experiencias vividas como páginas que escribo, y las páginas, como experiencias que vivo. Es algo extraño que nunca me había ocurrido.

El día transcurre tranquilo en la rutina de las clases sin noticias de nadie.

10 de Diciembre

Por la mañana, haciendo recados me encuentro con Teodoro, viejo compañero del colegio. Es de mi edad, pero aparenta al menos cinco años más. Tiene dos niños y está en el paro. Así es la vida de mucha gente. En toda la mañana no consigo apartar de mí la sensación penosa de vivir fuera de la realidad, de que todas mis preocupaciones son tan sólo chifladuras de un ricachón solitario; esta impresión es insoportable. Intentando descansar después de comer, me pregunto qué demonios me ocurre; yo ya sabía que mucha gente las pasa canutas; ¿por qué me deprimó ahora? Siento que todo lo que tengo se me pudre en las manos, todas las luces se apagan. Me imagino vivir la situación de Teodoro y no me siento capaz de afrontarla. Sin embargo él estaba muy entero, dispuesto a luchar hasta el final. Misterios de la mente humana, su situación a él le estimula y a mí me deprime. Tal vez es sólo que yo hoy necesito deprimirme un poco después de tantos días en la cumbre. Quizá el ser humano no soporta demasiada felicidad.

Camino para el instituto abstraído sin mirar a las mujeres que siempre, siempre pasan. Ya casi al llegar, tengo un encuentro inesperado que acaba de desconcertarme. *Joana, portuguesa, puta, yonki en tratamiento de metadona; de la tormenta de la droga ha salvado una dulce cara de niña y unos hermosísimos ojos negros; avanza por la acera vestida con un estrafalario traje de puta que deja adivinar sus hermosas tetas y muestra una franja de su vientre; botas altas de una imitación de piel para ocultar las cicatrices de los pinchazos. Va del brazo de un individuo patibulario. Apenas me reconoce y sonrío. Recuerdo vagamente el laberinto de su cuerpo desnudo sobre las sábanas.* Ya en el instituto, saludo a alumnos, compañeros. Tantos mundos en mi mundo acabarán por volverme loco.

Hay un sol en mi vida, y cuando alumbra pletórico todo tiene sentido; su radiante belleza lo justifica todo; cualquier calamidad puede soportarse. Pero cuando ese sol se oculta todo es tétrico; sombras espectrales deambulan por todas partes; noche oscura del alma.

Tarde en el club de los poetas muertos. Caras nuevas, bromas, amistad. Vuelvo a casa algo animado. Tengo un mensaje de Joaquín en el contestador. Tiene un plan para el fin de semana. ¡Dios nos coja confesados! Le llamaré mañana.



11 de Diciembre

Regreso a las orgías en la calle — normalidad —. De camino al instituto, me doy cuenta de que muchas veces mientras bombeo a muerte a alguna de mis dioscúras, suelo buscar ávidamente los ojos, los besos, la ternura, de la otra. Probablemente es sólo el anhelo de una percepción multiplicada de la feminidad, pero creo que aquí también el todo es más que la simple suma de las partes.

Sin embargo, después, en el recuerdo, muchas veces es más intensa la sensación que nos produce aquella chiquilla que nos miraba en la playa.

Nuestro placer es veleidoso y frágil, pero pocas cosas nos llevan tan arriba, y revelan tan bien el sentido. Él es sin duda la misteriosa puerta. Pero, ¿a dónde nos lleva esta puerta?

Intentando reflexionar, profundizar, siempre acabamos en un fondo oscuro, vecindad de la muerte y el no ser.

Joaquín pretendía llevarme el fin de semana a esquiar con un matrimonio de amigos suyos. Le he mandado a la porra. Se acerca un fin de semana de reflexiones profundas. Me lo temo.



12 de Diciembre

• CHICAS

Ellas son la sal de la vida. Chicas, *girls, jeunes filles*. Tarde de clases. Estudio a mis alumnas. Elegantes, deliciosas. Fascinación de un rostro bello con propensión a la sonrisa; de un cuerpo joven gentilmente oculto; de formas, maneras encantadoras. A veces noto que hablan y su voz se atropella; hablan de chicos. Los chicos parecen ejercer una fascinación sobre ellas similar a la que ellas ejercen sobre mí. Hay todo un camino aquí trazado. Puedes jugar ese juego. Tú también estás vivo, y aunque peinas algunas canas, me temo que resultas encantador. Este era el pequeño vehículo hacia el sexo. Reventó en mil pedazos hace unos meses cuando empezaste a visitar asiduamente aquellas casas en las que las chicas lo hacen todo por la pasta.

13 de Diciembre

TARDE

• EL SENTIDO DE LA VIDA

Franz Schubert compone tarde nublada habitación
fría piano acatarrado
que suena para todos nosotros
que es dicha inefable para todos nosotros
se levanta a mear a la vuelta corrige un acorde tose
tarde fría que parece que no va a terminar nunca

Vivo en un laberinto. Persigo el placer porque me parece que llena de sentido la vida. ¿Sentido, para qué? Sentido no para mí solo; yo apenas existo; sentido para todos; ARTE.

Placer en la contemplación de la belleza. Placer en la explicación —contemplación última— de la belleza.

Un ingeniero interpreta como pasatiempo la escritura de una civilización extinguida que se resistía a los arqueólogos. Placer de la contemplación.

Eso intento yo —¡pobre de mí!— con el sexo. Magia del cuerpo femenino transformada en mecánica del cuerpo femenino.



• SYSTEMA CUNNORUM

1— Anatomía comparada. El coño como función del resto del cuerpo.

—Rubias: coño rosado. Algunas rubias de ojos negros pueden tenerlo oscuro

—Pelirrojas: coño de un rosa pálido sublime. El coño de las pelirrojas.

—Morenas de ojos negros: coño oscuro. Negras, europeas, asiáticas, indígenas americanas, da igual. Hay algunas excepciones. Es interesante que por negras que sean las ninfas, la zona entre el vestíbulo de la vagina y el clítoris nunca tiene pigmentación oscura —ni en las negras más negras—; el tono aquí es siempre rosado.

Morenas de ojos claros: un laberinto. Nadie puede predecir aquí el color de la felicidad, pero en general, clarito, clarito.

2— Nada más variado que el coño. Hay coños largos que se abren orgullosos, esbeltos; otros son cortos, casi redondos, raquíticos; la excentricidad del óvalo da la medida. La proporción $k = \text{distancia del } glans\ clitoridis \text{ a la comisura superior de los labios} / \text{longitud total de la caseta}$, es muy variable. A veces el glande está muy cerca de la comisura (valor bajo de k , clítoris alto), pero puede llegar a ubicarse en la mitad del quiosco ($k = 0,5$, clítoris bajo).

Yo distingo dos grandes tipos de coños.

—*Tipo A*: el común. Las ninfas se unen hacia arriba en el frenillo del clítoris, y en parte también pueden seguirse en el prepucio. Aunque las formas posibles son muy variadas, en general las ninfas se cierran hacia arriba en el clítoris.

—*Tipo H*: Hacia arriba la mayor parte de las ninfas se sigue a ambos lados del clítoris —glande más prepucio—, para terminar cerca de la comisura superior de los *labia maiora*;

todo el clítoris aparece así hundido entre las ninfas, como emparedado por ellas. Son coños raros. Yo los he encontrado en mujeres de zonas muy diversas: Inglaterra, Centroeuropa, norte de Asia,... Si sólo una de las ninfas presenta esta geometría, tenemos el coño *tipo h*.

- 3- Tamaño de las ninfas. Este es un tema difícil de sistematizar. Yo utilizo una sencilla clasificación de campo que mide el tamaño de los pétalos u orejuelas en relación al de su caseta — los labios mayores, que yo prefiero llamar sencillamente labios—. La clasificación debe aplicarse con los pétalos estirados a su máxima longitud posible y las piernas cerradas. En esta posición es posible determinar también si el prepucio del clítoris asoma y nos hallamos ante un clítoris saliente — caso habitual —, o no asoma, en cuyo caso podemos hablar de clítoris oculto:

—*Aletas*: ninfas menudas que nunca sobresalen de los labios. Son ninfas ocultas.

—*Alas*: ninfas que llegan aproximadamente al límite de los labios, entre los que asoman lo suficiente para detectar su existencia.

—*Cintas*: ninfas que sobresalen netamente de los labios sólo en la parte más próxima al clítoris.

—*Banderas*: ninfas que sobresalen netamente de los labios aproximadamente en la mitad superior del tramo de vulva comprendido entre el glande del clítoris y la fosa navicular.

—*Mandiles*: ninfas que sobresalen netamente de los labios a lo largo de toda o casi toda la extensión del tramo de vulva entre el glande del clítoris y la fosa navicular.

—*Polleras*: son ninfas muy raras que se caracterizan por sobresalir sólo en el sector inferior de los labios. Deben su nombre al hecho de que son los pétalos que más acompañan al miembro masculino.

Los términos anteriores se prestan a la definición de tipos mixtos de características intermedias si se desea una mayor precisión. Así, *cinteras* y *mandileras* son cintas y mandiles, respectivamente, con formas que se aproximan a banderas. *Aleras* son alas que sólo llegan al límite de los labios en la parte próxima al clítoris. En cintas y banderas, si la parte inferior asoma, diremos que tienen mástil. El uso de diminutivos y aumentativos —*alitas*, *banderitas*, *mandilones*, etc.— completaría las posibilidades de esta clasificación. Si la caseta es muy grande o el coño muy profundo, podemos tener aletas enormes; estas serían *aletazas*, *aletísimas*.

No es una gran cosa, pero una clasificación más precisa exigiría un tratamiento matemático de las formas de los divinos pétalos; para ello podrían servir las Series de Fourier.

4- Aspectos especiales de las ninfas.

—*Lijas o cascajos*: son ninfas de superficie muy rugosa. Esto es común en ninfas grandes. Este carácter puede señalarse añadiendo los sufijos *-jas* o *-jos* al nombre que describe el tamaño y la forma; así, *banderajas*, *mandilejos*, etc.

—*Tejas*: Ninfas que presentan una curvatura muy acusada. Este carácter puede señalarse añadiendo los sufijos *-etas* o *-etes* al nombre que describe el tamaño y la forma; así, *banderetas*, *mandiletas*; la excepción son las alas curvadas, que para que no se confundan con las aletas, son volutas.

5- Asimetría de las ninfas.

En muchas mujeres las dos ninfas no tienen el mismo desarrollo; así, la izquierda puede ser un mandil hermoso y la derecha un ala normalita, por ejemplo. La parte más desarrollada puede ser indistintamente la derecha o la izquierda, aunque si hubiera que apostar por una asimetría más común, nosotros apostaríamos por la que presenta mayor desarrollo del lado izquierdo. ¿Relación con el mayor desarrollo del testículo iz-

quierdo. ¿Relación con el mayor desarrollo del testículo izquierdo en los hombres? ¿Hasta qué punto es heredable la asimetría? Interesantes temas para una tesis doctoral.

• VARIIS DE REBUS PUELLARUM

1- Clasificaciones diversas.

Según el tamaño de la fuente de sus aguas doradas, las chicas son *pispiretas* (Apenas se nota; “¡jolín, esta tía por dónde mea?”), *meoncillas* (“¡Bueno, por ahí debe ser!”) o *meonas* (“¡Impresionado me has, qué cosa!”).

Según el tamaño que tiene la boca de su *vas naturale*, ellas son *gatitas* (—“¡Por favor, no me hagas daño!” —“¡Que sea lo que Dios quiera!”), *gatas* (“¡Relájate, que esto va a ir un poco justo!”), *ocelotas* (“¡Bueno, allá vamos!”), *panteras* (“¡Jolín, esta nena no ha perdido el tiempo!”) o *tigresas* (“¿Por qué no probamos con el puño?”).

Las areolas pueden ser *monedas* (de curso legal, cinco, veinte o cien duros), *medallas* o *medallones*.

2- Relación directa entre el desarrollo del bozo y el de los deliciosos pelillos que custodian el ano; es decir, armoniosa simetría entre los dos extremos del tracto digestivo, ambos sexualmente receptivos.



NOCHE

Me entretenía en estas divagaciones cuando sonó el teléfono. Mi vida ha dado un vuelco. Reposaba transportado por un viento cálido, suave, que me subía sin prisas no sé hacia donde, y una corriente extraña, el aleteo de una mariposa —¿vulvar?— en algún sitio, me ha colocado en el ojo del huracán.

Sonó el teléfono:

—Sí, diga.

—(Sollozos).

—(No sé si intuyo o deseo que pueda ser Sofía). Diga.

—Hola (voz entrecortada; parece Sofía).

—Sofía, ¿eres tú?

—Sí (la voz todavía no está entera, pero se ha aclarado).

—Hola, cielo. (Siento un fuerte deseo de tenerla a mi lado)
¿dónde estás?

—En C.

—¿Voy a buscarte?

—Sí. (Rompe a llorar).

—Espérame en el parque. Voy ahora mismo.

—(Está llorando). Sí, ven.

Lo dejé todo y cogí el coche. Recuerdo que en el camino me sentía preocupado y feliz. Iba a ver a Sofía, mi pequeño ángel malo. *Trataba de recordar su rostro, sus grandes ojos negros, su nariz perfecta, sus labios carnosos y suaves. Recordaba su cuerpo. Recordaba un momento en que estábamos desnudos sobre la cama. Ella quería fumar y la cajetilla se había caído al suelo. Se acercó de rodillas al borde de la cama. Me daba la espalda, y sus asentaderas maravillosas bailaban al alcance de mi mano. Entonces se agachó para coger la cajetilla, y por un segundo las dos hermanitas se separaron, dejando al descubierto una areola de un moreno claro delicioso.* Iba a verla otra vez. Iba a tener la

lidad de ayudarla, de tenerla a mi lado, de escuchar su voz de cría. Era feliz.

La encontré sentada en un banco con la cabeza entre las manos; me senté a su lado.

—Hola.

—(Se da cuenta de mi presencia. Se abraza a mí). Hola. (Tiene los ojos húmedos).

—¿Qué te pasa? ¿Puedo ayudarte?

—Estoy con un mono horrible, pero no quiero meterme nada.

—¿Quieres dejarlo?

—Sí, pero no sé. No puedo. (Se abraza con fuerza a mí).

—Yo te dije que si querías te ayudaría. ¿Quieres que te ayude? (La miro).

—(Me mira y asiente con la cabeza. Está preciosa. Quisiera comerla a besos. Soy consciente del lío en el que me estoy metiendo).

—Venga. Vamos a casa.

Vinimos a casa y llamé a Fernando por teléfono; es psiquiatra y amigo, un viejo compañero del colegio. Le dije que necesitaba verle. Fuimos a su casa y nos explicó todos los detalles de lo que teníamos que hacer; me miraba extrañado. En un momento que Sofía no estaba le conté brevemente la historia. Me dijo que me estaba metiendo en un lío; luego se quedó pensativo, y añadió: “bueno, creo que el lío merece la pena; es una chavala majísima; cuenta conmigo para lo que quieras”.

Visita a la farmacia de guardia, y hemos venido a casa. Sofía se ha quedado dormida. Llevaba varios días sin dormir, y los calmantes le han hecho efecto. Soy feliz pensando que voy a acostarme a su lado. Procuraré no despertarla.

14 de Diciembre

Escribo de noche aprovechando que Sofía se ha quedado dormida. De momento no quiero que sepa que escribo esta crónica de nuestra historia.

Sofía lo pasa mal, pero acepta estoicamente su situación. Se apoya mucho en mí, y esto me encanta, aunque no sé qué papel extraño estoy asumiendo respecto a ella; una especie de padre-amante, me temo. Psicológicamente es una chiquilla. Su gran placer es ver la televisión —sólo Antena 3—, que está encendida todo el día.

Por la mañana, cuando se despertó, se sentía muy mal, tenía convulsiones y lloraba. Me abracé a ella sintiendo cómo mi erección acariciaba su cuerpo. Trataba de consolarla. Le dije: “cielo, estas malita, pero tienes que pensar que no es nada malo, que te vas a curar. Piensa lo felices que vamos a ser cuando te pongas buena. ¿Te vas a poner buena verdad? Bueno, perdona, tengo que decirte más bien ¿te vas a curar, verdad? Porque buena, lo que se dice buena, ya estás buenísima”. Le acariciaba el culito, y empecé a masajearle el coño con fuerza. Estaba empapada. Sentía que le gustaba, y la penetré suavemente desde detrás “a la romana”. Se corrió en un par de minutos, y esto pareció relajarla un poco; quedó adormilada, mientras mi pene palpitaba estremecido dentro de su vientre.

Ha sido un precioso día de sol invernal. Hemos decidido que pasado mañana, mientras yo voy a dar mis clases al instituto, ella irá a un centro de rehabilitación, donde estará con gente que vive o vivió situaciones similares a la suya.

Siento como si Sofía formase parte de mi vida desde hace años. La quiero; la deseo. Es un ángel y tengo que ayudarla.

que mi relación con ella no tiene nada que ver con las lamentables parejas que he formado en mi vida, y creo que es porque ni ella ni yo nos exigimos ninguna exclusividad sexual en nuestra relación. Hago deliciosos planes para orgías en las que participemos los dos.

Mañana hablaré con Joaquín y le contaré todo esto.



15 de Diciembre

• CELOS, CUERNOS

Estos fantasmas son los muros del laberinto. Nos encierran en nuestros complejos y no nos dejan ver más allá. Condenan a muerte por asfixia a la pareja. En este momento, es absolutamente fundamental poner las bases para que esta pareja que voy a formar no sea una sórdida pareja convencional basada en la represión del otro. Debo dejarle claro a Sofía que la quiero y la deseo sexualmente, pero que no le exijo para nada que no desee a otros hombres, y que me reservo el derecho irrenunciable de desear a otras mujeres.

Vamos a ser una pareja muy rara.

Hoy, después de algunos problemas con las dosis de la medicación y una llamada a Fernando, Sofía ha resistido mejor que ayer.

Vi a Joaquín por la mañana. Le he contado la historia, y no se lo podía creer. Me ha ofrecido toda su ayuda y me ha animado. Lo que más le impresionó fue el ritmo de nuestra actividad sexual. Le expliqué que yo hago el amor sin correrme y le pareció rarísimo. Se lo expliqué con una frase: “Normalmente, el orgasmo se considera la culminación del placer sexual, pero para mí es el final del placer sexual. Renuncio al orgasmo persiguiendo un placer algo menos intenso, pero de una duración mucho mayor”. El había leído algo sobre las ideas sexuales de los taoístas, que dicen cosas parecidas. Parecía seriamente interesado en el tema.

Yo no tenía clases por la tarde, y me quedé con Sofía en casa. Se aburría y le propuse ver una película porno. Al principio se negaba. Resulta que después de varios meses de puta, mi pequeña Sofía es una monjita. “No sé cómo te pueden gustar esas cochina

que es lo mejor de lo mejor *Anal Academy* de Private. Mientras la acción sexual se desarrollaba, empecé a tocarle las tetas. Ella miraba fijamente la pantalla sin decir nada; pero en un momento buscó mi paquete y empezó a acariciarlo como no lo había hecho nunca, con una suavidad meticulosa de caricias demoradas y absurdas. Yo ya me sabía la película de memoria y el masaje me estaba poniendo a cien, así que me levanté, y sentada como estaba le alcé las piernas y la penetré mientras ella seguía viendo el vídeo. Se corrió varias veces. Sólo hablaba para pedirme que aumentara el ritmo en los momentos en que la acción la excitaba más.

—¿Te gustó, eh, cochina?

—Sí, cochino.

Si no fuera por el dolor lacerante que a veces le asoma a los ojos, y las largas horas de llanto y temblores, seríamos felices. Cuando llega la sombra del dolor a su cara, la abrazo e intento que se sienta apoyada en su lucha sorda con el fantasma del maldito caballo. “Esto pasará, y seremos felices”.

Mañana empieza a ir al centro de rehabilitación.



16 de Diciembre

Por la mañana tuve que dar una clase a un grupo que no es mío. Mientras hablaba, pasaba mi mirada por el auditorio inusual, y en una atmósfera de irrealidad onírica descubría aquí y allá lindos destellos analizándome. Lo que pasaba por sus cabecitas se reflejaba en los ojos. La vida y la muerte, la libertad y el azar, todos los mundos posibles se intuían en las dulces miradas cargadas de intensidad. Es muy difícil describirlo, pero fue una sensación deliciosa.

A la una y media fui a buscar a Sofía al Centro y vinimos a comer a casa. Está animada. Todo indica que su recuperación puede ser rápida. La mentalización es lo más importante, y ahí estoy yo por primera vez en mi vida haciendo de carácter fuerte para quitar todas las sombras de su deliciosa cabecita. Ella ha asumido el papel de ama de casa para el que fue educada, y se esfuerza en que todo esté limpio y la comida me guste. No me quiere dejar entrar en la cocina, pero yo le digo que esas cosas tenemos que hacerlas a medias, y siempre termino a su lado de pinche, pelando patatas y tratando de aprender algo mientras ella revuelve en las potas con un largo trapo colgado de la cintura del mandil, transfigurada, derrochando energía y decisión. Cuando se encuentra bien, sólo mirarla mientras ve la televisión toda emocionada por una película estúpida, mientras se ducha canturreando, es para mí un clímax de dulzura. Estoy decidido a educarla. Sé que no se puede pasar directamente de Julio Iglesias a Bach, pero seguiremos todos los pasos intermedios.

• LOS LÍMITES DEL SEXO

Las fronteras del dolor y el hedor. Al menos para mí. Llegar hasta ese límite es para mí placentero, porque es tantear los contornos humanos y cerdunos de la diosa; pero traspasarlo me resulta desagradable, se entra entonces en dos mundos que detesto, la crueldad y el mal gusto.

Esta tarde intentamos hacer el amor tomándola yo por detrás, que era una postura que ella siempre rechazaba por el dolor que le producía. Con extremo cuidado, conseguí que llegara a gustarle hacerlo de esta forma; poco a poco se fue calentando, y al final llegó a disfrutar realmente a juzgar por sus gritos. El problema fue que en el clímax no podía controlarse y se le escapaban chorritos de pis. Cuando se dio cuenta, este hecho tuvo un efecto paralizante sobre ella. Me pedía perdón toda compungida: “He manchado el sofá”. La expliqué que su pis no era algo demasiado desagradable para mí y que el sofá podía limpiarse, que no me importaba que le ocurriera eso, que era normal. No quería creerlo. Entonces la cogí de la mano y la llevé a la bañera. Nos sentamos en el fondo con nuestros vientres juntos; sus piernas se cruzaban sobre las mías. Le dije que orinara. No podía. No quería. Tuve que empezar yo a orinar sobre su rajita depilada para que ella entendiera que hablaba en serio. Entonces ella sí comenzó también a orinar sobre mí abriéndose las ninfas sonrosadas y gordotas; a cada chorrito que surgía, la areola trigueña de su ano se distendía, dejando asomar la boquita apretada del esfínter, con sus dientes irregulares. Mientras nos duchábamos abrazados reconocía que le había gustado, —“pero es una cosa un poco cochina”.

Mi Sofía no es todavía una diosa, es sólo un angelín guapo. Si llega a una playa, su lugar natural no estará entre las grandes hembras bronceadas que toman el sol sobre sus toallas como pesados cachalotes varados en la arena, sino en el grupo de niñas que juegan con una pelota a la orilla del mar haciendo que se balan-

ceen dulcemente sus tetitas y culitos. A pesar de eso, me tiene completamente comida la moral.

Al anochecer, el cielo estaba completamente despejado, y sacamos el telescopio a la terraza. Los planetas sacaron sus mejores galas para saludar a mi nena. Venus y Marte bailaban su danza nupcial en el poniente. Nunca había visto Venus tan bien. Era un pequeño huso destellante. Mientras ella lo miraba y gritaba de júbilo, yo le abrazaba la cintura y la besaba en el cuello: “es una luna pequeñita y preciosa, como tú”; Marte a su lado era una pequeña esfera anaranjada. Júpiter al sur también estaba soberbio con tres satélites a un costado. Será aprensión mía, pero no recuerdo haber visto nunca tan bien las franjas de nubes ecuatoriales, y las manchas y bandas del hemisferio sur. Sofía seguía gritando alborozada; todo lo quería saber: “¿Y qué son esas manchas?”. Pero el mayor éxito fue el de Saturno, que comenzaba su recorrido por el cielo nocturno hacia el sudeste. Los tenues anillos rodeaban completamente la mole del planeta, achatada en los polos. Hacía mucho frío y Sofía estaba empezando a temblar, así que entramos adentro; allí completé la sesión de prácticas con una clase teórica sobre la estructura y evolución del Sistema Solar. Yo estaba lanzado, y a Sofía se le caía la baba: “Jolín, cuántas cosas sabes, cielo”.

Al hilo de mi explicación a Sofía, por la noche escribí un texto que es una reflexión sobre las vidas paralelas de la Tierra y la Luna.

• LAS DOS HERMANITAS

La gente suele pensar que la Luna es hermosa. Ciertamente es un globo de luz en el cielo nocturno, tierno confidente de amantes, solitario farol sobre desiertos infinitos y mares sonámbulos que

juegan con sus destellos, ¿cómo podría no ser hermosa? Sin embargo, no debemos olvidar que mirando desde lejos aquel hombre se enamoró de su abuela. Deberíamos intentar acercarnos a esa hermosa lejana si de veras queremos conocerla, tratarla, intimar con ella, ¿quién sabe? El viaje no es tan difícil. Un telescopio mediano como el que yo tengo nos sitúa muy cerca de ella para poder espiarla; en un punto desde el cual la Tierra sería ya una esfera pequeñita. La técnica hace el milagro.

¡Qué sorpresa al mirarla desde cerca! No es la Luna ya algo impreciso, poético, ajeno. Está aquí. Descubrimos los detalles de un enorme mundo redondo: cordilleras que elevan sus aristas, vastas llanuras de oscuro basalto que semejan mares; y cráteres, sobre todo cráteres; enormes cráteres que se amontonan en las tierras altas, cráteres diminutos tachonando los mares. Viendo esto, no hace falta mucha imaginación para sentir el impacto de gigantes cas moles de roca sobre el cuerpo del sufrido satélite. Algunos cráteres muestran incluso los restos del impacto esparcidos radialmente en torno a ellos. ¡Qué espectáculo nos perdimos por llegar tan tarde! Al final resulta que la Luna, como casi todo en este mundo, también creció a base de llevar golpes.

Es la Luna pues un enorme desierto redondo, eso está claro; nada de agua; por no haber no hay ni atmosfera; montañas y cráteres proyectan sombras perfectamente negras. Tal vez contemplar estas sombras de la Luna es lo más impresionante, lo que más nos acerca a ese día radiante que nadie vive allí. Nada cuesta viendo esas sombras imaginarnos un poco más abajo, en la superficie; ver recortarse a lo lejos en el cielo negro las cimas de una cordillera, las verticales paredes de un cráter; caminar ligeros entre afloramientos de roca negra a la que el sol arranca destellos plateados, pisar un suelo de cenizas volcánicas y fragmentos de roca. En medio del cielo un astro azul no nos pierde ojo; es la Tierra, el acogedor planeta que es nuestro hogar. Es tan hermoso que le pedimos perdón por haberle puesto los cuernos, aunque sólo fuera mentalmente y por un momento.

La Luna es la hermana pobre de la Tierra. Cuando ambas crecían en el patio nebuloso que era el sistema solar al principio, la Tierra, más crecidita, atraía a casi todos los asteroides que pasaban cerca; sólo algún despistado se estrellaba en la Luna. Pasó el tiempo, y la Tierra fue capaz de desarrollar una atmósfera y retenerla. Desde entonces no ha hecho más que progresar. Al enfriarse, el vapor de agua de la atmósfera se condensó en hermosos océanos. En los océanos ya se sabe lo que pasó. Mil formas de vida cubrían al poco tiempo todos los rincones del planeta, que adquiría tonos verdosos desde el espacio. Mientras tanto, la Luna era cada vez más vieja y más fea. El último agravio fue hace poco. La Tierra se dedicó a soltar trocitos puntiagudos que llegaban hasta la Luna y le hacían mil perrerías: daban vueltas alrededor, le sacaban fotos; hasta arrancaron pedazos de su superficie y se los trajeron a la Tierra como trofeo. Sólo le faltaba eso a la pobre Luna, alimentar la soberbia de ese pariente ricachón que le ha tocado en desgracia.

Che fai tu, luna, in ciel?, se preguntaba el poeta. Tal vez eso hace la pobre Luna en el cielo con su giro implacable; ser el pariente pobre que hiere nuestra vanidad de nuevos ricos con su eterna y desolada pobreza; recordarnos lo que fuimos, lo que somos todavía de alguna forma, lo que seremos siempre, un pedazo de triste materia navegando silencioso por el infinito universo.



17 de Diciembre

Ya es la una de la madrugada. Sofía duerme. Hoy hay muchas cosas que contar.

• EL PROBLEMA DEL MAL

La prueba del laberinto, la piedra de toque.

La historia de Sofía no es larga de contar. Hija de una familia de clase media; su padre abandona a su madre cuando ella es todavía muy pequeña; no ha vuelto a saber de él. Crece con su madre, estudia el bachillerato, y lleva una vida normal hasta el mes de marzo pasado en que muere su madre en un accidente de tráfico; entonces su mundo se derrumba. Una hermana de su madre que vive en Madrid es la que lo arregla todo, y ofrece a Sofía la posibilidad de ir a vivir con ella —ella no tiene hijos y siempre ha querido mucho a Sofía—. Sofía queda aquí sola hasta que termine el curso. Está destrozada. Una extraña amiga que acaba de conocer le propone ir a vivir con ella. En realidad es una puta que está liada con un camello. No les cuesta nada enganchar a Sofía y que trabaje para ellos. Sofía sólo quiere acabar de una vez con todo, ir con su madre. Le ofrecen un suicidio lento y lo acepta. Ella tampoco tiene prisa.

Esto me lo ha ido contando poco a poco estos días. En los momentos en que yo veía que estaba bien, intentaba que me hablara de su vida antes de la droga. Intentaba que recuperara sus raíces, como una especie de terapia. Como contrapartida yo también le he contado mi historia. Viejas heridas han tenido que abrirse, pero ella tiene que saberlo todo sobre mí, sobre este bicho raro con el que comparte sus días. Muchacho de familia acomodada con aficiones intelectuales desde muy joven. Siempre el primero de la

clase en el colegio de los jesuitas. Estudió después una brillante carrera que culmina con premio extraordinario. Es una máquina perfecta para resolver problemas en equipo y disfrutar haciéndolo, pero se ve obligado a competir por una plaza en la Universidad con seres no tan brillantes como él, pero mucho más astutos. Unos pocos años de ayudante son un infierno de bajezas, ruindades y zancadillas, del que escapa horrorizado preparando unas oposiciones de profesor de instituto. Tiene la sensación de que aquel triste lupanar universitario no tiene nada que ver con el conocimiento para el que él se siente vocacionalmente llamado; —su frase para definirlo era: “el partido se juega en otra parte”—. Salva del naufragio una insobornable avidez intelectual, que unida a su mal disimulada afición por las mujeres son las claves de su vida. Su historia sentimental es una larga serie de lamentables parejas que naufragaban inexorablemente en la rutina y el aburrimiento, hasta que hace cosa de un año empezó a ser cliente habitual de algunas casas de putas, pero esto ya lo hemos contado.

Reflexionando ahora sobre nuestras historias, veo un cierto paralelismo. Los dos llevamos una vida “normal” hasta que nos encontramos con personas cuya vida incluye entre las actividades recomendables la depredación de otros seres humanos —esto creo que es el mal—. Los dos fuimos derrotados en nuestras batallas. Los dos hemos sobrevivido. Los dos esperamos ganar la guerra. Ella, saliendo de la droga. Yo, resolviendo esta complicada ecuación de mi vida, logrando ese conocimiento que siempre he buscado y que no se encuentra en las universidades, objetivo que persigo en estas líneas que dan forma a mi desconcierto, nocturnas y alevosas, impublicables y casi ilegibles.

Cada día que pasa quiero más a Sofía. Necesitaba saber por qué me llamó. En este punto no soporto ninguna duda, y esta noche he sometido a la pobre a un auténtico interrogatorio del K.G.B.

—¿Pero tú no veías que te estabas matando poco a poco?

—Sí.

—¿Y no te importaba?

—No.

—¿Por qué?

—Pensaba en mamá.

—Y en ti no pensabas.

—No.

—¿Y entonces por qué me llamaste?

—(No responde. Se queda cortada. Sus ojos preciosos se enfurruñan).

—Primero te marchas con la pasta y luego vas y me llamas, quiero saber por qué.

—(Le cuesta mucho decirlo. Le tiembla la voz). Yo quería que tú me ayudaras.

—¿Por qué?

—Porque sí.

—Esa no es respuesta.

—Porque tú te portaste bien conmigo.

—Ya, y por eso te marchaste con la pasta.

—No (eleva la voz). Tú querías que dejara la droga, y yo no quería.

—¿Y por qué quisiste luego? (Está muy nerviosa, y me doy cuenta de que soy un bestia. La abrazo, y eso me excita). Perdóname, cielo, perdóname. Lo único que pasa es que te quiero con locura y necesito saber eso. (La abrazo más fuerte. Ella estaba pasiva pero responde a mi abrazo).

—(Habla entrecortadamente). Yo también te quiero. Pensaba en ti, y entendí que puede merecer la pena vivir. Por eso te llamé.

Nunca antes había sentido una emoción o una ternura semejantes. Ya era tarde, las pastillas le estaban haciendo efecto y al poco rato se quedó dormida entre mis brazos. La llevé a la cama como a una niña pequeña.

En otro orden de cosas, hoy por la mañana tomé un café con Joaquín. ¡Qué hombre! Está locamente enamorado de Cristina y la persigue como un colegial. Cuando me lo decía, casi me sale de rebote mi respuesta comodín para estos casos. “Tú sabes que el enamoramiento es una forma benigna de paranoia, ¿por qué no consultas a un psiquiatra?”, pero pensé que mejor me callaba. Cristina se hace la dura, pero ya han tenido varios encuentros tripartitos en casa de ellas. Cuando me dijo esto debió de notárseme que me ponía verde de envidia. Además está decidido a comprar el piso al lado del mío. Quiere que nos veamos el fin de semana. Sofía, Rosa, Cristina, ¡Jolín, qué lío!

A los de la tertulia todavía no les he contado nada de Sofía, aunque algunos han notado algo. Jesús, que va de lince en estos temas aunque el pobre no se entera de nada, el otro día había corrido la consigna: “Carlos está encoñao”.

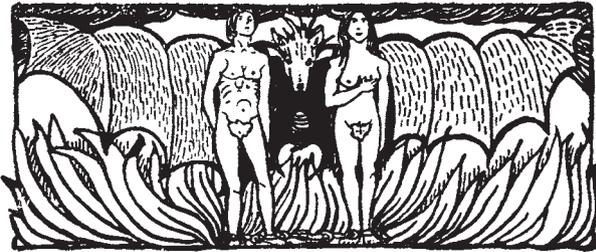
Bueno, creo que mejor me voy a dormir. El día ha sido largo.



18 de Diciembre

• MAÑANA.— Los días no tienen suficientes horas para mí. Escribo por la mañana, entre clase y clase, en un café solitario cerca del instituto. Trato de racionalizar lo que me está ocurriendo. El cazador de coños cazado por un coño; suele ocurrir. Antes mi vida era orgullosa y distante, como un gran planeta helado impasible en su órbita. El sexo me daba grandes placeres, fríos, solitarios. Las mujeres eran sólo combinaciones de líneas y formas capaces de despertar el éxtasis. Eso no me comprometía a nada. Era sublime; como la beatitud de Dios en el cielo contemplando su creación. Puro análisis que revelaba el arcano más prodigioso: el cuerpo de la diosa. Ahora, mi vida está ineluctablemente unida a la de una niña enferma y asustada. El caprichoso albedrío de mis instintos debe doblegarse a las mil contingencias de su historia, su forma de ser, su soberana voluntad. He caído de mi alta atalaya. Estoy atado, obligado; sin embargo, el calor de su cuerpo en mi cama me compensa de todo; me sumerge en un universo de dulzura al que me sería imposible renunciar. Sé que antes tenía miedo de que esto ocurriera, tal vez porque las experiencias previas fueron terribles, pero ahora siento que no he perdido nada y que he ganado mucho. *Rutina del despertar. Yo despierto siempre primero que mi pequeña marmota. Me levanto con cuidado y preparo el desayuno. Cuando aparezco con él, ella ya está despierta. Dejo la bandeja y le doy un beso.—“Buenos días. ¿Qué tal estás, cielo?” —“Buenos días. Bien”. A veces sé que no es verdad, pero siempre dice esto. Desayunamos. Ella en la cama, yo en la mesilla que hay al lado de la cama. Siempre termino primero y me quedo mirando cómo unta de mantequilla su última galleta. —“Venga, ya termino”. Y al cabo de un rato: —“Anda, ven”. Los dos sabemos que en ese momento nuestros cuerpos se unirán en un abrazo*

íntimo y salvaje. Como un ritual descubro cada vez sus pechos de chiquilla adelantada, su vientre, su culito; su cuerpo soberbio tiene el calor de nuestro nido, el calor de nuestra vida compartida. Beso su boca que sabe a Cola-Cao, y caigo en un abismo de placer y dulzura, prisionero de sus ojos negros y el surco prodigioso de su vientre. Es nuestro ritual diario; el eterno retorno del éxtasis intemporal de nuestros cuerpos abrazados. Geografía familiar y sublime a la vez. He ganado mucho, y no he perdido nada. A veces hago asaltos a la pornoteca; recuerdo alguna escena excitante, y me pongo a hojear una revista o ver un vídeo. Al principio esto a ella le parecía raro. Ahora ya sabe que es otra experiencia que podemos compartir —“¿Cuál de esas pollas te gusta más?”. —“Esa”. —“¿Por qué?” —“No sé. Se parece a la tuya”. —“Jolín, ¡Qué guapa es esa chica!”. —“Sí, pero tus ojos son mucho más guapos”. —“Mira como se corre este tío, ¿ por qué tú no te corres nunca?”



✿ AMOR Y SEXO

Paradiso. Con la mujer que nos acepta como realmente somos, y a la que amamos como realmente es.

✿ NOCHE.— Sofía ha llamado por teléfono a su tía, que estaba alarmada después de tantos meses sin noticias de ella. La antigua Sofía renace. Poco a poco veo aflorar gestos desconocidos. La nueva Sofía es la vieja Sofía, la niña dulce y buena, pero es también mi Sofía. Los meses malditos quedan como una isla cuyo único destino es el olvido. Por la tarde, estaba bastante mustia, pero conseguí animarla con un as que llevaba en la manga preparado desde hace tiempo; le ofrecí ir a comprar ropa: “A ver, cielo, tú entiendes más de eso, ¿qué necesitas?”. Le ilusionó, y comenzó una enumeración terrible que me temo que ya tenía preparada. Compramos y compramos. Nunca pensé que un sujetador pudiera costar tanto, pero es cierto que sus tetas se lo merecen todo. Por la noche en casa se probaba la ropa interior ante el espejo de nuestro dormitorio. No podía resistirlo, busqué un canuto bien cargado que tenía guardado en espera de alguna ocasión especial, y me lo fumé mirándola. Sus gestos explicándome cómo deben unas braguitas entallar el culito —así lo decía ella—, fueron una experiencia cumbre. No podía soportar que aquello se terminara y le hacía preguntas absurdas, apuraba el canuto y me volvía loco de lujuria. Por fin despertó de su éxtasis trapil, vio la lubricidad de mis ojos y trató de arreglarlo todo con gran dignidad, riñéndome por fumar costo:

—Vaya, hombre, ahora empiezas tú.

—Te equivocas, nena, esto es sólo combustible para la hoguera que vamos a encender aquí ahora.

—(Acercándose). Jolín eres insaciable.

—(Acariciándola). Es que esto no tiene perdón.

—Bueno. (Va a desabrocharse el sujetador).

—No, déjame a mí, por favor.

—Pero ten cuidado no lo vayas a romper con esas manazas.

En la hora siguiente de intensa comunicación no hubo palabras dignas de ser reseñadas. Nuestros cuerpos empiezan a conocerse, y buscan la voluptuosidad por ellos mismos; nosotros sólo los contemplamos. Manejo con astucia los arcanos que gobiernan su placer; la hago gozar con rabia, con crueldad, castigando tanta belleza que me hiere, que me desgarras y me aturde, que hace mis horas largas sin ella, que ha roto mi destino de estrella solitaria. Después llega su turno; su venganza es implacable. Ella también conoce mis misterios. No le costaría nada agotarme, saciarme y romper el hechizo; pero se complace en demorar mi gozo. Sabe llevarme al clímax, y mantenerme allí por un tiempo que se me antoja eterno. Entonces me mira, sólo me mira, moviendo suavemente el vientre, me mira con sus ojos terribles y sonrío. Sonrío, la maldita. Su gesto es el de Venus surgiendo de las aguas, mostrando su belleza a los mortales. Su rostro y su vientre prolongan el vértice de mi placer como un gracioso don de su sublime voluntad de diosa; eso dice esa sonrisa extrañamente serena en el fragor de nuestra lucha.

Y terminamos, como casi siempre, en la postura perfecta del final, el palique, sentados frente a frente como buenos amigos, con los vientres enhebrados. Los cuerpos agotados buscan la ternura, y nuestros sexos pueden hablar por fin su lenguaje más íntimo, sin ningún movimiento impuesto, contarse sólo los suaves movimientos de su naturaleza pulsante, pequeños espasmos, minúsculos latidos, al fin solos. Cada decisión soberana de mi enano provoca oleadas de placer en su funda sedosa, contracciones que hacen a su vez que el pequeñín no quepa en sí de gozo. El proceso es exponencial e imparable. Y mientras abajo se desarrolla el delicioso diálogo, como buenos amigos charlamos, y nos regalamos caricias y besos inocentes de críos que siempre tienen efectos prodigiosos en el submundo. Esto es la divina *karezza*.

19 de Diciembre

Hoy por la mañana, mientras desayunábamos, la perspectiva del polvo matutino me daba más miedo que otra cosa. Ya no soy un chaval; y aunque Caperucita hace lo que puede, la pobre, lo de estos días está siendo demasiado. ¡Qué lista es Sofía! Cuando acabó de desayunar me dijo: “Anda ven, pero hoy tienes que ser formal porque me duele un poco la barriga”. Aunque fingí protestar un poco, recibí la noticia alborozado. Ella se acostó sobre su lado derecho, y yo me puse en mi postura favorita, detrás de ella, sintiendo el calor de toda su espalda —*sensu lato*—, y con sus tetas y su vientre al alcance de mi mano. Se quedó dormida en seguida. Yo, en mi posición privilegiada, sentía su calor y pensaba. Pensaba que tengo más suerte que si fuera bueno, y que esto tiene cuerda para rato. Pensaba que esta pareja no tiene nada que ver con las anteriores que sufrí, y la diferencia está en que aquí por primera vez me planteo la convivencia con una mujer solamente como la convivencia con una mujer, y sin meter esta relación en ninguna categoría a priori, sin que ello implique nada respecto al resto del mundo. Estamos juntos porque queremos estar juntos, y punto. Todo sería perfecto si Sofía también tuviese esta idea, pero me temo que ella está formando una pareja de lo más normal. Pensaba que esto es algo de lo que en algún momento tenemos que hablar.

Tomé un café con Joaquín por la mañana, y su idea es que mañana cenemos todos juntos en casa de Rosa y Cristina. Le he dicho que tenía que hablarlo con Sofía, claro.

Saqué el tema por la tarde, aprovechando un momento en que ella estaba de buen humor. Le conté la historia de Rosa y Cristina con todos sus detalles. Sofía estaba asombrada, aunque no se escandalizó demasiado. Dejé claro que ninguna de las dos me atrae

en especial con lo que pareció quedarse más tranquila. También le dije que a mí me parece muy bien lo que hacen, que para sacar adelante una cosa tan difícil como una pareja hay que echarle imaginación al asunto. Parecía estar de acuerdo. Le hablé en tono jocoso:

—Oye, ¿no serás tú bisexual también?

—No sé.

—¿Cómo es eso? ¿No sabes si te gustan las tías?

—Bueno. No he practicado mucho, pero una chica guapa me parece algo muy excitante.

Parece que la cosa se plantea prometedora. Por su parte ya le dije a Joaquín que explicase a las otras que yo ahora estoy viviendo con Sofía y que formábamos una pareja bastante normal. ¡Que sea lo que Dios quiera!

Por la noche, viéndola mientras se desvestía rutinariamente, se produjo la resurrección de la carne; la visión de su culito enfundado en unas braguitas nuevas preciosas de encaje era más de lo que podía soportar. Esto, unido al hecho de que acababa de salir del baño y había sonado la cisterna del water, que ella sólo acciona después de hacer caca —es una gorrina y aún no le he podido quitar esa costumbre—, me hizo concebir un plan digno del Marqués de Sade. Empecé los arreglos habituales, y cuando ya la tenía a cuatro patas, empecé a acariciar su agujero más cochino —no sin antes tener que quitar algunos trocitos minúsculos de papel higiénico desperdigados por el profundo surco: “¡ya estás enredando ahí!”—. Los bordes de la braguita, incluso el límite de la zona donde esta lleva tejido absorbente, y la textura del tejido se marcaban todavía sobre las nalgas; era como si llevara unas bragas transparentes que dejaran ver perfectamente todos los detalles de su maravilloso antifonario. Entonces le dije al oído con mi voz más persuasiva: “cielín, todavía no lo hemos hecho nunca por aquí”, y seguía acariciando y tanteando su anillo apretado y elástico. Ella dijo con voz meliflua: —“no quiero; ¡por atrás, no!”.

—“Pero, ¿por qué, vida?”. —“No me gusta”. —“Eso es por que no lo has hecho lo suficiente”. —“No lo he hecho nunca”. Aquello acabó de encenderme, y me grité a mi mismo: “esta sale de aquí enculada o me corto las venas”, pero dije muy suave: —“Mira, vamos a hacer una cosa, lo hacemos muy despacio, y si ves que no te gusta, lo dejamos”. —“Bueno, vida, pero muy despacín, eh” y me dio un beso apretado en la nariz, que terminó en un pequeño mordisco. —“No me hagas daño”.

Se trataba de no hacerle daño, y eso no era complicado. Preparé cuidadosamente la zona de operaciones con vaselina. Primero entró un dedito muy despacín como ella quería: —“¡Aaaaay!”. —“Te hice daño, vida”. —“No, pero es una sensación un poco rara”. —“No seas mentirosa, no es una sensación rara, notas como si hicieras caca, pero es mi dedo”. —“Pero me da miedo”. —“No seas boba, acabas de hacer caca y tienes el recto completamente vacío. No puedes hacer caca. Es mi dedo”. El argumento debió ser concluyente, porque no volvió a protestar, aparte otro ligero “¡Ya, pero... Ay!” al meter el segundo dedo. Aunque aquello estaba dispuesto, no pude resistir la tentación de hacer que jugaran un ratito mi glande y su ancha y hermosa areola sonrosada; parecían hechos el uno para el otro. Ella apretaba el esfínter en un último gesto defensivo, y las estrías radiales se contraían enfurruñadas. El capullo peinaba los deliciosos pelillos morenos que decoran los bordes del perineo, como bosquecillos amenos que refrescaran el camino de la vulva.

Era hora de entrar a misa. Primero el capullo despacito: —“¡Aaaaay!” —otra vez—. Ya estaba todo hecho, porque el resto de la criatura ya entraba como si dijéramos por su propio peso. El abrazo era estrecho y ardiente; difícil de resistir, sobre todo si uno lleva muchos días sin correrse. El camino del Tao tiene sus encrucijadas. Allí quisiera yo haber visto a Lao Tzu y Chuang Tzu —seguro que no hubieran protestado—. Además el culito de mi nena lo merecía. Entretenido en estas reflexiones me sorprendió

un: “anda, muévete” que venía al pelo en aquel momento. Respondí con prudencia: “Se hará lo que se pueda, tesoro”. ¡Vaya si le gustaba! A las pocas acometidas empezó a jadear como una posesa. Había que comportarse. Actuando con la habilidad y prudencia de un viejo cardenal conseguí llevarla a un primer orgasmo que prometía ser el comienzo de una larga serie, pero el abrazo era ya irresistible. La técnica china de la presión en el perineo, combinada con la técnica india de la respiración profunda y la técnica española de concentrarse en la lista de los reyes godos como si te fuera la vida en ello, sirvieron sólo para prolongar unos momentos lo inevitable; a la altura de Recesvinto me tiré a la piscina volcándome hacia delante y buscando sus pechos con avidez.

Después, ella no quería que sacara mi chisme, y estuvimos un ratito uno sobre otro, ya echados. No recordaba almohadones más cálidos ni deliciosos bajo mi vientre. —“Ves como te gustó, cielo”. —“Sí, pero al principio me daba un poco de corte”. Al sacar el cacharro por fin, el olor a mierda era notorio. Debo reconocer que olía verdaderamente a mierda; no obstante, aunque eso no le hiciera dejar de ser mierda, era la mierda de mi nena. Mirarla a los ojos y oler aquello era la demostración palpable de mi descubrimiento arquetípico. “El angelín guapo es una cerdita”.



21 de Diciembre

Del hiato en la narración, parece deducirse que hay muchas cosas que contar, y de veras las hay. Ayer por la mañana estuvimos tranquilos en casa. Escuchamos música juntos —ya estamos en los Beatles. El progreso es rapidísimo. Luego irá Schubert, que con su historia triste es un clásico bueno para empezar, Vivaldi,... Espero llegar al primer movimiento del tercer concierto de Brandenburgo de Bach en unos pocos meses—. Comimos en la terraza aprovechando que hacía sol. Por la tarde, después de la siesta vimos el vídeo de *Doctor Zhivago* —aquí también avanzamos, el equipo A empieza a parecerle un poco infantil—. Sofía empezó en seguida a ponerse sus mejores galas toda preocupada y preguntándome el efecto de cada trapo que se ponía. A las siete le tenía una sorpresa guardada; estaba en el cuarto de baño peinándose. “¿A qué no sabes lo que pasó hace ahora justo una semana? ¿No te imaginas quién me llamó por teléfono?” Me abrazó emocionada, y le di el regalo que le tenía preparado, una sortija preciosa con un brillante pequeñín. Se la puso toda orgullosa en el dedo. “Pero no te creas que esto es jauja. Ya no celebraremos más cumpleaños, ahora hay que esperar al primer cumpleañoses”.

Joaquín vino a buscarnos a las ocho, y creo que se cayeron bien desde el principio, aunque son dos personas que es difícil que caigan mal a nadie. Joaquín supo romper el hielo y ganársela con frases como: “Ya tenía ganas de conocerte, porque este no sabe nada más que hablarme de ti”. “Has conseguido algo que creía imposible, sabes. Hacer que este formalice es un milagro, aunque ahora conociéndote ya lo comprendo todo”. Sofía sólo sabía sonreír, tímida y satisfecha. En seguida fuimos a casa de Rosa y Cristina. Entre ellas y Sofía también hubo buena química desde el

principio. Nos enseñaron su casa, un chalet adosado precioso en las afueras de O. con una hermosa vista sobre la sierra. Aquí todo giró sobre cuestiones de decoración. Rosa lo enseñaba todo satisfecha, y daba sugerencias para nuestra casa que está todavía a medio poner. Sofía resultó ser una experta en temas de decoración. “Ves, una mesa como esta es lo que te había dicho yo que necesitamos para la terraza”.

En el ático está el estudio de Rosa. Cuadros colgados, cuadros apoyados en las paredes, cuadros en caballetes; paisajes, desnudos femeninos, algunas perspectivas de nuestra ciudad. Tiene un estilo impresionista, de trazos insinuantes; le gustan los colores cálidos y puros. Es una gran artista. Sofía estaba entusiasmada, y venció su timidez para hacer algunos comentarios muy elogiosos que encantaron a Rosa.

Nos sentamos a tomar una copa, y mi habitual pasividad en estas situaciones me permitió analizar un poco las relaciones entre los que estábamos allí. Rosa y Cristina se quieren; es una relación vieja e intensa que parece irrompible. Joaquín intenta desesperadamente llamar la atención de Cristina, y Rosa observa esto condescendiente; conoce a Cristina, y sabe que él es sólo una distracción para ella; les deja hacer. Mientras tanto observé que Rosa mostraba un gran interés por Sofía, que resistía el castigo con un *savoir faire* que no había imaginado en mi tímida chiquilla. Así estaban las cosas cuando pasamos al comedor.

Después de una cena deliciosa, volvimos al salón a tomar unas copas. Para ver el vídeo de sus vacaciones en Turquía, que habíamos dicho que teníamos que ver cuando estuvieron en mi casa, se sentaron juntos Joaquín y Cristina en un sofá, mientras en otro Rosa y yo rodeábamos a Sofía. Rosa manejaba el mando, y parecía contar la historia sólo para Sofía, que estaba encantada de su protagonismo. Yo acariciaba su mano, y ella se partía de risa con las peripecias de Rosa discutiendo con un chiquillo que intentaba venderle algo en la puerta del palacio de Topkapi, en Estambul.

Cuando terminamos de ver el vídeo, el ambiente estaba absolutamente distendido. Cristina preguntó qué música queríamos escuchar y Joaquín dijo: “Algo lento para bailar”. Rosa murmuró riéndose: “¡huyuyuy!”.

Mi idea era dejar solas a Rosa y Sofía, y entonces se me ocurrió algo que conociendo a algunos de los presentes tenía pocas probabilidades de fallar. Dije: “pues a mí lo que me apetece es fumar un peta”. Joaquín coreó: “sí, sí”, nada más oír el nombre de la bienamada resina, “¿trajiste?” “No, pero puedo ir a pillarlo, y en un momento estoy aquí”. Cristina dijo: “no”, y Joaquín dijo: “sí”, mucho más contundentemente, así que me levanté. Sofía quería venir conmigo, pero le dije que se quedara, que era sólo un momento. Rosa me dirigió una mirada de complicidad. Fui a por el abrigo, Sofía vino conmigo. Le di un beso, le guiñé un ojo y le dije: “Pásalo bien”. Puso unos ojos de mosquita muerta que hizo que le diera otro beso: “hasta ahora, cielo”.

Salí por la puerta de la cocina, que daba al jardín, y la dejé entreabierta porque me imaginaba lo que iba a pasar. Al volver, al cabo de una hora, más o menos, oí voces en la habitación de Cristina. Llamé a la puerta; dijeron “sí” a coro, y asomé la cabeza. Joaquín y Cristina estaban sobre la cama, tapados a medias por un edredón a cuadros. “Se puede”. — “Pasa, pasa; ¿lo traes?”

Liamos un peta, y nos lo fumamos con calma. Joaquín y yo sabemos lo que significaba fumar costo con una mujer desnuda sentados en una cama: tenemos un recuerdo imborrable de una ocasión así. Mientras fumábamos Joaquín decía misteriosamente con una risilla maliciosa, “las chicas...” y juntaba los dedos índices de las manos. Cuando acabamos, Cristina ordenó: “bueno, chicos, ahora un poco de acción”; retiró el edredón, se puso de rodillas y empezó a felar el mortero de Joaquín, al mismo tiempo que me ofrecía su grupa; miré a Joaquín; sonreía y me dijo: “ya sabes que siempre hay que hacer lo que mandan las mujeres”. En unos instantes me desnudé y empecé a tantear la vulva de Cristina.

Cortos pelos morenos cubrían los labios entre los que las pequeñas aletas apenas asomaban. Abrí la crica y comprobé que su delicioso chochito estaba recién salido de la ducha y olía deliciosamente a jabón. No había lubricación suficiente aún para una penetración, pero no era cosa de hacer esperar a nuestra anfitriona, así que lubriqué con saliva el recibidor de su casa de placer, haciendo que mis dedos jugaran con los mogotes de su himen castigado. Con este ejercicio, mi requeté presentó armas entusiasmado, y le dejé que siguiera el trabajo, no sin antes ponerle su gabardina muy apretadita para que no se resfriara; recuerdo el abrazo ceñido y cálido de la vaina sedosa; ¡aquello era hospitalidad!

Estuvimos unos minutos en aquella posición. Yo bombeaba suavemente desde detrás, y Cristina recibía el envite con muestras de satisfacción mientras Joaquín también parecía contento del tratamiento que se le estaba dando; mientras tanto, él magreaba las tetas prodigiosas de Cristina, y en el espejo se veía claramente que ya había conseguido que las medallas de bronce que antes estaban casi lisas, armaran los succulentos pezones. Así estábamos cuando oímos voces en la puerta. Eran Rosa y Sofía. Rosa entró protestando. “Anda, mira esta cómo se lo monta. Todo para ella. ¿Y este degenerado? —refiriéndose a mí, y dirigiéndose a Sofía—. ¿Cuántas veces te ha dicho en los últimos días que eres la única mujer del mundo? Míralo qué bien lo pasa con esta fresca”. Se acercó a Cristina y la besó. Cristina respondió al beso apasionadamente. Yo ya me había retirado, y las dos se abrazaron y empezaron a acariciarse con ternura. Los demás mirábamos sonrientes. Entonces yo reparé en Sofía que se había puesto un camisón transparente de Rosa. Estaba preciosa. Ella también me miró y nos abrazamos emocionados. Nos besamos. Joaquín protestó viendo cómo el grupo se disgregaba: “eh, eh, que la pareja es un mal rollo, tíos. Tenéis el coco comido por un caduco romanticismo”. Rosa y Cristina se rieron y se abalanzaron sobre él: “Una, dos y

tres”. —”Eh, eh, de una en una, que no soy superman. ¿Por qué no fumamos otro peta?”.

Fumamos, y a mí me tocó contar cómo había ligado el costo —tema que a Joaquín interesaba enormemente—. Hablaba despacio, todos estábamos desnudos en una penumbra deliciosa, en un ambiente distendido; entre amigos; era maravilloso. Ahora al reflexionar sobre aquella escena hay varias cosas que me gusta recordar.

Primero.— Las tres mujeres desnudas. Una mujer hermosa desnuda es siempre algo enervante para mí; me refiero al hecho de que la sublime parte inferior de su vientre con todos sus escondrijos, no esté atascada y oculta por telas y trapos, sino que palpite al aire. Esta desnudez siempre me pone en el disparadero y me lanza al a veces tortuoso y siempre fascinante camino del placer. Allí había tres hermosas mujeres desnudas. Paladeo las diferencias de sus cuerpos, las tres vulvas, las tres retaguardias, inconfundibles, divinas en su diferencia, tres hierofanías perfectas de la diosa; los tres ojales completamente diversos, ancha y morena Rosa, rosada y ancha Sofía, pequeña y sonrosada Cristina. Allí estaban las tres, bromeando mientras me escuchaban.

Segundo.— ¡Qué complejidad de relaciones humanas! Sofía y yo enternecidos en nuestro amor como nunca antes lo habíamos estado —ella me acariciaba una mano mientras hablaba—. Nuestro beso de hacía un momento nos había dicho que nuestro amor resistiría cualquier prueba, que formábamos un uno indisoluble aunque jugáramos el dulce juego del placer con otros. Cristina y Rosa enamoradas escuchando en silencio. Sólo Joaquín rompía aquella armonía de parejas felices. No obstante, a él sólo parecía preocuparle dónde, cómo y cuándo se podía conseguir costo en O.

Aunque había resistido bien hasta entonces, Sofía estaba cansada y quería acostarse. Me lo dijo, y yo conté a todos que nos teníamos que ir. Rosa entonces nos invitó a quedarnos allí a dormir; a Sofía le pareció bien y nos acostamos en la habitación de Rosa. El trío siguió la juerga. Al cabo de un rato apareció Rosa: “no hay

quien pueda con esos dos, ¿me hacéis un hueco?"; y se acostó al lado de Sofía, que ya dormitaba. Los dos nos volcamos sobre la pequeña marmota. Mi mano y la de Rosa se acariciaron sobre la cadera de Sofía. —“Buenas noches”. —“Buenas noches”.

Amaneció un día nublado. Mientras desayunábamos en la cocina, decidimos, a sugerencia mía, dedicar el día al mar y el pescado, ya que ayer había sido día de carne. Todos estuvieron de acuerdo, y en dos coches nos acercamos a G. Allí dimos un largo paseo a la orilla del mar. Hacía frío, y recuerdo que hablábamos de las entrañables fiestas que se nos vienen encima. Hacíamos planes, con la idea de estar todos juntos el mayor tiempo posible; Sofía y yo paseábamos abrazados. A Joaquín se le ocurrió llamar por teléfono a Sebas, y quedamos con él en una cafetería.

Nuestro anarquizante y misántropo amigo estaba como siempre. Escribe un libro sobre el puerto de G. y parece ser que tiene mucho trabajo. Al menos esa fue la disculpa que puso para no venir con nosotros a comer a L.; no obstante, Joaquín y yo comentamos que probablemente le cohibían las mujeres. Quedamos de llamarnos.

El resto del día transcurrió agradablemente. Hemos decidido hacer una cena en mi casa para celebrar el solsticio de invierno. Todos estamos libres ese día.



22 de Diciembre

Por la mañana temprano, estando solo en casa me sorprendió una llamada de Sebas.

—Necesito que me dejes el ejemplar que tienes de la Historia de G. de GH., el mío no lo encuentro.

—Bueno. Si tienes tiempo para dar un paseo por la playa, voy ahora hasta ahí y te lo llevo; total aquí no estoy haciendo nada.

—Me parece perfecto. Pasa a recogerme por casa.

Mientras paseábamos por la playa, me preguntó por Sofía: “de dónde has sacado a esa cría tan mona. ¿Sois novios, no?”. Yo tengo una gran confianza con él, así que se lo conté todo tal cual. Ya había notado que estaba tenso, pero eso es habitual en él que tiene un carácter muy inestable; sin embargo en ese momento estaba realmente sombrío, y le pregunté

—Chico, a ti te pasa algo —seguía mustio sin decir nada—. ¿Qué pasa? Cuéntame, conmigo tienes confianza, ¿o no?

—Mira, no quisiera hacerte daño, pero tengo algo que contarte.

—Pues dime.

—Yo conozco a esa chica. Hacía mucho que no la veía, pero ayer la reconocí; sus ojos son inconfundibles. Ella es de M., ¿sabes? Yo recordaba vagamente que en su familia había alguna historia extraña. No sabía exactamente qué, pero el tema me inquietaba, y para tener noticias recientes llamé por teléfono a un amigo que era vecino suyo en M.; él me ha contado más detalles.

—Tienes que estar confundido, ella no es de M.

—Desgraciadamente no lo estoy. Todos los datos encajan. El nombre es el mismo. Ella marchó de M. hace unos meses, y vive con un hermano suyo que es un mal tipo, un tal Juan. Él estaba en la cárcel, y cuando lo soltaron ella se fue con él.

Estas noticias extrañas era como si abriesen un vacío ante mí. Al principio me aferraba a la existencia de un error; dos rostros pueden parecerse mucho; lo de los nombres podía ser una coincidencia — sus apellidos son muy comunes —. Pero lentamente empezó a abrirse paso la evidencia de algo monstruoso que derrumbaba las bases mismas de mi existencia. Seguía repitiendo: “no puede ser”, “no puede ser”, pero mi pensamiento empezaba a esbozar una pregunta urgente y afilada como un cuchillo: “¿por qué?”.

Sebas estaba también afectado por el golpe que involuntariamente y con la mejor intención del mundo acababa de darme.

—Mira, Sebas, yo lo soporto todo menos la incertidumbre. Tienes que darme la dirección de tu amigo. Yo me voy a M. ahora mismo. Necesito saberlo todo.

—Espera, podemos hablar con él por teléfono. Vamos a mi casa.

Recuerdo que apenas hablamos por el camino. Mientras caminábamos de prisa por el paseo de la playa, las mismas olas que hacía un momento eran el hermoso decorado de una charla distendida entre amigos, se habían convertido en algo ominoso; su ritmo incansable repetía machaconamente una palabra que me golpeaba como un martillo: “mentira”, “mentira”...

El amigo de Sebas se ofreció amablemente a verme y contarme todo lo que sabía, pero la información más importante nos la dio ya por teléfono. Había una persona, una tal Silvia, que era amiga de la infancia de Sofía, y que parece ser que aún seguía teniendo relaciones con ella. Nos dijo que era una buena chica maltratada por la vida. Trabajaba en un puticlub de las afueras de M.

De camino a M., volando por la autopista, no pensaba, sólo ansiaba saber la verdad de todo aquel lío. Al verlo en peligro, comprendía por primera vez el valor de lo que Sofía había traído a mi vida. La vida y la muerte estaban en el fiel de la balanza.

A la vista del puticlub, un destello me iluminó. Si quería que Silvia me informase, era mejor que hablara con ella sin que nadie nos viera. Si algo gordo se estaba cociendo contra mí en aquel ambiente, una persona que hablara conmigo podría tener problemas también. No era difícil resolver esto fingiendo que quería un servicio a domicilio. Hice un plan rápidamente. Me alejé, y entré en una cafetería de una calle próxima. Llamé al puticlub. Se puso una mujer. —“Quiero hablar con Silvia”. —“Espere un momento”. Pasó un rato. —“Sí”. —“Silvia”. —“Sí”. —“Un amigo me ha hablado muy bien de ti. Quiero que vengas a mi casa”. “No. Si quieres estar conmigo tienes que venir tú aquí” —“No podías hacer una excepción una vez. Es que a mí me acojonan esos sitios. Quiero que estemos tranquilos aquí en casa. Si tienes miedo de que sea “Jack el destripador”, quedamos en la cafetería de abajo”. Se resistió. Insistí. Fijó un precio astronómico. Regateé. Aceptó. Le di la dirección del portal al lado de la cafetería —“piso 8°, A”—. Los timbres se veían desde mi mesa, cuando una mujer marcara ese timbre sería ella.

Al cabo de media hora, una mujer joven y guapa marcó el timbre. Salí de la cafetería y me acerqué a ella. “Hola, tú eres Silvia, ¿no?, es que bajé a esperarte a la cafetería. Ven, vamos a tomar algo”. Estaba sorprendida, pero aceptó. Nos sentamos juntos en una mesa. Entonces pude ver bien su rostro. Tenía una hermosa sonrisa que a veces se convertía en una mueca extraña; ironía, desdén, no sé. “Hola, yo soy Carlos”. No sabía cómo empezar. Saqué discretamente el dinero y le pagué. Lo cogió. Le expliqué que no quería estar con ella sino solamente hablar. Seguía sorprendida. Pensé que lo mejor era contarle mi historia asépticamente, sin mencionar el nombre de Sofía; después decirle que tenía un problema porque un amigo acababa de contar tal y cual de la chica; y terminar diciéndole: “tú puedes ayudarme a saber la verdad, porque esa chica es amiga tuya. Te estoy hablando de Sofía”.

Lo hice así, y me fijé en su rostro al decir el nombre. No pareció inmutarse. Me temo que ya se lo imaginaba. Me miró maliciosa.

—Estás metido en un lío.

—Sé que no tengo ningún derecho a pedirte esto, pero tú sabes que puedes ayudarme. Por favor, ayúdame.

—Yo tampoco puedo ayudarte mucho. Puedo decirte lo que sé, pero sólo si me prometes que esto será absolutamente confidencial. Estamos tratando con gente muy peligrosa, (me mira y creo advertir en sus ojos una sombra de afecto), muy mala.

—Dímelo, por favor.

—(Mirándome). Pues sé que Sofía no es drogadicta, por ejemplo. La historia que te contó es mentira. Ella vivió aquí tranquilamente con sus padres hasta hace unos meses que Juan salió de la cárcel. Ella idolatra a Juan tanto como odia a su padre. Para Juan es su hermanita; debe ser lo único que quiere en el mundo, aparte del dinero. Nunca consentiría que se enganchara.

—¿Por qué crees tú que ella ha montado esta película?

—Eso es un plan de Juan, seguro.

—¿A qué se dedica este Juan?

—Hizo una brillante carrera en los bajos fondos de Madrid, pero un día se pasó y asesinó a un hombre a sangre fría; es un poco sicópata, sabes; sus abogados consiguieron que lo soltaran a los pocos años. Ahora es traficante y tiene casas de putas en Madrid y aquí. Suele hacer que las chicas se enganchen para tenerlas controladas; un hijo de puta. Si sabe que estoy aquí hablando contigo, estoy muerta. Hiciste bien citándome así. Tú nunca has hablado conmigo, ¿entiendes?

—Entiendo. ¿Y la policía no hace nada? Esto es acojonante

—Estos tíos se mean por encima de las leyes; tienen los mejores abogados; nadie puede con ellos. Ahí tienes al Ubiña, en la calle.

—¿Y qué coño quiere el Juan ese de mí?

—(Me mira maliciosa). Tú tienes pasta, ¿verdad?

—¿Qué pasa, se me nota mucho?

—La verdad; sí. Me has dado un pastón por venir aquí a hablar contigo. El problema de tener pasta es que excita la codicia de tipos como Juan. Ellos encuentran tu punto flaco, y estás perdido.

—Supongo que no tendrás ni idea de cómo piensa Juan sacarme la pasta.

—Ni idea. Yo hace mucho que no le veo. A Sofía todavía la vi hace poco. La llamo cuando tengo que ir a Madrid a hacer algún trabajo; nos vemos y charlamos. Pero no me ha comentado nada.

—¿Y qué puedes decirme de Sofía? ¿Cómo es?

—Ella no es mala. Es una cría; parece mentira que tengamos la misma edad. Aquí lo pasaba mal en casa por culpa de su padre que es otro bestia, pero cuando se fue para Madrid con Juan su vida cambió. Vivía como una princesita; colegio de pago y todo eso; el problema es que aunque Juan intentaba que no se enterara de nada, ella estaba continuamente viendo cosas raras a su alrededor. A mí me abrasaba a preguntas.

—¿Sabe ella a qué te dedicas tú?

—(Sonríe). Claro, lo sabe todo M.

—¿Y cómo lo toma?

—Le hace gracia. Ya te digo que es una cría. Cuando éramos pequeñas, ella era la romántica de la pandilla; siempre soñando con un príncipe azul. Creo que sólo ha tenido un par de novios, que fueron sendas tortas monumentales, porque ella estaba loca por ellos y ellos iban a lo que iban.

—¿Y en Madrid?

—Estaba locamente enamorada de un crío de su colegio, y toda su preocupación era haber tenido ya tantos amantes, como ella decía. No obstante, por algunas cosas que me decía creo que estaba empezando a espabilar.

—Bueno, así que según tú esto es un plan de Juan, que la ha mandado para conseguir algo de mí.

—Creo que sí. Conociendo a Sofía, que haya fingido contigo, sólo se explica como una orden de Juan.

—Pero para ser tan cría como dices, es una artista de la escena. Ella ha llorado, ha fingido estar con el mono. No puedo entenderlo.

—Como todos los buenos artistas ella puede haber llegado a identificarse con su papel. Ella fue siempre muy sensible. Juan le habrá dicho lo que quiere de ella, y ella simplemente se ha mentalizado para hacerlo.

Le expresé mi agradecimiento, y me despedí de ella. Necesitaba pensar, pensar. Ya era muy tarde. Llamé al Centro, y dejé un recado para Sofía, “que no puedo ir a buscarla; un amigo ha sufrido un accidente y estoy con él en el Hospital, que coja un taxi, vaya para casa y me espere allí”. No quería hablar con ella. Sólo quería pensar. Yo siempre he sido muy lento pensando; para ello no conozco a nadie más rápido que Joaquín; tras su aire bonachón y sus continuas ganas de chufla se esconde una mente poderosa capaz de descuartizar un problema en un tiempo récord. Lo localicé en su despacho de la Facultad: “necesito hablar contigo. Voy para ahí”. De camino, volando por la autopista, no tenía neuronas para tantos problemas. ¿Por qué Juan contra mí? Yo soy un blanco perfecto. Pero; ¿cómo lo llega él a saber? En ningún sitio hay una lista de solterones golfos y con pasta. Además el golpe es demasiado certero, demasiado a la carta. Tiene que haber alguien que le ha pasado un soplo. ¿Pero quién? ¿Quién conoce mi forma de ser y puede conocer a Juan? ¿Quién? ¿Quién? De repente mis manos se crisparon sobre el volante. Claro. Es evidente. Nelia. Cuando marchó de mi casa había un brillo especial en sus ojos astutos. Me ha vendido, la muy cerda, pero ¿cómo piensan sacarme la pasta? ¿Qué puedo hacer? Soy un barullo de dudas cuando entro en el despacho de Joaquín.

—Hola, buenos días, necesito ayuda.

—Hola, estoy escribiendo un *paper*. (Está embebido en la contemplación extática de la pantalla de su ordenador).

—Anda déjate de pijadas que lo mío es muy gordo.

—(Me mira con una mirada insolente que dice: “¡cómo que pijadas!”), pero al ver mi cara se relaja). Anda, siéntate, ¿qué te pasa?

Le conté la historia. Me miraba preocupado, con la arruga que se le pone en el ceño cuando piensa. De vez en cuando, me pedía alguna aclaración. Le conté mis conclusiones sobre el origen del soplo. Estaba de acuerdo. Cuando terminé, se quedó pensativo.

—¡Joder!

—Me temo que estoy metido en un lío.

—Te acuerdas de que te lo dije. Hay que mirar muy bien dónde se mete la polla.

—Bueno, anda, ahora no me vengas con sermones; nadie nace enseñado. Tengo varias preguntas de oro. Quiero saber tu opinión. Primero de todo. ¿Cómo piensan sacarme la pasta? No lo tengo claro. Es evidente que ellos vienen a por todo, pero todo sólo lo pueden conseguir... (me detengo asustado).

—Sí, amiguín, la cosa es así de cruda, matándote, y haciendo que tu desconsolada viuda lo herede todo. No tiene dudas.

—(Se me pone un nudo en la garganta. No estaba preparado para soportar aquello). Pero no puedo creerlo. Tú la has visto. No es posible.

—Olvídate. Ella no tiene nada que ver con eso. Ella es sólo un juguete en las manos de un canalla, un instrumento. Vosotros os casaréis, y un día tú tendrás un accidente. El vendrá a consolarla: “pobre hermanita mía”.

—Entonces tu crees que ella es inocente.

—¡Ay, cabrón, cómo te tiene agarrado! Hombre, ella inocente del todo no es. Te ha contado unas bolas horrosas, ha fingido ser drogadicta, estar con el mono, te ha hablado de su pobrecita mamá.

—Pero puede haberlo hecho sin malicia, sólo como un juego de seducción. Silvia me ha dicho que ella es muy infantil. Su hermano le habrá dicho que yo soy el hombre perfecto para ella, que va a ser muy feliz conmigo, pero que yo soy un poco raro, y para que me guste hay que montar una historia un poco complicada. Para ella será un juego.

—Es posible; pero se te ve demasiado el plumero. (Me mira sonriente). ¿Y si ella es una asesina psicópata que en realidad se ha ofrecido a su hermano para degollarte con sus propias manos?

—Mira, yo eso no me lo creo aunque me lo prediquen frailes descalzos.

—Te va la vida en ello.

—Me va la vida. Mira, estoy confuso, muy confuso. Es evidente que ella no es un monstruo, pero tampoco es el ángel que yo imaginaba. Yo la quiero, o diría mejor que estoy en disposición de quererla si ella me quiere, si nuestra relación es algo más que un montaje en el que a ella no le va nada. Se me ocurre una cosa. Hay que saber lo que piensa, y para ello no hay nada mejor que obligarla a actuar, ponerla en una disyuntiva.

—Me parece perfecto.

—Yo ahora llego a casa, y le digo...

Le expuse mi plan. Es el tema eterno, cuando una mujer nos dice que nos quiere, ¿que hay detrás de esas palabras? ¿por qué una mujer coge un pene y se lo pone en el lugar exacto de la penetración? Deseamos a la mujer —eso es sólo sexo —, pero deseamos sobre todo el deseo de la mujer —eso es sexo todavía—. Todo esto nos lleva a un trato en el que surge la dulzura de profundizar en ese universo delicioso que ella es. Ya no sólo su cuerpo nos seduce. Estamos atrapados. Pero para entregarnos completamente y romper con todo, necesitamos saber a dónde nos lleva esa entrega, ¿Qué hay detrás de las palabras que pronuncia su divina boca cuando nos dice que nos quiere? ¿Qué hay detrás de la mano que lleva nuestro aparato al sitio correcto?

Joaquín estuvo de acuerdo con mi plan. Había que ponerlo en marcha ya y vine para casa.

Cuando abrí la puerta. Sofía salió corriendo a recibirme.

—¿Qué ha pasado? ¿Quién tuvo el accidente?

—(La miro, está preciosa, pero veo en ella a alguien que no conozco: una niña idiota de Madrid que me está haciendo la cama sin saberlo). No le ha pasado nada a nadie, gracias a Dios. (Me quedo mirando para ella un momento). Lo sé todo.

—¿Qué sabes? (La miro. Está asustada. Hay miedo en su rostro). Pues pasa que eres una grandísima embustera, y que estás aquí mandada por un hijo de puta que quiere acabar conmigo.

—Eso no es verdad.

—Lo sé todo, guapa. Ahora te vas a ir de aquí, porque después de lo que sé que me ibais a hacer no quiero verte delante, y le vas a decir a tu hermanito que la policía lo sabe todo. Que mueva un dedo, y vuelve al trullo ya. Díselo bien clarito. Y ahora vete. (La miro con despecho, y me meto en el salón cerrando la puerta detrás de mí).

Estábamos en la encrucijada. En el mejor de los casos posibles, ahora el ratoncito debería empezar a dar vueltas al laberinto de sus emociones enfrentadas. Yo sólo tenía que esperar. Me senté y encendí un cigarro. A través del cristal de la puerta, vi que entraba en el dormitorio. Pasaron veinte minutos. Fumé varios cigarrillos. Por fin vi que salía del dormitorio con una bolsa de viaje en la mano. La dejó en el suelo en el recibidor. Entró en el salón.

—Adiós Carlos. (Al mirarla veo a otra persona; algo que antes era infantil en sus ojos tiene una decisión que me asombra; por primera vez veo en ella a una soberbia mujer, aunque trato de parecer indiferente).

—Dile a tu hermano que el plan fracasó. Respecto a ti, te aseguro que no te guardo rencor. Yo sé que tú no eres la mala de la película. Venga. (Levanto la mano en un gesto de despedida, y miro para otra parte).

—Tengo que irme, pero antes quiero pedirte que escuches algo.

—(Miro para ella intentando parecer desdeñoso; no quiero que se me note la emoción que siento. Realmente está espléndida; un rayo de angustia me sacude al sentir su cuerpo maravilloso como algo ya ajeno, perdido). ¿Qué pasa? ¿Qué nueva bola quieres contarme?

—Te he engañado. Tengo que reconocerlo, y comprendo que quieras que me vaya. Pero quiero que sepas la verdad de esta historia. Creo que mereces saberla.

—Vale. Siéntate y cuéntame. Pero piensa que mi tendencia natural es a no creerme nada de lo que vas a contarme.

—Yo sólo quiero contártelo. Aunque no me creas, así por lo menos no pensarás que soy una niña tonta. Eso me fastidia.

—Pues si no eres una niña tonta, sólo puedes ser algo mucho peor. (La miro. No parece una niña tonta. Su rostro tiene una extraña serenidad; es como si se hubiera librado de algo grave que la obsesionaba; me imagino así a Juana de Arco camino de la hoguera, camino de su destino).

—Por favor, déjame que te cuente. Mira, no tengo más remedio que contarte mi vida. (Enciendo otro cigarrillo). Yo sufrí mucho de pequeña por culpa de mi padre, Juan fue el único que me ayudó entonces. Cuando él se fue para Madrid, cuando lo metieron en la cárcel, yo tuve muchos problemas en casa. Entonces nadie me ayudó. Mi padre bebía y nos pegaba a mi madre y a mí. (Se para, titubea). Lo pasé muy mal hasta que me fui con Juan.

—Vamos a ver. ¿Por qué piensas que voy a creer eso que me estás contando? ¿Ya me has engañado tanto que todo eso me suena a música celestial?

—Aunque no me creas, tengo que decírtelo antes de irme. Aunque no me creas, quiero que lo sepas. Cuando me fui a Madrid con Juan, al principio todo era maravilloso. Por primera vez en mi vida, estaba con alguien que me quería, que se preocupaba por mí.

—Pero, por favor, ¿tú sabes a lo que se dedica? ¿Tú sabes cómo es él en realidad? Tenías que ver muchas cosas allí. ¿No veías nada que te hiciera pensar? (Trato de parecer enfadado con ella. Pero, viendo sus ojos apostarí a ya por su inocencia, por su amor, quisiera un motivo para correr y abrazarla ya).

—(Está nerviosa, y parece como si fuera a romper a llorar. Lo que dice es muy duro para ella). Sí, empecé a ver cosas. Hice preguntas. Las respuestas eran contradictorias. Estaba muy confusa. Entonces pensé que lo mejor era cerrar los ojos y no pensar. No veía otra salida. Tratar de escapar construyendo mi propia vida.

—¿Por qué no lo hiciste?

—Entonces fue cuando Juan me propuso esto. Cuando él me lo dijo, yo sufrí mucho. Soy incapaz de hacerlo con cualquiera, ¿entiendes?; entonces, él me habló muy bien de ti, eras como una especie de superhombre. Yo sentí curiosidad, y además, él me lo pidió de una forma que no supe decirle que no. Él era todo para mí. Me contó una historia extraña. El conocía tus costumbres y tu forma de ser. Sabía mucho de ti, pero no sé cómo llegó a saberlo.

—Yo sí lo sé. Sé quien le pasó la información.

—Bueno, eso no me importa. Tú pertenecías a un grupo extraño, no quiso explicarme mucho, pero me dijo que si yo conseguía ser tu mujer, yo tendría acceso a una información que a él le sería muy útil. Eso me dijo.

—¿Y tú le creíste? (me doy cuenta que al admitir que el objetivo era el matrimonio está desenmascarando el meollo del asunto. ¿Es todo lo que dice verdad, entonces?).

—No sabía qué pensar. Tenía curiosidad por conocerte. Me pareció que era escapar de la rutina de Madrid, y lo tomé como un juego. A mí siempre me ha gustado mucho interpretar.

—No, hay que reconocer que tienes una gran habilidad para ello.

— Te pusimos el cebo y caíste. No fue difícil.

—(Me doy cuenta de que significa dar la impresión de que la creo, pero pregunto intentando poner un tono escéptico. Tengo curiosidad sobre esto) ¿Por qué te marchaste y luego volviste?

—Eso fue idea mía. Pensé que lo mejor era dejar la imagen de una chica mala dominada por la droga, dejar que hiciera efecto unos días, y luego cuando ya hubieras idealizado suficientemente el tema, hacer explotar la bomba.

—Tengo que darte la enhorabuena. El plan era perfecto.

—(Se pone muy seria). Sé que no vas a creer lo que te voy a contar ahora, pero quiero decírtelo de todas formas. (La voz le sale entrecortada, pero se domina). Al principio me divertía la situación; era como un juego, y yo no pensaba para nada que te estuviera haciendo daño, pero a medida que pasaba el tiempo, empecé a descubrir en mí cosas que no conocía. (Baja el tono de voz). Cuando hacíamos el amor por ejemplo, era algo distinto a lo que había sentido nunca. Empecé a quererte. Empecé a ser sencillamente sincera, y a sufrir porque toda nuestra relación se basaba en un engaño. Hubiera dado cualquier cosa por ser aquella pobre chica drogadicta de la que te estabas enamorando. Esto fue a los pocos días de estar juntos; a partir de ahí, lo que tú interpretabas como las angustias del mono eran simplemente las angustias de la mentira. Pensé marcharme y dejarte una nota contándotelo todo, pero los días iban pasando y no acababa de decidirme. Ahora me alegro de que al menos ya no haya mentiras entre nosotros. (Se levanta). Adiós, Carlos.

—(Me levanto también. Estamos frente a frente. Nos miramos). ¿Qué vas a hacer ahora?

—Me voy para Madrid.

—¿Con él?

—(No me responde. Su rostro delata auténtico sufrimiento. Sus ojos lo dicen todo).

—Sofía. No es necesario que vuelvas con él. Acabas de decirme que me quieres. Yo me temo que también te quiero. Ahora

no hay mentiras entre nosotros. Quédate. (La miro. Hay lágrimas en sus ojos). No puedo soportar que te vayas. (La abrazo). Te quiero. Tú has traído la ternura a mi vida.

—(Sollozando). Te quiero. (Se sobrepone y dice con tono decidido). Quiero hablar con él ahora mismo, y quiero que tú escuches la conversación.

—Sofía, llámale si quieres, pero no es necesario que yo escuche.

—No es necesario para ti, para mí sí lo es.

Habló con él. De los detalles del diálogo se deducía que toda la historia de Sofía era cierta. Le dijo que le quería, pero que no quería saber nada de él mientras su vida fuera lo que era. Estuvo soberbia, pero para mí fue duro escuchar la voz de alguien que planeó fríamente nuestra muerte, como un negocio más. Resultó ser un canalla del tipo viscoso. Sus protestas de inocencia eran insultantes: “Pero, Sofía, ¿tú crees que soy idiota?”. Ella llegó a decirle: “Si a él llegara a pasarle algo, yo misma declararé contra ti”. “Ay, Sofía, estás obcecada”, fue lo último que dijo el infame. Cuando terminó de hablar nos abrazamos otra vez. “¡Qué mal lo he pasado, cielo!”. “¡Anda que yo!”.

Llamé a Joaquín para contárselo todo. Quería vernos, y pasó por casa a la salida de la Facultad. Al ver a Sofía se abrazaron emocionados.

Sofía ha crecido. Yo también he crecido; de su sufrimiento, sus luchas y sus gozos, deduzco ahora algo que antes se me escapaba, algo profundamente humano. Ella se parece cada vez más a un espejo en cuyo fondo adivino la misma fragilidad, el mismo anhelo de felicidad, la misma humanidad atormentada y gozosa que es mi propia existencia. Humana al fin, la diosa que es una cerda habita a mi lado.

26 de Diciembre

Es ya de noche. Acabamos de llegar a casa. Después de la odisea del lunes, decidimos aprovechar las vacaciones para descansar un poco, y el martes por la mañana cogimos el coche y no paramos hasta avistar el Mediterráneo. No sé que tiene este mar nuestro que siempre me pacifica y relaja; hemos pasado unos días deliciosos, tomando el sol, leyendo, comiendo y haciendo el amor. He aprovechado para ponerme al día de lecturas, y he dejado descansar al diario. Sofía ha empezado a estudiar inglés; quiere recuperar sus estudios, y el próximo curso se matriculará de COU.

Hemos tenido mucho tiempo para hablar. Me contó por ejemplo las impresiones de su experiencia con Rosa el otro día. Las relaciones lésbicas no son nuevas para ella, porque tenía una amiga de pequeña que era una loca de mucho cuidado y cuando tenían catorce años se empeñó en que estaba enamorada de ella. Esta chica se llamaba Olga, y llegó a convencer a Sofía de que se vieran alguna vez a solas, aunque la cosa no pasó de algunos besos y magreos. Sofía recuerda aquello como una experiencia agradable. Ella quería mucho a esta chica y le parecía que era atractiva, con lo que todo resultó una bonita experiencia de placer compartido. Con Rosa le pasó un poco lo mismo.

—Pero, ¿qué te gustan más los tíos o las tías?

—Es que es muy distinto. Con otra mujer es todo más dulce, y es una experiencia como más normal, aunque puedes tener unos orgasmos de campeonato. A mí me recuerda mi primera experiencia sexual, que fue con Olga, es todo muy suave, como más sencillo. Con un tío es distinto. Te impresiona más su cuerpo, y te sientes más metida en un rollo raro; piensas que te puedes quedar preñada...

—Entonces es más intenso.

—No, jolín, es una intensidad distinta.

Sofía ya sabe que escribo este diario; lo lee y me hace sugerencias. Ya lo sospechaba, pero al leerlo, se ha dado cuenta de que mi pasión por las tías no es una cosa normal. “Tú necesitabas un harén”. No le importa que otras mujeres me gusten. No le importa incluso que folle con ellas, aunque a ella le gustaría participar en la acción, como cuando estuvimos con Isabel nuestra primera noche. Donde su amor por mí pone el veto es en que yo las quiera más que a ella, que prefiera estar con otra a estar con ella. Yo le he dicho que en ese sentido puede estar completamente segura. Por lo que respecta a ella, dice que le basta con su relación conmigo y que no se plantea nada con otros tíos. Para hacer una cosa simétrica, le dije que no me importaría que lo hiciera con otros en plan esporádico, como entretenimiento libidinoso. Ella respondió que para que le apeteciera el tío “tenía que estar de bueno...”. En la piscina yo le señalaba tíos macizos: —¿Y ese qué? —¡Bah! ¿Y ese qué? —¡Bah! ¿Y ese qué? —¡Hummm! Ella me cantaba las titis ricas: “Carlos, culo a estribor”.

Sofía ha llamado a su madre por teléfono. La relación con ella se ha normalizado, y las dos quedaron muy contentas; sobre todo su madre cuando supo que había roto con Juan. La situación de la madre de Sofía es delicada; lo pasa mal viviendo con su padre, pero no quiere separarse de él. Han quedado de verse en O. Hemos conocido a un matrimonio alemán encantador: Johann y Julia —léase Yulia—.



• PAREJAS

Vivas, comatosas o muertas.

Pareja viva.— Hay amor, hay sexo, hay problemas, hay que buscar soluciones. Una buena opción.

Pareja comatosa.— Hay amor, el sexo agoniza —sórdidos polvos conyugales—, a veces hay niños, hay angustia. Terapia o ruptura: si no, pasamos al estadio siguiente.

Pareja muerta.— Hay odio, ya apenas hay sexo. El infierno.

Johann y Julia son una pareja de guiris; altos, rubiotes, él como cuarenta y pocos años; ella treinta y nosesabe; en seguida nos hicimos amigos en la piscina; él y yo en inglés, Julia y Sofía en español —Julia es profesora de español allá—. Él tiene un gesto adusto de persona seria. Ella siempre intenta ser amable. *Vestida es sólida, una hembra aria apta para la reproducción. En traje de baño es más sólida todavía. Amplias caderas, pechos grandes, amplia sonrisa, nariz perfecta, ojos de un azul frío que esconde algo, gloriosamente rubia.* A la legua canta que son una pareja comatosa; sólo hay que ver las miradas que él no quiere echar a Sofía cuando ella se levanta para ir a bañarse; los silencios helados de ella. Han dejado allí a los niños con los abuelos, y han venido aquí buscando algo que no han encontrado; eso parece. Son una gente estupenda. Sofía y yo hablamos mucho de ellos; está claro que están encallados en la rutina.

La idea fue mía, y lo primero fue convencer a Sofía, que no estaba muy por la labor. Necesité todas mis dotes de persuasión. De todos los registros del sexo, aquí se trataba del más lúdico y sencillo; sin contraindicaciones, sin complicaciones. Costó, pero al final aceptó.

Aquella misma tarde en la cafetería, Johann y yo hablábamos de sexo —él ponía una cara horrible de falso Don Juan para hablar de esto, y estaba ya un poco chispote—. Le expuse mi teoría: hace falta echarle imaginación... “Por ejemplo, no te parece que Sofía

es encantadora. Pues a mí Julia me está volviendo loco. Es un tipo de mujer que no resisto. ¿Qué mal hay en que un día nos confundamos de cama? ¿Por qué no hablas con ella?” — se lo dije poco a poco, en un tono intrigante y libidinoso de confianza a un amigo—. Me miró asombrado; no sabía si me estaba burlando de él. “Mira, Johann, si esto te parece una monstruosidad, lo olvidamos, pero yo creo que es una buena idea”. Se quedó pensativo. Me temo que sus neuronas lubricadas por el alcohol estaban trabajando frenéticamente; preguntó: —“¿Sofía está de acuerdo?”. Le respondí con un movimiento de cabeza. Siguió pensando un rato y respondió: —“Bien, yo estoy también de acuerdo, pero hay que convencer a Julia”. —“¿Quieres que hablemos de eso? Puedo darte alguna idea”. —“No te preocupes, sé lo que tengo que decirle”. Se levantó e iba a marchar; le agarré por el brazo. —“Si ella está de acuerdo, llámame y vamos a vuestra habitación”. —“OK”.

Esperé un rato, bajó Sofía, tomamos algo, y de repente llegó el camarero con el teléfono: “OK Carlos, she agrees. We wait for you”. Le guiñé un ojo a Sofía. “Vamos”.

Arriba la cosa estaba fea. Me dio la impresión de que Johann había recurrido a algún chantaje sórdido para convencer a Julia. Ella estaba afectada, nerviosa y guapísima. Sofía y yo habíamos decidido que ella cortejaría directamente a Johann, y yo a Julia —política de hechos consumados—, así que tras entrar y saludar a Johann, yo ya sólo tuve ojos para Julia, a la que dediqué el galanteo más elegante de que fui capaz.

—Estás preciosa, Julia, preciosa de verdad.

—Kgacias. Eges muy amable. (Sonríe levemente, pero se ve que está tensa). No sé si voy a poder, Carlos. Esto es muy difícil para mí.

—No pasa nada, Julia. Si quieres lo dejamos. No pasa nada; pero hay una cosa que quiero contarte. Llevo dándole vueltas

desde que nos conocimos. Pensarás que es una tontería, pero para mí es importante que lo sepas.

—(Me mira extrañada). Cuéntame.

—Mira, es una historia un poco vieja. El caso es que yo de pequeño solía pasar temporadas en Barcelona. Allí vivía cerca de la Estación de Francia, y pasaba muchas veces enfrente de ella. Recuerdo una vez que una chica alemana que acababa de llegar a la ciudad me preguntó en inglés por una dirección. Yo le expliqué lo que sabía lo mejor que pude, pero sólo tenía ojos para ella. Era rubia, de ojos azules. Me pareció el ser más espiritual y perfecto que había visto en mi vida. Pensarás que soy idiota, pero aunque no volví a ver a aquella chica, su recuerdo me obsesionó durante años. (La historia es verdad y se la cuento con el corazón en la mano. Ella parece notarlo, porque veo que me mira con simpatía). Julia, no sé que vas a pensar de mí, pero cuando te vi por primera vez en la piscina, me pareció que tú podías ser aquella chica. Tienes el mismo gesto dulce, los mismos ojos.

—Yo nunca he estado en Barcelona.

—Hubiera sido demasiada casualidad, pero de alguna forma al mirarte no puedo dejar de pensar que eres tú. Mis ojos, mi corazón me dice que eres tú. (Le cojo tímidamente una mano). Julia. Juraría que eras tú. (Le acaricio el rostro).

—(Me mira tiernamente, y comprendo que está todo hecho). Eres un tonto... encantador.

La besé, y aunque apenas respondió a mi beso, estaba convencido de que la cosa iba bien; empecé a acariciarla. Me di cuenta de que Sophie y Johann también se estaban besando en el sofá.

Julia dejaba hacer y yo hice. Desabroché su camisa, y desnudé sus pechos por encima del sujetador. Se derramaron blancos como la leche, con venillas azuladas alrededor de las areolas de un rosa clarísimo. —“Tienes unos pechos preciosos”. —“Tenía. Los niños. Ya sabes...”. —“No. Son preciosos”. Le desabroché el sujetador. Colgaban levemente con los gruesos pezones erguidos. Me

sumergí en su dulzura; mordisqueaba uno y sujetaba el otro con suavidad; luego bajé la mano al vientre suave y cálido. —“Por favor, déjame desnudarte”. Se puso de pie, y le bajé el pantalón. Besé su trasero a través del encaje de las bragas; luego lo hice surgir entre mis manos. Mientras se quitaba las bragas, me puse de pie y me desnudé. Nos abrazamos y nos besamos. Mi miembro palpitaba contra su vientre.

Nos tumbamos en la cama, y ella empezó a descapullarme con un entusiasmo que se transmitió a mi pene. El hielo estaba completamente roto. Me concentré en su trastienda. —“¡Te gusta pog atgás, eh!”. —“Es que tu trasero me vuelve loco”. No parecía importarle. Lubiqué su esfínter con saliva, y le dije que se pusiera sobre mí de espaldas. Con su ayuda la verga entró fácilmente en el ano amplio y rosado, custodiado por pelillos rubios. Era la maravillosa postura de la enfadada; ella cabalgaba como una valquiria borracha y yo mientras tanto sujetaba sus amplias nalgas que azotaban mi vientre. En el sofá Johann besaba extático las nalgas desnudas de Sofía, que masturbaba su todavía incipiente erección.

Al cabo de un rato en esta posición, Julia empezó a chillar; embestía cada vez más fuerte, y retorció la popa desafiando sin miedo la galerna. Me incorporé apoyándome en el respaldo de la cama y pude alcanzar su arca de la alianza, que estaba encharcada; jugué con las ninfas y empecé a masajear frenéticamente el clítoris. Cada vez gritaba más; sus gemidos eran desesperados, de loca. Johann no dejaba la trastienda de Sofía, pero parecía afectado por lo que estaba ocurriendo en la cama; nos miraba cada vez más frecuentemente con una mirada terrible. Entonces, volqué a Julia hacia atrás y le abrí las piernas; con lo que ella tuvo que apoyarse en la cama. La tenía sobre mí y no dejé de bombear su culísimo, pero me giré un poco para enfilar a Johann y abrí para él la almeja de su mujer, que empezó a gritar agónicamente: “*Mein Gott, Johann, bitte!*”. Él se abalanzó sobre ella y la penetró salvajemente, aunque su erección no era aún gran cosa. Sentí su cimbel flácido en-

durecerse y revolver enfebrecido en la habitación de al lado. Se abrazaban y chillaban los dos.

Aquello ya no iba conmigo, pero me concentré deportivamente en un bombeo que pareciese desesperado de la prodigiosa retaguardia de mi valquiria. Amasaba sus nalgas; las cerraba y abría haciendo ocultarse y asomar la areola rosada, como una diana con un dardo clavado. Julia ya estaba saciada, y ahora sólo besaba a Johann que todavía jadeante estaba a punto de correrse entre las alas rosadas de su mujer. Eyaculó entre gritos, mientras ella le acariciaba el escroto. Sofía nos miraba asustada desde el sofá: “¡jolín, qué número habéis montado!”

Nos vestimos, nos despedimos y los dejamos abrazados en la cama.

Nos vimos para cenar, pero no volvimos a sacar el tema. Hablábamos con la confianza de viejos amigos que han pasado muchas juntos. Sólo cuando nos despedimos, tras los besos y promesas de visitas, Julia, en un aparte, dijo muy cariñosamente a Sofía: “¡Kgracias, cielo, nos habéis ayudado mucho”.

Estos días Sofía ha hecho sus pinitos como escritora. Está empeñada en participar en este diario con algunas experiencias de cuando era cría, y lo ha pasado bárbaro dando forma a sus recuerdos. Creo que es la mejor discípula que podía haber soñado.

He puesto sus textos a continuación. El primero es un cuento digno del *Decamerón*; los otros dos son una crónica del despertar al sexo que a pocos puede dejar indiferentes. Yo sólo he tenido que retocar un poco el estilo.

• EL BALANO

Las mariposas también lo hacen. Poco a poco, todas las niñas de la pandilla nos fuimos iniciando en los misterios de la vida. Por supuesto que intercambiábamos información. No hay que fiarse; unas chiquillas angelicales pueden estar hablando en el patio de un colegio de las cosas gordas que tienen sus novios, y del gustísimo que les da cuando se las ponen en sus rajitas. Elena era la más retrasada, y siempre estaba intentando poner la oreja cuando hablábamos de esto, pero nos tenía fritas con sus aires de superioridad, y nadie le decía nada. Cuando empezó a salir con Juan, un hermano de Olga, se puso más insoportable todavía. Entonces, Olga hizo un plan, y un día que estábamos hablando y se acercó Elena, seguimos hablando.

—¿Y tú se lo quitaste?

—Claro. Si no, puede hacerte muchísimo daño. Son todos unos frescos.

— Pues un día Pedro se puso uno gordísimo y no se lo quería quitar, pero se lo quité yo.

—¿Cómo?

—Desenroscándolo.

—Y, ¿dónde los compran?

—En las tiendas esas que venden guarrerías

—¿Las sex-shops?

—Eso.

—¿De qué estáis hablando?

—De lo brutos que son los chicos. Ya vas a ver tú con Juan.

—Pero, ¿qué hacen?

—Pues para cuando estás con ellos se ponen en la punta de su cosa un cacharro de goma muy gordo para hacerte daño y que parezca que la tienen más grande cuando te la ponen en la rajita.

—Y vosotras, ¿qué hacéis?

—No vale de nada discutir. Lo mejor es que se lo quites tú.

—¿Cómo? ¿desenroscándolo?

—Sí.

El resto de la historia se lo contó Juan a Olga unas semanas después:

—Oye, ¿esta Elena es tonta, o qué? El otro día estábamos juntos en el desván, y nos desnudamos. Y resulta que en cuanto me vio la polla empezó a murmurar, me agarró el capullo y se puso a darle vueltas diciendo que quería desenroscarlo.

—Es que es un poco rara.

—Jolín, y yo venga a decirle que una polla es así, y ella que no. Tuve que ir por una revista porno, y enseñársela, y seguía diciendo que los chicos que aparecían en la revista eran todos unos frescos.

—Jolín.

—Sólo se convenció cuando le enseñé el libro de la vida sexual, ese que tienen papá y mamá escondido en su dormitorio.

—¿Y entonces qué hizo?

— Se puso a llorar y a repetir: ¡Brujas, brujas!, y me hizo prometerle que no se lo diría a nadie.



• MI PRIMER ORGASMO

Desde pronto te das cuenta de que la rajita no es una cosa normal. Vamos, que no es como las otras partes del cuerpo. No es sólo que sea un sitio cochino; por el pis y al lado del culito; son todos esos vericuetos complicadísimos que hay ahí. Cuando empecé a bañarme sola, tenía curiosidad, y solía mirarme con el espejo que tenía mamá para depilarse las cejas. Algo raro pasaba con la rajita; sí, estaba el agujerito del pis, pero había muchas cosas más; había unos labios gordotes, y una especie de botoncito, envuelto en un capuchón rarísimo. No sabía para qué servían todas esas cosas. Allí había gato encerrado. Además esas manipulaciones me ponían como nerviosa; eran excitantes. Yo no sabía por qué me gustaba tanto tocarme por ahí.

Un día en clase de gimnasia, al bajar la cuerda de prisa con las piernas enroscadas alrededor, me dio como un calambre muy raro en la rajita. Era como un gusto muy fuerte. Se lo conté a Olga toda asustada:

—Boba, lo que pasa es que has tenido un orgasmo.

—¿Un queeeé?

—Jolín, eres boba; ¿es que tú no te acaricias la rajita por las noches?

—No. (Mentí por que me daba mucha vergüenza hacer una cosa tan cochina).

—Pues eso es normal. Es el gusto que se siente cuando estás con un chico.

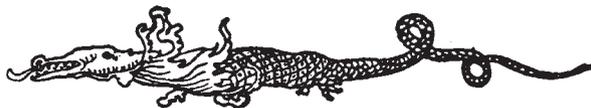
Claro. Los chicos estaban involucrados; ya me lo imaginaba yo. Ellos no tienen rajita. Yo lo sabía porque había visto a mi hermano en la ducha una vez. Tienen una cosa rara con pelos alrededor. Poco a poco me fui informando de la compleja realidad, y empecé a acariciarme la rajita, imaginando que un chico muy guapo ponía su cosa rara allí. Eso me excitaba.

Pobres amantes míos, siempre preocupados por mis orgasmos, como si fueran la cosa más importante del mundo. Pobre

Carlos, que cada vez que no consigue que encadene orgasmos agarra unas depresiones de morirse —eso no lo cuenta en el diario el muy sinvergüenza—. Resulta, bobos, que mi primer orgasmo, fijaros bien, “mi primer orgasmo” nada menos, me lo dio una cuerdota fea de un gimnasio; eso sí, con la complicidad del señor Newton.

Ahora sé que todas aquellas sensaciones extrañas son solamente un truco de la naturaleza para que se produzca la reproducción sexual. Carlos me lo explicaba el otro día. A nosotros pueden mandárnoslo por decreto—ley o por un mandamiento de la Iglesia, pero si no existiera ese gusto, los animales normales no se reproducirían. Vamos, que al final resulta que todas esas cosas que yo hacía son en realidad muy importantes para la especie. Fíjate tú, y yo pensando que era simplemente una cochina.

Luego vino la historia del desarrollo, ¡vaya rollo el desarrollo! Resulta que era importantísimo desarrollarse, y nada más que Pepi vino toda orgullosa haciendo como que no quería enseñarnos su paquete de compresas, todas preocupadas por cuándo nos desarrollaríamos, con el miedo de no desarrollarnos y quedarnos para siempre como unas cosas esmirriadas que no sirvieran para nada. A mí empezó a crecerme primero una teta. —“Mamá, ¿hay mujeres con una sola teta?”. —“Esta cría es boba”. Luego por fin empezó la otra y alcanzó a la primera. —“Mamá, ¿por qué no me viene la regla todavía? —“Espera boba, ¿qué prisa tienes?”. También me habían crecido unos pelos gordos y rizados encima de la rajita. Por fin me vino la regla y pude llevar por fin mi paquete de compresas en el bolso. Allí empezó otra historia.



• EL AGUJERITO RARO

Olga era una elementa de mucho cuidado. Una tarde que se había quedado sola en casa, nos invitó a merendar a las tres chicas de la pandilla. Nos preparó un chocolate riquísimo con pastas, y luego fuimos a su habitación y nos pusimos a charlar como cotorras; de chicos, claro. Ella llevaba la voz cantante y nos explicó con todo detalle todas las guarradas que hacía con su novio. Al rato de estar en la habitación, yo empecé a encontrarme un poco rara; todas las cosas que Olga decía me parecían graciosísimas, y no podía parar de reírme; además, estaba como excitada. Notaba que a las otras chicas les pasaba igual. Olga estaba como un demonio: “a mí lo que más me gusta es chupársela mientras el me acaricia todo lo de abajo. Si vierais como se le pone de dura; parece que le va a estallar..., pero nada, yo venga a restregar la cabezota con la lengua para que suelte ese líquido pringoso tan rico que les sale antes de correrse... Y no lo trago; lo voy dejando todo en la boca hasta que la tengo toda pegajosa, y entonces saco su cosa y me pongo a hacer pompas para que él las rompa con la lengua”. Nos parecía graciosísimo. Estábamos como locas.

Olga estaba sentada en la cama y llevaba unas falditas cortas. En ese momento se las levanto y vimos que no llevaba nada debajo y que se había depilado completamente el coñito. A todas nos dio un ataque de risa contagiosa. “Callad, jolín; parecéis bobas. Ay chicas, estoy preocupada. Esto va en serio. Me parece que tengo la matriz abierta”. Todas nos quedamos mirando para ella como bobas. —“Anda, ¿por qué dices eso? ¿qué es lo que notas?”. —“Cuando voy a tener la regla me duele mucho”. —“Pero eso es normal, a mí me pasa también, y mamá me dijo que no tiene importancia”. Ella empezó a acariciarse la rajita, abriéndose los pétalos morenos y grandísimos. —“Pero yo me he estado tocando y me parece que tengo un agujerito raro que puede ser una enfermedad. Lo he estado mirando en los libros de papá. Lo que pasa es

que yo casi no llego para tocármelo. Anda Sofía, tú que tienes los dedos más largos, mira a ver...”

Ya no nos reíamos. Nos había entrado como una preocupación rara. Yo le metí un dedo por la vagina tímidamente; me excitaba muchísimo. “No, boba, mete dos dedos. Así...”. Y hacía un movimiento indicándome. Dos dedos entraban justito. Era un tacto cálido y sedoso que me gustaba. Ella y yo ya habíamos practicado aquel juego. “No ves un bulto al final por la parte de arriba”. Hurgué más, y aunque no llegaba hasta el fondo, me pareció que había un bulto que sobresalía. Olga me dijo toda preocupada. “¿A que tiene un agujerito en el medio?”. Palpé con cuidado; casi no llegaba, pero en medio del bulto me pareció que había una especie de surco pequeño atravesado. Se lo dije y se puso toda preocupada. —“¡Ay, mamina! Van a tener que operarme para cerrarlo”. —“Pero, chica, eso debe ser normal. Es el agujero para comunicar el útero y la vagina”. —“Pues a mí me parece que no, ¿a que vosotras no lo tenéis?”

Es lo que estaba buscando la muy golfa. Pero nosotras estábamos tan excitadas que sólo queríamos una disculpa para desmovernos. Primero me desnudé yo y, todas por turno, lubricando los dedos con saliva, comprobaron a duras penas que yo también tenía el dichoso agujerito. Al final ya no hacía falta la saliva. “Ah, pues sí, debe ser normal”, dijo Olga más tranquila. Sandrina, que tenía los dedos cortos decía que ella no notaba nada. Aquel masaje me estaba poniendo cachondísima, pero me daba vergüenza decirlo. “Venga, vosotras dos, desnudaros, que vamos a ver si lo tenéis también”. Sandra y Silvia sólo necesitaban esta sugerencia para despelotarse.

Mientras tanteaba en el canal de Silvia, Olga empezó a decir que se estaba poniendo a cien, y que quería correrse. Se puso a cuatro patas, y nos repartió trabajo a todas. Silvia la penetraba con los dedos; yo desde abajo, le acariciaba el clítoris, y Sandrina se dedicaba a frotar con fuerza la piel morena de alrededor del ano.

Olga empezó a chillar como una loca; no paraba de gritar: “¡Ay, qué gusto tan grande me da en la rajita!”, y se corrió varias veces. Después nos besó muy cariñosa, y dijo que quería que todas probáramos lo mismo. Aceptamos encantadas, y una tras otra pasamos por la mesa de operaciones.

El ejemplo de Olga nos animaba a disfrutar, y poco a poco nos fuimos soltando a jugar con los cuerpos de las otras. Cada vez estábamos más excitadas. Compartíamos las intimidades de nuestro cuerpo, y nos parecía que estábamos descubriendo algo maravilloso. Allí aprendí lo diferentes que pueden ser las rajitas. La más impresionante era la de Olga, que tenía unas ninfas enormes y morenísimas, sobresaliendo a lo largo de toda la rajita. Yo también las tengo grandes, pero son más claritas, y además no sobresalen tanto. Silvia lo tenía todo rarísimo, con unas ninfas que eran muy largas al lado del clítoris, y luego pequeñitas más abajo. Sandrina, la pobre estaba toda acomplexada de sus ninfas pequeñas, pero sin embargo, tenía el surco del culito profundísimo, y alrededor del agujero tenía una círculo rosado grandísimo y precioso, que todas le alabamos mucho para que no se deprimiera, la pobre. Cuando ya estábamos cansadas, y quedamos otra vez hablando relajadas sobre la cama, Olga nos confesó que todo había sido un montaje. “Chicas, tenía tantas ganas de organizar una orgía lésbica con vosotras. He leído en un libro que esto que hemos hecho se llama así. Tengo que contaros una cosa: al chocolate le eché una china gorda de costo que el otro día le robé a mi hermano mayor. Una vez que estaba hablando con sus amigos y yo les escuchaba sin que se dieran cuenta, oí que decían que eso se llama chocolate al cuadrado, y que es una cosa flipante del todo. ¿Verdad que lo es?”



30 de Diciembre

Ayer al mediodía cuando entré en el portal, había un hombre que aparentemente estaba esperando el ascensor. Le di los buenos días y me puse a su lado. No respondió nada, y en ese mismo momento se volvió hacia mí. Era un hombre malencarado, de mediana edad, moreno, de anchos pómulos; su mirada fría daba miedo. Me señaló con el dedo y me lanzó estas palabras: “si no dejas en paz a la chica, estás muerto, cabrón”. Me quedé mirando fijamente para él sin articular palabra. Entonces, dio media vuelta y se marchó musitando: “estás enterado”. Cuando llegué arriba no sabía bien qué hacer. Por supuesto, no le conté nada a Sofía, y la crónica de este día no la pienso pasar de momento al ordenador, para que no pueda leerla. Toda la tarde estuve dándole vueltas al problema. Al principio pensé en avisar a la Policía, pero una llamada telefónica a G., un viejo amigo que es comisario de Policía, fue desesperanzadora; tipos como Juan parecen tener patente de corso en este mundo nuestro. Si él llegara a hacerme algo, tal vez la pesada maquinaria de la ley se dignaría ponerse en movimiento. Por la noche tomé una decisión dura; me puse en contacto por teléfono con dos viejos conocidos de cuando hice la mili de alférez en Madrid, dos jóvenes gitanos que piensan que me deben la vida porque en su momento les libré de un consejo de guerra. Cuando se despidieron de mí en Campamento me hicieron un ofrecimiento muy claro y que parecía absolutamente sincero. Tras la alegría que nos produjo volver a hablar, y saber de nuestras vidas, me ofrecieron datos precisos y preciosos. En el mundo gitano hay una gran sensibilidad con el tema de la droga, y esta gente no se anda con bromas. Hoy he hecho un viaje relámpago a Madrid para conocer a una persona a la que ellos me encaminaron. Me ha cos-

tado mucho dinero, pero el éxito ha sido completo. Hoy mismo Juan recibirá un mensaje inequívoco. Mi vida está indisolublemente unida a la suya.



31 de Diciembre

S alimos a celebrar la nochevieja. Antes de cenar me tocó esperar sólo en un viejo café de G. Un cuarto de hora en la grata compañía de un biter Kas me permitió estudiar un pequeño muestrario de humanidad despreocupada en el fin del segundo milenio. Me temo que no teníamos muy buen aspecto: gestos aprendidos para expresar emociones aprendidas, heredadas, que se transmiten como enfermedades en la infancia, porque los niños no sólo aprenden las palabras de sus padres; aprenden las frases, los gestos, y los criterios y valores que estos expresan. Buscaba afanosamente en aquel tumulto alguien bello; alguien vivo cuyos ojos no expresaran la derrota, el sometimiento; alguien capaz de descifrar enigmas y redimir al azar; capaz de crear belleza y regalarla desinteresadamente; pero me temo que buscaba inútilmente; sólo veía cadáveres helados sobre las frías losas de mármol.



5 de Enero

Día tranquilo. Vacaciones. Sofía estudia inglés con los cascos puestos. Nieve en las cimas de la sierra. Fue providencial que comenzara a escribir este diario justo cuando mi vida empezó a cambiar; es así una crónica de mi transformación. Sin embargo, ahora que los días empiezan a repetirse, he creído que era inútil intentar escribir algo nuevo cada día. La relación entre Sofía y yo ha cambiado. Nos queremos de una forma más serena, follamos menos, y creo que ella está empezando a perderme el respeto. Esto me gusta; yo siempre he necesitado alguien a mi lado que me quiera y me aconseje, y ella ha asumido ese papel, dejando a un lado su admiración absurda del principio:

—¡Jo, Pichu, venga! Vamos a dar un paseo.

—Nooo, Pichu, no me apetece; estoy aquí leyendo tan tranquilo.

—Venga, vístete que ya llevas todo el día leyendo. Vas a enfermar.

—Bueeeeno.

Y al final siempre resulta que ella sabe mejor que yo lo que yo quería hacer. Pichu es nuestro nombre íntimo; empecé yo llamándola Pichurrina, y ella siguió llamándome Pichurrín. Al poco tiempo, los dos nombres se habían abreviado al delicioso Pichu que usamos en la intimidad. Y no tan en la intimidad; el otro día, Joaquín me decía a solas todo escamado: “¡Joder, qué es ese cuento de Pichu parriba y Pichu pabajo que os traéis?”

Ya sé qué es lo que Sofía más desea en este mundo. El otro día estábamos sentados viendo una película en la televisión —una historia tierna con un niño de por medio—, y se le escapó de repente durante los anuncios.

—¡Ay, Pichu, si pudiéramos tener niños!

—(Le cogí la mano). Pero podemos, claro que podemos. (La miré y vi que ponía cara mustia. Sé lo que pensaba; ella no confía demasiado en que lo nuestro pueda salir adelante; ve demasiadas sombras alrededor. Intenté desviar un poco el tema). Te gustan mucho los niños, ¿verdad?

—(Se apretó contra mí). Nada desearía más que tener un niño tuyo.

—Lo tendremos, seguro. No te preocupes.

En nuestra vida hay una sombra. No sabemos cómo va a reaccionar el animal de mi cuñado. El quiere mucho a Sofía, y yo se la he quitado. Eso es todo lo que cabe en su cabeza. Un hombre que maneja los destinos de decenas de mujeres, sólo tiene ojos para una, y ha tenido que coincidir que esa sea la mujer a la que yo amo. ¡También es desgracia!

Hemos salido un par de veces con Joaquín, que va a ser vecino nuestro cualquier día de estos. Rosa y Cristina se han ido una semana a Tenerife.



8 de Enero

Regreso a la rutina de las clases. Sofía también empieza hoy a ir un par de tardes a la semana a clase de inglés. Ha cogido este tema muy en serio porque le da rabia no poder leer muchos libros de la biblioteca que le parecen interesantes.

♣ FELICIDAD CONYUGAL

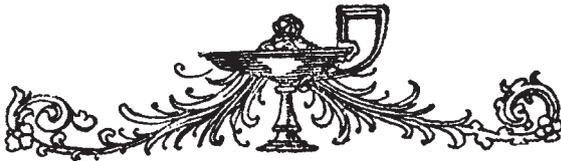
Una sola carne. Yo soy una persona difícil. Mi trato cotidiano está lleno de aristas, egoísmos. Es la herencia de los años solitarios; estoy poco acostumbrado a transigir, y a veces digo cosas que luego no quisiera haber dicho. Sofía ha sabido encontrar el tono perfecto para que estas voces mías que odio se pierdan como pequeños ríos tortuosos en el mar de su sonrisa. La sonrisa de Sofía es mi mayor tesoro, las caricias que me regala inconscientemente me llegan al alma. Cuando su ternura se vuelca sobre mí, siento que podría morir de dicha. Por primera vez en mi vida, un deseo se abre camino contra todas las dificultades, contra todos los egoísmos de la vida cómoda, que en su vientre crezca mi semilla y nuestra carne se prolongue en un hijo. Saber que a ella esto también le gustaría me hace feliz.

En el instituto, Gonzalo me interpela en un pasillo. —“Oye, enhorabuena eh, que te vi el otro día por la calle amartelado con una chiquilla preciosa. Me quedé mirando para ti, pero tú como si nada. Sólo tenías ojos para tu bomboncito”. —“Perdona, chico, me temo que he regresado a los quince años”.

Las mujeres hermosas que veo me producen una sensación que es bastante extraña en mí, siento como si su belleza no fuera conmigo. Sigo deleitándome con la sonrisa de una cría que me mira en clase, o con un culito que se desliza orgulloso por la calle,

pero ello no va unido al deseo irrefrenable de poseerlos, de gozarlos; me gustaría que su belleza fuese la raíz de una felicidad serena y profunda como la que yo siento.

En otro orden de cosas, Joaquín hizo su mudanza ayer. Ya lo tenemos en la puerta de enfrente de la escalera, y cada poco aparece por aquí a dar la coña. “Oye, ¿tenéis una escalera?”. “Oye, ¿tenéis una broca de madera del siete?”. Estamos encantados. Le he ayudado con el bricolaje, y por poco nos peleamos un par de veces. “¡Pero agarra por ahí, hombre! No ves que se cae”. Exactamente igual que cuando teníamos quince años.



13 de Enero

Hoy por la tarde, mientras Sofía estaba en clase, Joaquín pasó a verme y hemos tenido una larga conversación. Me contó su vida. Ha decidido dejar de perseguir a Cristina.

JOAQUÍN.— Me gusta con locura, pero es una mujer..., no sé..., demasiado volátil. Aparte de ese matrimonio a prueba de bombas con Rosa, da la impresión de que todo le da igual...

YO.— ¿Te das cuenta de una cosa? ¿Recuerdas aquellas conversaciones que teníamos nada más llegar tú de París? Teníamos las ideas clarísimas, ¿no?, el matrimonio era la gran claudicación.

J.— Sí. Eramos una especie de lobos solitarios de la pradera; personajes de western.

Y.— La única diferencia es que en vez de ser cazadores de cbelleras, éramos cazadores de coños. Y fíjate ahora. De mí ya mejor no digo nada; pero *tu quoque* lamentándote de que la Cristinita no sea una chica como Dios manda. Me ha llegado al alma.

J.— Bueno, yo creo que es que nosotros en realidad perseguimos la mujer perfecta, una especie de ideal femenino, y mientras aparece y no aparece nos entretenemos con lo que haya a mano.

Y.— Pero no es eso lo que pensábamos entonces. Yo sé de uno que dijo una frase gloriosa sobre el tiempo que pasa uno follándolas, etc. Estabas equivocado entonces o lo estás ahora.

J.— No sé. Me pones en un aprieto. —Se queda pensativo—. Yo diría que hay tres grados de felicidad sucesiva: mal casado, libre y bien casado. Del mal casado no hay dudas, ¿no?, pero los matices entre libre y bien casado son sutiles.

Y.— En principio puede tener más sexo y más variado el libre.

J.— Sí, pero el bien casado tiene una relación afectiva preciosa que unida al sexo con una mujer que merezca la pena, creo que hace que se lleve la palma.

Y.— Estoy de acuerdo contigo. (Recuerdo en este momento mi disquisición al principio de este diario sobre la mujer perfecta y me avergüenzo. Veo simplemente que trataba de justificar a la desesperada lo que era mi forma de vida entonces. Algo de razón podía tener en cuanto que yo disfrutaba entonces intensamente del sexo, y una pareja normal hubiera roto con aquello. El problema es dar con la mujer adecuada). Yo siempre he dicho que el matrimonio es como el terrorismo; contra una mujer que lo merezca está justificado, pero son casos excepcionales.

J.— Tu caso está claro. Has tenido la suerte de dar con una cría que es una ricura; es guapa, tiene buen carácter, lista; lo tiene todo. Convivir con ella tiene que ser una maravilla.

Y.— Lo es.

J.— Tu único problema es que tú eres un salido de mucho cuidado, y Sofía te va a cortar las alas. ¿Cómo lleva lo de la pornoteca?

Y.— Mira, el problema es dar con una mujer que te acepte como eres. Y en ese sentido Sofía es perfecta. Ella ha descubierto con su intuición algo que yo después de leer toneladas de psicoanálisis no tenía del todo claro. Lo mío con el sexo nace de un trauma infantil. A mí puede costarme reconocerlo, pero es así. Eso no significa que luego no seas una persona muy adulta y muy todo lo demás, pero lo que hace que te pongas bien tiene su raíz en la tierna infancia. Sabiendo eso, la solución no es complicada. Ella sabe que la quiero y que me vuelven loco los coños, y que esas dos cosas son compatibles e incluso complementarias. No hay problema. Vemos vídeos juntos y lo pasamos bárbaro. Ella sabe que ocho años de curas tienen que dejar alguna secuela.

J.— ¡Joder, qué suerte has tenido, cabrón!

Y.— Nada, nada... La suerte hay que buscársela.

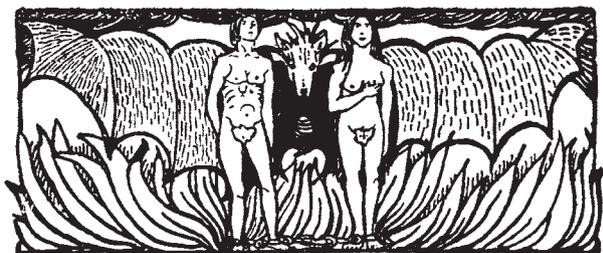
J.— Pero es que yo no me la encuentro.

Nos reímos como tontos de la anfibología. La cuestión está clara, encontrando a Sofía he tenido más suerte que si fuera

bueno. Pero también es cierto que con una mujer que valiera menos que Sofía o que fuera menos tolerante con mi forma de ser, preferiría otra vez la vida errante del nómada sentimental. Añoro a aquel ser extraño que yo era cuando empecé a escribir estas líneas, aquel beduino sobre un fático camello que atravesaba velado el desierto entre un horizonte de dunas. Sólo perseguía entonces el fugaz abrigo de un cúnico oasis en el que pasar la noche y descansar —aquí fugaz visión de una hoz de plata segando las palmeras—, para emprender otra vez el camino con el claror del alba.

La reflexión anterior me ha hecho pensar sobre la trascendencia de las cosas muy pequeñas, la importancia de las fluctuaciones, que es al final la importancia del azar. El problema nace cuando hay que tomar opciones dicotómicas. Una, al hilo de lo anterior es esta: conocemos a una mujer que nos resulta atractiva, y debemos enamorarnos o no enamorarnos. ¿Dónde está el listón? En cualquier sitio que esté, la frontera entre el sí y el no siempre será un terreno de duda en el que cualquier detalle minúsculo puede desviar la balanza en un sentido o en otro. Cuando uno es joven y le va la marcha, un gesto, una frase, una insignia del Betis, cualquier cosa puede llegar a provocar un fatídico enamoramiento. —¿No es terrible? Una insignia del Betis puede hacernos pasar toda la vida con alguien insoportable—. Yo soy perro viejo y puse el listón muy alto, pero Sofía lo saltó como una ágil gacelilla. Su cuerpo me sedujo desde el principio, desde nuestra primera noche memorable, y no ha dejado de seducirme hasta hoy, en que es para mí casi tan familiar como el mío propio. *Muchas veces simplemente la miro mientras se desviste. Ha engordado un poco. Su grupa que antes era perfecta, ahora es un poco opulenta, pero me gusta más así. Sus pechos también han crecido. Me complace en observar estos pequeños cambios. Sus ojos negros que decidieron mi destino, han ganado una extraña madurez. Conozco cada uno de sus gestos. Adoro mirarla en esa extraña fase del día, onírica, irreal, ni vestida ni desnuda, de revelación presentida,*

cuando de la triste crisálida surge radiante la mariposa de su desnudez. Y mientras miro esto no siento inevitable como antes el agujijón de la carne. Es sólo una infinita dulzura, sin nada que ganar ni que perder. Su alma a través de los enredos ha sabido mostrarme su auténtico rostro, en el que he visto reflejada mi dicha. Ella es la dulzura que cimenta mi hogar y sin la cual apenas me atrevería a existir.



22 de Enero

Hoy ha ocurrido algo extraño. Al mediodía me llamaron por teléfono.

—Sí, diga.

—(Voz de mujer joven). Buenos días. Quería hablar con Carlos.

—Sí, soy yo. ¿Qué querías?

—Verás, Carlos, me llamo Catalina Martínez. No tengo el gusto de conocerte personalmente, pero tengo un problema en el que tú tal vez puedes ayudarme.

—Dime.

—Mira, el caso es que estoy haciendo una tesis doctoral sobre el desarrollo de la Química en el siglo XVIII.

—Lavoisier.

—Sí. Sobre todo Lavoisier, claro, pero también Priestley, Black, Cavendish...

—Claro, claro. ¿Y qué? ¿Interesantísimo, no?

—Sí, aunque estoy empezando.

—¿Y en qué puedo ayudarte yo?

—Estoy buscando un ejemplar del *Traité élémentaire de chimie*.

—¿No lo tenéis en la Facultad?

—En la biblioteca hay una traducción española, pero yo necesito el original.

—Pues has dado en el blanco porque yo tengo los dos tomos de la primera edición con las láminas y todo. ¿Cómo supiste que podía tenerlo yo?

—Pablo, el librero de viejo, me dio varios nombres de personas que se interesan por cosas viejas de química. Tú eres la segunda persona a la que llamo.

—Mira, el problema es que a mí no me gusta separarme de estos libros. ¿Por qué no lo fotocopias?

—Me parece bien.

Quedamos en una cafetería del centro. Se lo conté a Sofía que se hacía la celosa.

—Oye, ¿y por qué no voy yo contigo?

—Tienes clase de inglés.

—Da igual, por un día.

Al despedirme de Sofía me dijo: “no me hagas caso, si está buena, títatela, no seas bobo”.

Quedamos en que ella llevaría un traje verde y se sentaría junto a la puerta. Cuando llegué, no podía dar crédito a mis ojos. ¡Qué mujer! ¡Y qué traje verde! Alta, morena, ojos negros, todo generoso, y en los ojos como una inquietud infantil, de indefensión. Una bomba envuelta en papel de seda. Carolina Grimaldi en sus mejores tiempos era una verdulera comparada con Catalina. La tesis la hacía aquí, pero se la codirigían en París. De momento estaba juntando documentación, y muy pronto marcharía a París a seguir el trabajo. Hojeó los dos tomos con exclamaciones de júbilo. Conocía bien la obra a través de la traducción, pero necesitaba precisar algunos términos en el original.

Dejamos los libros para hacer fotocopias, y mientras las hacían tomamos otro café. Hablamos del prodigioso XVIII francés, de la triste historia de Lavoisier. La cultura de Catalina era enorme, y sus opiniones certeras y apasionadas. Me hablaba afectuosamente, y rápidamente comencé a captar un mensaje afectivo. “Es tan difícil encontrar a nadie con quien poder hablar de estas cosas. A los científicos sólo les interesa la ciencia superespecializada que se hace ahora. Los filósofos sólo saben enredar con sus conceptos abstrusos. A nadie le interesaba un tema así. Cuando se me ocurrió, me costo Dios y ayuda encontrar alguien que me lo dirigiese”. Estaba de acuerdo con ella y me sentí halagado por sus

palabras. Cuando salimos de la cafetería había entre nosotros una simpatía y un afecto que parecían profundos.

Recogimos los libros y se ofreció para enseñarme el material que ya había conseguido reunir. Fuimos a su casa, un precioso apartamento en el centro. “Por qué no revuelves un poco por ahí. Mira, aquí tengo el material de la tesis, pero déjame cambiarme, que estos zapatos me están matando”. Revolví. No tenía demasiados libros, pero allí estaba todo lo fundamental. ¡Qué mujer! Cogí el tomo de “Así habló Zaratustra”. Era una edición barata, pero en una buena traducción. Lo hojeé morbosamente y vi que había bastantes pasajes subrayados; me excitaba pensar que a través de aquellos papeles ligeramente amarillentos, el pensamiento del gran solitario alemán había saltado a la deliciosa cabecita de la mujer que en ese momento se desvestía en la alcoba. Si ella había leído aquello y lo había asimilado, había que estar preparado para cualquier cosa.

Apareció por fin. Llevaba un traje de estar en casa, elástico, ligero. Sus formas se insinuaban incuestionables debajo. Todas las cinturas eran elásticas. La mejor descripción del traje es decir que apetecía quitárselo. —“Que, qué te parece”. La pregunta se refería sin duda a la carpeta con fotocopias de trabajos que yo tenía en las manos. —“Muy interesante todo”. No se le escaparon mis miradas cuando apareció, ni la leve sonrisa con que pronuncié la frase ambigua, y contestó con un tono delicioso: “tonto. ¿Te apetece tomar algo?”. Respondí en el mismo tono: —“Algo fuerte. Es broma. Algo ligero, ¿tienes una tónica o algo así?”. —“Espera voy a ver”. La cocina estaba en el mismo estudio, y la nevera era baja así que al flexionarse para abrir la puerta y mirar pude comprobar dos cosas en extremo interesantes: *primo*, la contundencia de su anatomía posterior, *et secundo*, la ausencia de cualquier tipo de ropa interior. ¡Santo Dios! Mi preocupación pasó a ser si llevaba unos calzoncillos apropiados. Miré el reloj. Sofía estaba todavía en clase; la imaginé pronunciando cualquier frase en inglés

con su horrible y delicioso acento, y se me bajó el calentón. Miré para la popa de Catalina y se me volvió a subir. *¡Qué faré mama!* ¡Que sea lo que Dios quiera! Venía con la tónica tintineante en la mano, y ella se había puesto un Martini seco; “olé las hembras con brío”, dije para mis adentros. —“¿Te apetece que nos sentemos?”. —“Como tú quieras. Jugamos en tu casa”. Nos sentamos. Se quedó un momento silenciosa degustando su Martini, y pensé que me tocaba sacar a mí. El tema elegido fue: “¿Y tú de dónde eres?”. Como suponía, esta pregunta provocó una larga confidencia que me permitió estudiar a la chica. Lo único indiscutible es que era preciosa. Sobre los matices que era posible adivinar en sus ojos negros muchos discutirían. Había sin duda candor en aquellos ojos, pero no era raro captar también destellos de una rara decisión que unos podrían interpretar como la llama del idealismo, pero que sin duda otros considerarían la prueba de un carácter fuerte oculto por un disfraz. La chica era un enigma. La historia era sencilla, y su curriculum académico interfería en su parte final con un desgraciado matrimonio, del que había salido hacía unos pocos meses. “Pero no hablemos de cosas tristes. Ahora lo único que me preocupa es sacar adelante mi trabajo. ¿Qué te parece lo que tengo?”. Se refería sin duda al contenido de la carpeta, pero todo invitaba a una confesión que sacara a la luz el sutil juego de atracciones que flotaba en el ambiente. Sabía lo que había que hacer para echar un gran polvo, pero me paré a pensar, contestándole con algunas sugerencias sobre la documentación imprescindible para su trabajo. Aceptó el reto y seguimos hablando de aquello, pero la atmósfera estaba cada vez más cargada. No, aquello no podía ser cierto. Cosas así pueden ocurrir en el Paraíso del Profeta, o en una película porno. Pero, ¿a mí un día al salir de casa? Aquello no era normal. Tuve un presentimiento. Vi una mano negra hilando aquel enredo. El presentimiento pronto fue convencimiento. Miré frente a nosotros. Una pared, un cuadro, una estantería alta con libros, y en la balda de arriba de esta, casi inaccesible, un

tomo negro forrado en plástico. Estaba seguro y me levanté. Podía haber inventado un pretexto: “¡Qué casualidad, tienes este libro...”, pero me encanta farolear.

—Mira, Catalina, la idea era buena, y has hecho un trabajo de campeonato, con fotocopias y todo, pero le vas a decir a Juan de mi parte que... —alcanzo el tomo. Pesa bastante. Lo abro. Evidentemente, hay una cámara de vídeo disimulada dentro—. Le vas a decir que con la primera chica que me mandó ya tuve suficiente. A propósito, está a punto de salir de clase y tengo que ir a buscarla. Adios.

Cogí mi abrigo y los dos tomos del gran químico guillotinado, y salí. No dijo nada. Su rostro bellissimo se había puesto una amarga careta de decepción. De camino a la academia eché mentalmente el polvo que me acababa de perder. Nalgas soberbias y duras con un ano moreno ligeramente peludo. Coño moreno. Tetas redondas firmes con grandes areolas morenas que se adivinaban bajo el jersey. Cabalgaría como una amazona de *haute école* vienesa, aunque en el placer sus ojos negros podrían tener un destello de locura enervante. O tal vez no. En cualquier caso aquello era sólo sexo, y a la puerta de la academia, ya pensando que no iría, me esperaba mi nena.

—¿Qué pasó, cuéntame? ¿Era guapa?

—Jodó.

Le conté la historia. Lo escucho todo abrazada a mí mientras caminábamos para casa.

—¿Y por qué no te la tiraste, bobo?

—Un gran polvo tiene un precio de mercado: veinte mil pesetas. Aquello era carísimo. Tú te imaginas lo que hubiera tenido que aguantarte cuando tu hermano te mandara el vídeo.

—¡Uy, qué tontería! Si estabais bien igual ganábamos dinero presentándolo a un concurso de vídeos guarros.

—Eso lo dices ahora.

Ya en casa, me hizo una pregunta difícil.

—¿Y si no hubiera sido una trampa de Juan, te la hubieras tirado?

—(Tuve que pensarlo). Mira. Esa es una hembra que pide dedicación exclusiva. Algo así como tú, por poner un ejemplo. Yo ya estoy un poco viejo, y con un monstruo así en mi vida tengo de sobra, ¡que no doy abasto, vamos!

Y como me digas que te daba igual que me fuera con ella, te estrangulo aquí mismo.

—(Se abrazó a mí emocionada). Bobo.

Luego tuvo otra pregunta inteligente.

—¿Y cómo sabría Juan que tú tenías ese libro?

¡Santo Dios! No había caído. Otra vez la mano larga de Nelia lo explica todo. Juan sabe mi profesión, y escogió a Catalina o como se llame, que estoy seguro de que estudió Químicas. Entre ella y Nelia lo urdieron todo. Una tarde que pasamos tranquilos en casa, entre polvo y polvo le enseñé los libros más raros de mi biblioteca. Este sin duda se le debió quedar grabado.

De noche, en otra tesitura, Soffa reconoció que prefería que no me la hubiera tirado. Me alegra que sea así por que eso significa que me quiere y no desea interferencias en nuestro amor. A mí me ocurriría exactamente lo mismo. Una cosa es el sexo lúdico y deportivo, y otra, estos fregados de alto voltaje. Los dos luchamos por la felicidad que hemos conseguido.

Hay algo bueno en todo esto. Juan busca alternativas a la violencia que planeaba al principio. Eso significaba que mi seguro de vida probablemente funciona.



25 de Enero

Estos han sido días tranquilos tras el susto del jueves. Hoy, leyendo mi diario, me he dado cuenta de que casi parece una novela; para serlo tal vez sobran sólo algunas casualidades que nada más que se permiten en la vida real. He intentado muchas veces escribir una novela; siempre sin éxito porque no tengo capacidad de observación. Los seres humanos me sorprenden continuamente, y soy incapaz de imaginar qué diría fulano en una situación determinada. Paso delante de las cosas sin enterarme. Hoy mismo, por ejemplo, he descubierto que al lado de nuestra casa hay una iglesia redonda de ladrillo, extrañísima. Había pasado en coche a su lado cientos de veces y nunca la había visto. Sin embargo, a partir del momento en que la vi, la iglesia circular no se aparta de mi mente. Me gustaría conocer la estructura de sus cimientos, el color exacto y el tacto del ladrillo gastado de su superficie, la altura de la torre que se recortaba esbelta en el cielo de la mañana.

La vida con Sofía es el paraíso. Nos perdemos por casa cada uno a su rollo, y de repente me busca, y trae un oscuro deseo de macho en sus ojos de diosa. *De madrugada, mientras ella duerme, pienso; siento el calor próximo de su cuerpo y pienso; trato de descifrar la misteriosa seducción que ejerce sobre mí, más allá del abismo de sus ojos negros, más allá de todos los vértices de asombro que me regala el laberinto de su piel. Trato de hundirme, de ir al fondo de este océano de dulzura, y veo la oscura sangre derramándose por arterias, capilares, nutriendo los tejidos, células minúsculas, como vivas amebas. Todo su cuerpo me conmueve, cada detalle que intuyo, aquí tan próximo, en el calor de nuestro lecho. Y veo su ternura surgiendo bajo el negro cabello que se derrama desordenado sobre la almohada, bajo el sólido*

cráneo, un enjambre de impulsos nerviosos que surcan el ejército de neuronas inmóviles y esbeltas como postes de teléfonos; cuando ella abre los ojos y sonrío: “¡jolín, ya estás despierto!; no duermes nada”. Estoy cada vez más loco por ella.



28 de Enero

♣ SEXO

Danza nupcial del protón y el antiprotón; abrazo letal. Nuestros deseos son el laberinto y se aniquilan, sólo para que surja otro deseo en la infinita cadena.

Sofía y yo hacemos el amor con la esperanza de que quede embarazada. Me corro como un novicio todos los días en el coño de su orgasmo, jugoso y ardiente. Después de la corrida, dejo el pene en su vientre, nuestros rostros muy juntos. Mi respiración es rítmica al poco rato, y quedamos dormitando unidos, diluidas las sensaciones y la consciencia. También ha muerto la urgencia del deseo. En otro tiempo, esto era el fin no deseado de un continuo de excitación al que no podía, no quería renunciar; ahora, siento que llego con estos orgasmos al fin de un camino. La vieja vida transmite su arcano para conquistar el tiempo infinito. Nuestro deseo ha cumplido su sino y queda dormido. Nuestros cuerpos quedaron fundidos en el proceso; nada podrá separarlos.



4 de Febrero

• CIENCIA

De niño me emocionaba, y me interné en el laberinto. Después, conocí las ecuaciones y a los hombres que hay detrás de ellas. Hoy día, la superespecialización de los trabajos me ha hecho perder la pista de la mayor parte de lo que se hace, aunque tengo la impresión de no perderme nada importante, sólo detalles de los detalles que acabaremos encontrando en algún nuevo electrodoméstico. Todo esto pocas veces me emociona ya. *Fotografía en la revista de National Geographic. El centro de la fotografía lo ocupa una maraña de tubos que surgen del cuerpo de un hombre inconsciente sobre una mesa de operaciones. La habitación es un quirófano; en el suelo se aprecian manchas de sangre. Nos dicen que es de madrugada y se acaba de realizar un trasplante de corazón que se ha prolongado toda la noche. Hay otros dos hombres en el quirófano. Uno es un médico que ha sucumbido al cansancio y dormita recostado en una esquina, pero toda la fuerza de la fotografía se concentra en los ojos del otro hombre, un cirujano exhausto que aún no se ha quitado la mascarilla ni los guantes manchados de sangre. El cansancio le ha hecho sentarse en una mesita baja al lado de la mesa de operaciones, pero sus ojos miran tensos la pantalla en la que se registran las constantes vitales del hombre transplantado. No es un cirujano famoso; no estamos en un país rico; este hombre ha aprendido a transplantar corazones leyendo trabajos en revistas médicas. El gesto de sus ojos cansados concentrados en la pantalla tiene un mensaje que deberíamos urgentemente escuchar.* Por primera vez, mi vida transcurre plácida, sin tensiones. Algún conflicto profundo y ancestral que llenaba de inquietud mis días se ha resuelto. Siento que podría, que debería hacer algo más que dar mis clases; un tema me

preocupa; a caballo de la estadística, la biología, la psicología, la historia y la filosofía de la ciencia, ¿a dónde nos conduce el estudio del papel del azar en el desarrollo de los seres vivos, en nuestra vida, en la historia? En uno de los poemas finales de mi libro, desarrollé un presentimiento. Ahora he conocido mejor las teorías de Haken y Prigogine, y quiero profundizar en ese enigma. Este diario, que ocupó tantas de mis horas durante los últimos meses, tiene cada vez más el aspecto de algo acabado; es la crónica de un cambio que ha dado lugar a una situación estable. En el corazón del cambio está también como tantas veces el azar; Nelia tratando de sacar provecho de sus horas conmigo provoca un ominoso plan para destruirme que acaba trayendo a mi vida al ángel capaz de llenarla de sentido.



20 de Febrero

Buenas malas noticias. Llama por teléfono G., el policía, al que siempre he mantenido informado de la situación. La pasada madrugada Juan fue detenido en Madrid en una redada. Parece que hay suficientes cargos contra él como para que pase una temporada larga en la cárcel; al menos si los jueces son capaces de instruir el sumario y no pasa lo de otras veces; pruebas parece ser que las hay todas. En la redada también fue detenida una mujer que estaba implicada en las operaciones de Juan, y que corresponde a la descripción que le di de Catalina; por supuesto su nombre real no es ese. Dirigía un impresionante laboratorio para la obtención de drogas químicas en las afueras de Madrid; “¡ya verás las imágenes en la televisión!”. Mientras me lo decía y me contaba algunos detalles de la operación, traté de imaginarme a la bellísima mujer enfundada en un tosco uniforme de prisión. Sus ojos expresarán ahora sin duda la misma extraña desolación que tenían la última vez que su mirada se cruzó con la mía; no obstante, estoy seguro de que una mujer como ella es capaz de salir adelante en cualquier situación.

LOS POEMAS



I

DE INVENTIONIBUS CUNNI

Mientras tomas el sol me gusta contemplarte,
y juego a adivinar tu vulva, prisionera
tras el traje de baño, misteriosa barquita
que se hunde vertical con su cruel cicatriz
en el mar de tus muslos. Adoro desnudarla, 5
aunque protestes siempre porque te da vergüenza
que “una cosa tan sucia” salude al sol y al aire.
Yo tengo que apagar con besos tus reproches,
las falditas a cuadros que viste todavía
tu alma cuando más desnuda te contemplo, 10
el último vestigio de ropa que arrebató
para que al fin te muestres verdadera deidad
avanzando hacia mí, buscando mi saliva,
desnudo tu pudor tras desnudar tu coño.
¡Cómo tiemblo al abrir los labios de tu vientre! 15
Un milagro feliz surge de la penumbra,
gozosa arquitectura; no es la A archisabida
donde las dulces ninfas o pétalos — aletas,
alas, cintas, banderas o mandiles— convergen
hacia arriba y se unen al frenillo del clítoris 20
mientras en parte siguen en el mismo prepucio
— estas portadas son de un ojival purísimo,
y sus As superpuestas dan mil formas distintas
según tiernas enlacen las ninfas con el clítoris—;
lo tuyo es diferente, tu coño me regala 25
la sorprendente H que despliega a veces
la hembra de Centroeuropa, oronda de cerveza
— de Gran Bretaña a China también puede encontrarse—;
caballos desbocados, tus ninfas rubicundas

sobrepasan el glande, superan el prepucio, 30
 prosiguen hacia arriba, y acaban derrotadas
 junto a la comisura de los labios mayores
 como olas cristalinas que mueren en la arena;
 tus ninfas son así, emparedan el clítoris,
 aunque algunos repliegues lo busquen hacia dentro 35
 cruzando la pared interna delicados.
 ¡Qué tímido tu clítoris al fondo de la zanja!
 Me gusta descender besando con mi lengua
 la recta comisura, detenerme en el triángulo
 donde brota el dorado torrente de tu orín, 40
 hontanar delicioso de la mágica gruta;
 aunque laurel es sólo, que me dejes ver esto,
 de días señalados, y siempre te avergüenza
 que a mí me guste tanto “una cosa tan sucia”.
 Yo dejo que mi polla refute el argumento 45
 asaltando la boca tallada para ella
 al fondo de tu antro, que se abre acogedora;
 sus dientes me reciben como mastines fieles
 que halagan a su dueño, y tus gestos demuestran
 que mi premisa vence y tú también disfrutas 50
 extrañas emociones con esta “cochinada”.
 Argumento “a fortiori” que te va derrumbando
 mientras mi ariete loco acelera su ritmo.
 Prueba definitiva cuando gimes inerme
 implorándome algo que ni tú misma sabes 55
 qué es; repites: “¡No!”, el último vestigio
 de tu vocabulario que sobrevive a todo,
 resistencia final, tozuda y numantina
 cuando ya queda poco en pie de tus murallas.
 ¡Tu boca dice no mientras toda te entregas! 60
 Son tus faldas a cuadros, que siguen enjaulando
 las mariposas locas de tu gozo hasta el mismo
 final, cuando la lefa rubrica estremecida
 la más hermosa H que un mortal aspirara.

II

DE NUDATIONE DEÆ

No te amo en realidad; aunque las perlas verdes
de tus ojos invitan a un viaje sin retorno,
a una huida sin dudas;
aunque no sé sufrir la seducción del poderoso surco
desnudo, alumbrado por tus ojos testigos 5
de la entrega total. No, no te amo,
no me caes simpática siquiera,
sólo deseo sentir el jugueteo del glande entre tus pétalos
como un vino obsesivo y delicioso,
con un vértigo mudo. 10
Mujer espléndida,
alta torre de orgullo y belleza implacable,
princesa de otro siglo, concubina de un papa,
duquesa de un salón en el Imperio,
quisiera desnudar también tus estrategias, 15
y arrastrarte conmigo por el fango
del placer más sublime,
para que seamos uno y no seamos nada,
para que el mito muera en nuestros órganos
y quedemos dormidos 20
como fósiles muertos en la piedra
del día que regresa.
Ven a mi lado,
ven a mi lado, odiosa, alta,
insufrible deidad, 25
hermana de mi vértigo más dulce,
el de tus ojos y la ardiente brecha
vertical, tus ojos implorando
la violenta invasión de todos mis ejércitos.

III

PER ANGUSTAM VIAM

• *Pars prior: contemplatio*

Diosa del arrabal, princesa de ojos negros,
sesteabas impasible sobre la cama tibia
que no visito apenas; me acerqué a admirarte;
un beso sobre el cuello, zalema en el cabello,
pero estabas desnuda y otro dios me llamaba, 5
tu rabel entreabierto en el fondo del cuadro
de nuestros rostros juntos; mucho te resistías,
“es sólo pa cagar” era tu cantinela;
tuve que arrastrarte, tuve que seducirte
con toda mi oratoria, con todos mis sofismas 10
y una cerrada escuadra de venenosos besos.
“Pero un poquitín sólo”; descendí al santuario;
separando tus nalgas aparece el esquivo;
ningún conquistador gozó tanta ventura;
el oro de Pizarro palidece de envidia, 15
Tenochtitlan es sólo un islote en el barro,
y la India portuguesa una aldea miserable;
feliz descubrimiento, aunque no quede nunca
impreso en los anales tediosos de la Historia,
esos no son anales auténticos siquiera; 20
territorio ignoto, paisaje inexplorado.
El lenguaje no llega, hay que inventar los nombres;
¿cuál será el de ese cerco grato de suave bozo
donde la tersa nalga se eriza dulcemente,
y la piel sombreada recuerda otras areolas? 25
Es una llama oscura que arde en la penumbra,
y su vértice asciende como espíritu puro
anhelante del cielo en una cicatriz

que divide las nalgas, ¿cómo se llamará?
 Pero yo no soy puro y esta areola me incita 30
 a investigar su vértice, donde la piel tostada,
 ya glabra, se repliega en estrías radiales
 cuyo centro, orificio sagrado, me conmueve;
 aquí toda tú eres un naufragio de ti,
 de toda la apariencia que cada instante finges. 35
 No hay palabras que digan este negro secreto,
 esta boca increíble niega toda palabra;
 estás tú sola aquí y succionas el mundo,
 entrada del infierno, nada tiene sentido;
 mi dulce amor se torna una brutal congoja. 40
 Huyendo de ti, infame, quisiera domeñarte,
 y me invento joyeles para tu anatomía,
 un aro de zafiros que un diamante corone
 en la cresta del fuego, o un rubí a cada lado
 de la boca nefanda, en platino engarzados; 45
 te adivino escondida en la agría mazmorra
 de bragas y vaqueros; te contemplo hechizado,
 y mis dedos descienden a girar en los círculos
 del atroz remolino que aniquila mi vida;
 descienden lentamente, lentamente acarician. 50
 Y la diosa me habla:
 “déjate de pijadas y méteme la polla”.



❖ *Pars altera: concubitus*

¡Cuánta razón tenías! Esto es definitivo.
Este pacto innombrable desafía a los cielos
que tú habitas, mi diosa de pulidos ropajes. 55
Escondes la cabeza y tu grupa se eleva
hacia mí; la gacela mendiga su alimento
que le doy generoso; el capullo te invade
buscando los refugios más hondos de tu entraña.
No conversas ahora con aire suficiente 60
en la barra del bar incitando a la guerra;
ahora estás derrotada, y gimes tu derrota
mientras yo también sufro, resistiendo la muerte
que dulce se aproxima cada vez que te embisto.
Un abrazo sutil enlaza nuestras almas 65
mientras hablan los cerdos y un acre olor a mierda
se esparce por el cuarto. Es el olor a cuadra
para la encarnación de la diosa arrogante.
Tus nalgas me regalan con su verdad más cruda,
sin ningún artificio de los que tanto estilas; 70
no hay braguitas de encaje, ni faldas ajustadas,
ni vaqueros ceñidos; aquí están verdaderas
hozando enloquecidas por devorar mi vientre
con su boca lustrosa, sombreada y velluda.
Apenas puedo creer esta metamorfosis, 75
y he de buscar tu rostro por comprobar de cierto
que sigues siendo tú después del cataclismo;
un beso lo confirma mientras crece salvaje
el ardor en el vientre. Nada queda ya, nada,
que nos separe ahora si así también unidos 80
extáticos bailamos esperando la muerte.
A la diosa y la cerda confundidas abrazo.

IV

LESBIA ILLA

Esto soy yo, el desafío de tus párpados
en un gesto que no regala nada,
el cálido presagio de un jardín deleitable
que tu voz me desmiente como cristal purísimo, 5
la inquietud de saberte y no llegar al fin
de toda tu verdad y toda tu mentira.
Esto soy yo tan sólo, náufrago de tus labios,
en esta soledad que es más tuya que mía.

¿Qué querrás tú, mujer de negros ojos?
Si existir es querer, ¿qué deseo se declara 10
en esa arquitectura perfecta que me aturde?
¿Quién eres tú que llegas arrasándolo todo?
¿Quién conduce el corcel hermoso de tu pelo?

Ignoraba qué soy, y me has descifrado;
sé ya por fin qué fondo ocultaba la vida, 15
lo desnudó la cinta que ataba tu melena,
saberte y contemplarte mientras felas a todos.

V

Διόσκορα

Aquí entre las rocas descansamos tranquilos
tendidos en la hierba a orillas del arroyo.
Las montañas dibujan sus aristas de nieve
y paredes de esquisto orladas de canchales,
recortando el azul encendido del cielo. 5
Sorpresa de teneros aquí como un milagro;
voces, risas y cuerpos de mujer bajo el sol;
placer de contemplaros y adivinarlo todo.
Se acaban los pitillos, la conversación cae,
y entiendo que llegó el momento anhelado. 10
El pantalón desciende y una brisa fresquísima
acaricia el capullo. Esto es para vosotras,
mis amadas diabresas, y os entrego el presente
que palpita de orgullo. Todo para vosotras.
¡Dios, qué sabiduría de colegialas doctas 15
destripando bichitos! ¡Qué “ingenua” descapullas,
Natalia, como un juego! Me derrito de gusto
viendo como risueña golpeas con el monstruo
a Nina en las mejillas. Competís enconadas
por morder la cabeza que llora, espantadísima 20
de las depredadoras que juegan a comerla;
fauces enfebrecidas devoran la criatura.
Con un pacto innombrable repartís el regalo
como buenas hermanas, y mientras Nina lame
el bálano brillante, Natalia lengüetea 25
los sumisos testículos. Cuando ésta protesta
que su parte es la peor, os turnáis con un guiño
que me pone en el límite del desmoronamiento.
Los dedos engarfiados buscan bajo la ropa

y los globos redondos de Nina aparecen 30
 con sus negros ojazos, llamados a la escena.
 Os arrebató el miembro que suspira de alivio.
 Por no quedar atrás, Natalia con un gesto
 rápido de los brazos finaliza el despliegue
 pectoral insufrible. Sus tetitas de niña 35
 reservan la sorpresa de unas grandes areolas
 pobladas de folículos, rosadas como un vino
 que embriaga con mirarlo y brota en los pezones.
 ¡Oh heroínas cubiertas de gloriosas medallas,
 qué durísima lucha vencisteis para ser 40
 así retribuidas? Orgullosas las dos
 competís ofreciendo sin pudor los presentes
 como frutos maduros para ser devorados;
 la polla enamorada dichosa picotea
 los granos derramados del agosto sublime. 45
 Y levanto mi vista a las cumbres lejanas,
 impasibles, que rumian su lentísima ruina.
 “Vosotras cabalgasteis también, viejas rijosas;
 mirad como yo ahora imito esas proezas;
 ¿pensabais estar solas bajo el cielo infinito?” 50
 Lentamente oscurece, el frío es más intenso,
 las primeras estrellas encienden sus cigarros,
 y busco vuestros culos con la extrema avidez
 del que nunca gustó bocado tan sabroso.
 Natalia tiene el surco profundo con que a veces 55
 nos sorprenden las flacas. Su interior es jardín
 húmedo y recogido como patio de monjas;
 igual de santo es, no conoce maldad
 su encantadora boca sombreada y lampiña.
 Nina es un tostado rosetón anchuroso 60
 profusamente orlado de morenos rizitos,
 y escondido entre nalgas blancas como la leche.
 Acaricio extasiado las dos bocas furtivas
 que regaláis gozosas alzando los cuadriles.
 Los coños morenísima soman asustados, 65
 lonchas de chocolate en las negras marañas.

Nina es más generosa y profunda, también tiene
 gallarda asimetría, con un mandil izquierdo
 que domina y se extiende guareciendo el clítoris.

Natalia es nariguda, vivaracha, rebelde, 70
 un prepucio mayúsculo corona las aleras,
 ¡hasta en el coño luce su cabecita loca!
 Me da igual, las vaginas reciben con igual
 entusiasmo los besos de mi tosca criatura;

simétricos gemidos de gargantas simétricas 75
 mientras dedos y polla se turnan hechizados;
 vuestras grupas son toros de nevada color
 que luchan por venir a la cruz de mi estoque.
 Diosas omnipotentes, adoro vuestros cuerpos
 trazados ante mí como dos jeroglíficos, 80
 y persigo su enigma, la caricia brutal
 que desgarrá mi vientre hacia un vértice obscuro.
 ¡Malévolas ladronas, no robaréis mi semen!
 Sigo el ceremonial mirando hacia las cumbres

mientras avariciosas aceleráis el ritmo; 85
 la locura termina; insisto respirando
 medurado y profundo, dominando las bestias,
 caballos infernales que no me arrollarán
 aunque su cruel galope conmueva las entrañas
 y las vaginas sean lagos de lava ardiente. 90
 La luna plena y bella aparece en el cielo
 como un símbolo casto de las nalgas desnudas.



VI

HANC VOLO QUÆ FACILIS

Lo que todas me venden, tú regalas,
criatura de la noche, te miro saboreando
tu sonrisa, gacela apresada en mis redes,
y revelan el mar en tu cara de niña
tus bellos ojos zarcos con su inocencia cruel; 5
naufraga así despacio robando tu calor
mi boca zozobrante en tus labios violeta;
el cosmos se diluye en tu dulce misterio.
Tu cuerpo me obsesiona, tan cerca y tan distante,
y empiezo a desnudarte con la fiebre del sabio 10
que persigue la clave que lo explicará todo;
y desnudo tus pechos como palomas dóciles,
presas para el amante delirio de mis manos;
y bajo a tu cintura, última ceremonia,
buscando allí la cifra de lo definitivo, 15
donde toda eres nieve que arde para mí,
para que juegue a ser demiurgo de tu cuerpo,
alfarero torneando el perfil de tus muslos.
¡Qué vértigo las curvas que dibuja tu vientre
desnudo y entregado, sus escondrijos últimos! 20
Las rosas que escondía florecen en mis labios
y saboreo extático el néctar de sus pétalos.
En el espejo un hombre acaricia tu culo
y un dorado lucero me mira mientras felas;
estrujando tus nalgas se ilumina y se apaga; 25
tu culo es mi epitafio con su desnudez loca,
y la piadosa estrella agota mi destino.
Retiro la herramienta, no puedo resistirlo,
el glande entumecido nunca fue más dichoso;

intento hablar contigo, completar el milagro 30
con el claro cristal de tu voz que me diga
la magia de este instante tal como tú la sientes.
Mas tus ojos cerrados evidencian un raptó
en el que yo no existo. Al abrirlos te turbas.
¿Donde estabas, mujer, mientras rompías mi vida? 35
Mis labios no se niegan al imán de tus labios
y no quiero saber quién compartía conmigo
el rayo de tu ser este instante feliz.



VII

ENCUENTRO EN ALCAMPO

Estabas junto al puesto de cebollas,
soberbia en tu belleza tras diez años sin verte;
quise correr a hablarte y olvidé que lo último
entre nosotros fue una agria disputa.

Te espiaba de reojo mientras miraba los tomates; 5
un hombre y una niña vinieron a tu lado;
recordé cuando hablábamos solos en mi coche;
mi corazón temblaba como un pájaro herido.

Fingí entonces un gran interés por las peras, 10
y me alejé intentando parecer ignorante
sin conseguirlo mucho. Hoy sé que algunas veces
las grandes superficies no son lugares fríos.

VIII

DE VACUI EXPERIENTIA

✦ *Pars prior: veteris mundi demolitio*

No codicies los frutos que el otoño te niega,
ni pienses que son tuyos los que ante ti se ofrecen.
Tú sabes que lo real era improbable,
que es un albur de dados loco sobre el tapete, 5
la creación del azar; ecuaciones complejas lo describen,
y tu mente lo intuye en encuentros casuales
que marcan una vida, en triunfos y fracasos que nos llueven
como los premios de una rifa estúpida. Por eso,
acepta el destino, ámalo, y ríete de él.
Si un dios cegato maneja las historias, 10
tan sólo redimir tu alma de su imperio
urge, para que no presumas como un tonto
de lo que te regalan. La soberbia es ridícula,
la vanidad patética, y el único saber
valioso es la humildad, que alumbró lo profundo. 15

❖ *Pars altera: perennis creatio sive evolutio*

Juegas la gran partida, porque sabes
que un cosmos ordenado y predecible
sería un antro estéril. Todo fluye
para que la belleza se refleje
en el pozo de asombro del instante,
y todo sea posible. Sabes sólo,
y tan sólo necesitas saber,
que la acción sin actor es la respuesta.

20



IX

DE AMORE PLATONICO

Sabes lo que ocurrió, recuerdas lo esencial;
los ojos descubrían la increíble desnudez
de los cuerpos, embriaguez y gemidos,
asaltos al Palacio de Invierno del placer,
arriesgados asaltos recomenzando siempre. 5
Hoy sólo son postales amarillas
en el destartalado desván de la memoria.
Estuvimos allí, ¿quién podría negarlo?
Pero al mismo tiempo, otras magas presencias
inquietan y seducen, otras fiestas reclaman 10
atención, son aquellas a las que invitados
no pudimos llegar, simples insinuaciones
descifradas mucho tiempo más tarde,
educados coloquios que no supieron ser
holocausto de miembros enlazados. 15
¿Por qué mezcla hoy en su cesta el recuerdo
los brotes que quebró el vendaval
y corolas perfectas?
Las fiestas compartidas, las que fueron
sólo la ensoñación de dos amantes 20
que nunca se abrazaron, las que crea
la mente en soledad, todas son una
para quien sabe que sólo concede
el destino victorias inventadas,
que toda pretensión es irrisoria. 25

X

DE AMORE DIUTURNO

• *Prius tempus*

Veo tus gestos, bella en la penumbra,
cotidiano milagro de la noche;
oficias el ritual de mi naufragio
mientras suena la música y sonrías.
Toda mi libertad acrisolada 5
muere en la curva suave de tus pechos
igual que muere el toro en el estoque.
Soy sólo para ti, prendido al yugo
que eternice mis ojos en tus ojos.

• *Secundum tempus*

Fue una tarde terrible, la llamada telefónica 10
inesperada; lo llevamos a Urgencias,
y no querían o no sabían decirnos nada.
Tuvimos que dejarlo allí, minúsculo, indefenso,
rodeado de tubos; por la noche no podíamos soportar
la cunita vacía, sus cosas desperdigadas por el cuarto. 15
Amanecía cuando desperté de un sueño triste;
me mirabas desde tu lado de la cama
con los ojos enrojecidos, no habías podido dormir;
y por primera vez en mi vida te vi
gloriosamente fea, y te amé mucho más, 20
como se aman las cosas esenciales
que construyen la vida, como amaba
a nuestro hijo; y supe entonces
que era un destino hermoso envejecer a tu lado.

• *Alterum tempus*

Aquí estamos, amigos,
como exigen las normas,
uniformados y ebrios,
jugando nuestros juegos aburridos
como sórdidos polvos conyugales.

25



XI

URNA CINERARIA

No, amor mío,
no me llama hoy tu trillada geografía.
¿Para qué repetir otra vez el oficio sagrado
de descubrimiento, raptó y tránsito rituales,
archisabidos, que no ocultan nada nuevo? 5
La pasión crece ahora hacia el interior.
Mi corazón anhela algo indefinible,
tal vez un encuentro apasionado
con el sinsentido de todo esto, 10
colapso de horizontes,
final de vanidades
y certezas.

ACOTACIONES DEL EDITOR

Damos aquí la traducción de los textos no castellanos incluidos en el poemario.

“Officium Veneris” se dice en romance “Servicio de Venus”.

El texto de Lucrecio que introduce el libro se encuentra en *De rerum natura*, I, 1–2”. Marchena lo vierte en “Placer de hombres y dioses, alma Venus”. Lo de Nietzsche pertenece a la Tercera Parte de *Así habló Zaratustra*, concretamente a la sección dos del capítulo denominado “De los tres males”. Podría traducirse: “Voluptuosidad: gran ventura, símbolo de dichas más altas y de la suprema esperanza”.

Poema I: “Acerca de los descubrimientos del coño”. Dos descubrimientos simultáneos a nuestro juicio: el del poeta anatomista y el del verecundo pimpollo.

Poema II: “Sobre la desnudez de la diosa”.

Poema III: “Por el camino estrecho. Primera parte: contemplación”. “Segunda parte: coito”.

Poema IV: “Aquella Lesbia”. La frase procede de un poema de Catulo (*Catulli carmina*, LVIII) en el que narra la prostitución de su amada Lesbia. Un fragmento de este mismo poema aparece también, ligeramente desfigurado, en la página 49.

Poema V: “Dioscoras”. No existe este nombre en la mitología clásica, y se trata sin duda de un juego del autor buscando la referencia a los “Dioscuros”, Cástor y Pólux, inseparables gemelos que estuvieron con Jasón en lo del Argo. Estos eran hijos de Zeus (disfrazado de cisne) y Leda, aunque según versiones Tindáreo también intervino aquella noche; del desmadre también nació la Helena del incendio famoso. Con esta alusión, el autor debe tratar de referirse a dos hermanas (v. 24); hermanas de leche, suponemos.

Poema VI: “La quiero que sea fácil”. Principio de un epigrama de Marcial (*Epigrammaton liber IX*, 32) en el que expresa su predilección por las putas baratas.

Poema VIII: “Sobre la experiencia del vacío. Primera parte: destrucción del mundo viejo”.

“Segunda parte: creación perenne o evolución”.

Poema IX: “Sobre el amor platónico”.

Poema X: “Sobre el amor duradero. Primer tiempo”.

“Segundo tiempo” con un matiz de “Tiempo favorable”.

“Segundo tiempo”.

NOTA SOBRE LAS ILUSTRACIONES

Hemos utilizado, para separar los distintos fragmentos del texto, las geniales viñetas que José Moya dibujó para la edición de 1922 de *La lámpara maravillosa* de Valle Inclán. La fotografía de la portada muestra un friso del templo Lákshmana de Khajuraho (Madhya Pradesh, India); las de las páginas 11, 13 y 187, reproducen los relieves del trono Ludovisi (Museo de las Termas, Roma).

P. G. M.



NOTA DEL AUTOR

Aprovecho la reimpresión de *Officium Veneris* para añadir unas palabras a la nueva edición que aclaren algo el origen del libro y sean también una pequeña crónica de estos primeros años de andadura. Empezaré por agradecer los comentarios amables recibidos. Entre ellos, los dos más queridos por mí son también bastante peculiares. Un amigo se defendía de no adelantar en la lectura confesando: "... todas las noches me pongo a leérselo a mi mujer, pero no avanzamos nada..." El segundo procede de un conspicuo habitante del actual Parnaso español, que decía en conversación privada a José Luis García Martín: "No engañas a nadie. Está claro que el libro lo has escrito tú, y además es de lo mejor que has hecho". Ante las protestas del acusado, que objetaba lo impropio de que su pluma tratara tales temas, replicaba inmovible: "Tú tienes mucha imaginación..." Xuan Bello encontró *Officium Veneris* musical y obsesivo, trascendido todo él de un hondo lirismo, y Fernando Savater lo calificó de inspirado y estimulante. Juan Eslava Galán aseguró haberlo leído con aprovechamiento, y Pedro de Silva elogió la prosa del libro y sus descripciones anatómicas. Ramiro Rodríguez Prada lo definió en un endecasílabo certero y bellísimo como un manifiesto de "misticismo pagano y libertario". A todos ellos vaya desde aquí un saludo agradecido que hago extensivo a los muchos que han pedido acuciosos una segunda parte. A estos debo decirles, sin embargo, que pasado ya algún tiempo sigo teniendo la impresión de que sobre este tema he dicho todo lo que quería decir.

He corregido pequeñas erratas del texto de 1998, que por lo demás permanece inalterado. Se me ocurren, eso sí, algunas aclaraciones. Con respecto al diario, quisiera confirmar que, como han señalado algunos lectores avisados, el leitmotiv de la cerditud de

la diosa está en la línea de los temas mitológicos tratados por Robert Graves en *La diosa blanca*. Sin embargo, yo no había leído aún este libro en 1998, por lo que hay que constatar que aflora aquí un venero nuevo del viejo mito. La segunda aclaración es astronómica. Ha ganado crédito recientemente la opinión de que el material que constituye la Luna fue arrancado de la Tierra por el impacto de un enorme meteorito hace varios miles de millones de años. Esta nueva teoría explica satisfactoriamente todos los puntos oscuros de las anteriores, y nos muestra una Luna que, según cómo lo miremos, podría ser considerada hermana o hija de la Tierra. Completa esta información la presentada en un capítulo del libro.

Respecto a los poemas, sigo satisfecho de los últimos. Con los tres primeros, sin embargo, siempre he tenido problemas. Los he salvado porque en la música de sus versos hay tal vez algo del galopar de Don Quijote por las llanuras de la Mancha, confundidos los rebaños con ejércitos. Hay que leerlos conscientes de su clave profundamente irónica, y pensar también que dibujan los recodos iniciales de ese camino iniciático que mis libros, sin que se sepa bien por qué, acaban todos siendo.

Termino dedicando este a los amigos de la tertulia Oliver de Oviedo por su comprensión y estímulo en los momentos iniciales. Sin ellos, sacar adelante la crónica de los amores de Sofía y Carlos hubiera estado fuera del alcance de una psique tan frágil como la mía. La deuda de gratitud es especial con Paul G. Masby que, cuando la primera edición, asumió generosamente sobre sus hombros lo que a mí me excedía.

J. A

Oviedo, junio de 2003

ÍNDICE

NOTA DEL EDITOR.....	7
EL DIARIO	13
[ÍNDICE DE DIGRESIONES]	
Mujer desnuda	18
La diosa es una cerda.....	25
Mujeres maduras.....	31
Sexo	32
<i>Finis coronat opus</i>	
[El final corona la obra]	34
Mujer perfecta.....	37
Amor y sexo.....	38
Monogamia	44
La sexualidad de los menores	50
<i>De culis puellarum</i>	
[Sobre los culos de las chicas]	51
Drogadictos.....	56
Desnudez.....	69
Pornografía	70
Transmutación	74
Bestialismo	80
Sexo en la calle	96
Reflexión antifeminista.....	97
Chicas	101
El sentido de la vida.....	102
<i>Systema cunnorum</i>	
[Sistema de los coños]	103
<i>Variis de rebus puellarum</i>	
[Sobre diversas cosas de las chicas]	106

Celos, cuernos.....	111
Los límites del sexo	114
Las dos hermanitas	115
El problema del mal.....	118
Amor y sexo.....	124
Parejas.....	151
El balano	156
Mi primer orgasmo	158
El agujerito raro	160
Felicidad conyugal.....	168
Sexo	182
Ciencia	183
 POEMAS	 187
<i>De inventionibus cunni</i>	189
<i>De nudatione deæ</i>	191
<i>Per angustam viam</i>	192
<i>Lesbia illa</i>	195
Διοσκοραί.....	196
<i>Hanc volo quæ facilis</i>	199
Encuentro en Alcampo.....	201
<i>De vacui experientia</i>	202
<i>De amore platonico</i>	204
<i>De amore diuturno</i>	205
Urna cineraria	207
 ACOTACIONES DEL EDITOR.....	 209
 NOTA DEL AUTOR	 211

SE ACABÓ
DE IMPRIMIR ESTE LIBRO
EL TERCER DÍA DE OCTUBRE
DEL AÑO 2003.